

Memorias de Doña Blanca

J. T. R.

Digitized by Google

Span 727.35



Harvard College Library

FROM

Jose Augusto Escoto,
Matanzas, Cuba.

Harvard College Library

Aug. 21, 1919.

Gift of

Span 727.35 Jose Augusto Escoto,
Matanzas, Cuba.

727.35

MEMORIAS DE

OBRA REDACTADA

EN VISTA DE DOCUMENTOS
IMPORTANTÍSIMOS É INÉDITOS

POR J. T. R.

6 Rs.

EN BARCELONA

SEGUNDA EDICION.

Adornada con 73 preciosísimos grabados representando los principales personajes y los mas culminantes episodios de la actual guerra carlista en Cataluña.

EN PROVINCIAS

8 Rs.

ADMINISTRACION.

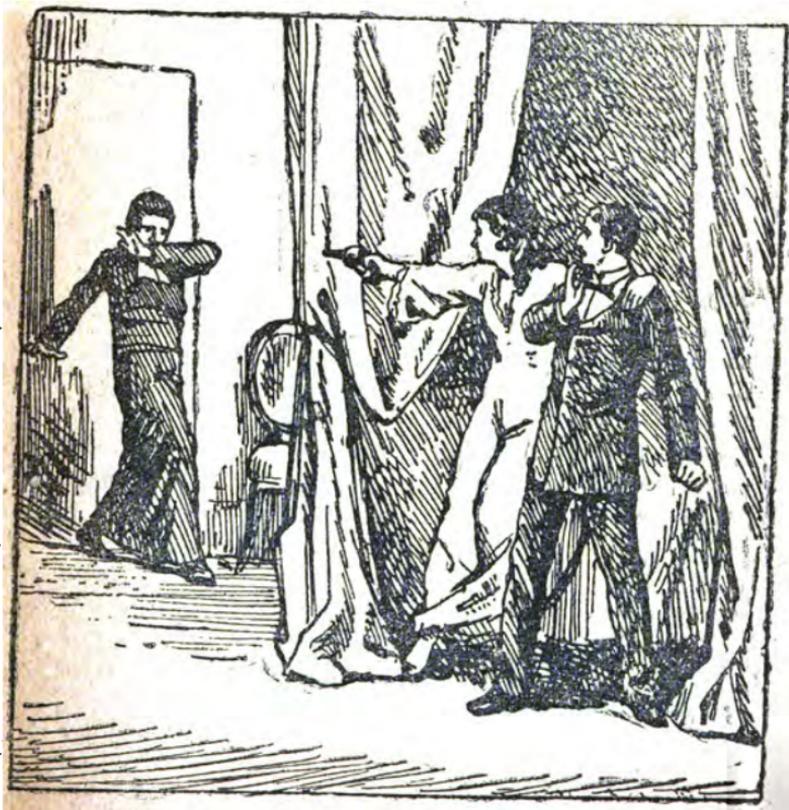
Montjuich del Obispo, núm. 3, bajos.
BARCELONA.

DOÑA BRUNCA

MEMORIAS DE DON BLANCO



1er REPARTO. LOS LUNES Y JUEVES. 2 CUARTOS.



Una detonación sonó en aquel momento, y el jesuita desplomóse en el suelo como herido por un rayo.—Pág. 15.

MEMORIAS

DE

DOÑA BLANCA.

PRÓLOGO. ⁽¹⁾

I.

En la populosa ciudad de Metz, que entregó á la ambicion de la Alemania la locura de la Francia, levántase un grandioso edificio en que, bajo la advocacion del Sagrado Corazon de Jesús, una corporacion de monjas, satélites de los planes jesuíticos, educan en la supersticion á escogidos vástagos de la nobleza legitimista de Europa.

El dia 1.º de Enero de 18** reinaba en dicho convento una animacion tan extraordinaria, que traspasando las murallas del edificio, daba márgen á mil animados comentarios y es-

(1) Aunque el cuidado con que se ha redactado esta obra, en vista de abundantes documentos inéditos, sea una garantia de la autenticidad de lo que en ella se relata, en cada capitulo advertiremos en una nota las fuentes de donde se han sacado las importantes revelaciones que contendrán. Los datos para este prólogo son tomados del acta de la sesion del concilio borbónico, celebrado en Metz, encontrada en las Tullerías el 4 de Setiembre, entre otros papeles secretos de Napoleon, y de un articulo que bajo el titulo de «Un crimen en un convento» publicó el «Allgemeine Zeitung» de Viena, núm. 268.

trañas cavilidades, entre los pacíficos pobladores de Metz.

Dos días hacia que habían llegado á aquella ciudad distintos personajes, misteriosos en su porte, y de elevada condición á juzgar por su numeroso séquito, que pasaban largas horas del día y de la noche en el convento del Sagrado Corazón; y la curiosidad subió de punto cuando en la mañana del 1.º de Enero vieron detenerse en la puerta del convento ante multitud de sacerdotes y legitimistas de Metz un magnífico coche, tirado por dos briosos corceles, del que descendieron un jóven, de aspecto distinguido, y un sacerdote, anciano pero no venerable, que recordaba á Sancho Panza por su figura, obeso hasta lo inverosímil, y en cuyo rostro se veía esculpida la marca del esclavo de los siete pecados capitales.

¿Qué poderoso móvil dirigía á un convento de Metz los pasos de tantos personajes misteriosos?

II.

El jardín del convento presentaba un aspecto encantador aquel día. Las flores perfumadas y vistosas que arrebatara el invierno, veíanse reemplazadas por encantadoras jóvenes de 15 á 18 años, frescas y hermosas, que reunidas unas en grupo conversaban apasionadamente, semejando animados ramilletes, y otras corriendo por las veredas imitaban á las mariposas en sus rápidos giros.

De repente penetró en el jardín el obeso cura, acompañado del misterioso jóven que acababa de llegar al convento, y quedó como quien vé visiones al contemplar tanta hermosura. Pronto empero sus ojos brillaron con lascivo fulgor, y dibujóse en sus enormes lábios una sonrisa sensual al ver que las jóvenes, repuestas de la sorpresa que en un principio les causara su presencia, se reunían á su alrededor, guiadas por una encantadora muchacha, de talle esbelto y encantadoras facciones, á quien la superiora dis-

tinguia siempre. Era la hija de D. Miguel de Braganza, aspirante al trono de Portugal; Maria de las Nieves era su nombre.

—Padre cura, dijo Maria con cierta desverguenza en ella natural, ¿qué santo es hoy ya que se ven tantas cosas estrañas?

—¿Hoy? ¡picarilla! dijo el cura acariciándola cariñosamente, hoy es la Circuncision del Señor...

—¿La Circuncision?... ¡y qué cosa es esa? repuso estrañada Maria.

—¿Quiéres que te lo explique? ¡je! ¡je! La Circuncision ¡preciosa! Figúrate que yo soy hombre, y los hombres, estais, tenemos....

Y sin duda el venerable botijo hubiera acabado con gusto de dar una leccion de anatomía á Maria de las Nieves, y á sus amigas, que con ánsia la esperaban, si otro sacerdote no hubiese aparecido en el jardin, dirigiéndose rápidamente á su colega y poniendo en fuga á las hermosas.

—Sois el cura que acompaña á D. Alfonso... dijo el recién llegado.

—Sí, yo soy.

—Pues seguidme, dijo con ademan imperioso, y añadió, señalando á Maria.—Cuando habéis con la princesa no olvideis nunca su calidad ni la vuestra.

Los dos curas se alejaron, y reunidas en torno de Maria de las Nieves, las jóvenes trabaron de nuevo animada conversacion.

—Es fuerte cosa, decia una, que el padre jesuita lo desbarate todo, ahora que hubiéramos reido tanto.

—Parece un fantasma, reflexionó otra.

—Y no sé, Maria, dijo una tercera, como no tienes miedo de dormir en un cuarto junto al que él tiene.

—¡Oh! añadió la mas jóven, y que dicen que por las noches se oye un ruido estraño, y voces y suspiros, como de almas de otro mundo,

—¡Bah! no hágais caso, tontas, dijo Maria ruborizándose, yo no oigo nada!

III.

Los dos curas siguieron sin decir una palabra los claustros, atravesaron un pátio contíguo y por fin entraron en una vasta sala en que estaban reunidas á la sazón gran número de personas discutiendo animadamente.

—Sentí no poder llegar ayer para tomar parte en los debates, en representación mia y de mi hermano, decía Don Alfonso.

—No podíamos aguardar ni un día mas,—contestó un sacerdote,—el delegado del debía partir hoy.

—En efecto, una orden de me llama á Roma, dijo un anciano de rostro enjuto y mirada maquiavélica, y ni aun Jesús, ni su divina Madre podrian desobedecer sin perder su alma los mandatos del divino sucesor de Pedro. Básteos saber que reunidos aquí ayer, bajo la advocacion de Dios y la inspiracion del Espíritu Santo, los representantes del sacerdocio de Europa entera, y de la desgraciada familia de los Borbones, se ha decidido emprender la nueva cruzada, mas santa que las otras, contra esas blasfemias del liberalismo y esos absurdos de la democracia que destruirian la Iglesia, la Esposa de Cristo, si llegaran á triunfar. Para empezar esta santa Cruzada hemos elegido España; el nuevo Godofredo, el nuevo San Luis, será vuestro hermano Cárlos. El clero español es nuestro en cuerpo y alma; señor absoluto de las conciencias, él reclutará partidarios para nuestra Santa Causa, con la conviccion, con el oro y con la fuerza. Ofrezca por premio la gratitud de Dios y los bienes del cielo, y si esto no basta ofrezca algun dinero. Aquí teneis tres documentos (1), guardadlos.

—¿Puedo saber lo que contienen?

—El primero y el segundo, sí. El primero contiene la lista de los españoles leales, que prestaron ayuda á anteriores movimientos religiosos, como en San Cárlos de la Rápita y

(1) Los publicaremos al terminar la obra.

otros. El segundo instrucciones suministradas por el obispo de U*.... sobre la manera de preparar una revolución grandiosa...

—¿Y el tercero?

—El tercero no debeis abrirlo hasta el día 8 de Julio de 1870; en tanto debe ser un completo secreto para vos y para todos.

—¿Incluso para mi hermano?

—¡Para todos! Es un misterio profundo, y ¡ay del que antes del plazo fatal osara descubrirlo!

IV.

Eran las nueve de la noche cuando D. Alfonso, acompañado del cura Botijo (le damos este nombre hasta que el censor nos permita darle el suyo verdadero) regresaban al convento, despues de despedir al delegado de que acababa de partir para Roma.

Sumido en la oscuridad mas completa estaba el pátio que debian atravesar para llegar á la escalera que daba acceso á la habitacion de la Superiora, á que se dirigian, y lo atravesaban con ligero paso, cuando un ruido semejante al que produce el viento al pasar por la enramada, ó el roce de un ropaje por el suelo, hicieron volver la cabeza á D. Alfonso, que creyó ver una sombra que seguia sus pasos. Detúvolos D. Alfonso, y le pareció oír distintamente una voz que le decia con recato.

—¡No creais al jesuita!

Y la sombra desapareció entre la oscuridad.

Don Alfonso y su acompañante llegaron en breve á la habitacion de la Superiora.

V.

Encontrábase ésta sentada en un sillón, en cuyo respaldo estaba apoyado el padre jesuita, manteniendo ambos una animada conversacion que vino á suspender la llegada de D. Alfonso.

—Hablabamos de vos precisamente, dijo la Superiora dirigiéndose al recién llegado y ofreciéndole asiento.

—¿Podré saber con qué motivo me cabia esa honra? repuso cortés el interpelado.

—Con el mas natural del mundo. Al saber que vuestra presencia debia honrar este recinto, me apresuré á ofrecer en él hospedaje...

—Y yo lo acepté con mucho gusto.

—Cierto y me tuve por dichosa con vuestra aceptacion; pero es el caso que todas las habitaciones están ocupadas por las educandas, y que la única digna de vos, que puede quedar libre, es la que ocupa el padre Jesuita, quien en este momento me queria probar que era indigna de un príncipe en cuyas venas corre sangre real de Borbones.

—Indigna de mi, nunca.

—¡Ya lo oís, reverendo padre!...

—Acato humilde el parecer de S. A. dijo comprimiendo un movimiento de disgusto el Jesuita, y levantándose añadió.—Estoy pronto á guiaros.

—Vamos pues, dijo Alfonso, y se puso á hablar con la superiora, mientras el jesuita despedia para su cuarto al padre Botijo.

Antes de salir de la habitacion se le antojó de preguntar á la superiora:

—¿La princesa María de las Nieves? está entre vuestras educandas.

—Si por cierto, contestó, su cuarto cae el lado del que esta noche ocupa vuestro Príncipe.

—¡Cuando gustéis, don Alfonso! dijo el jesuita, y pocos momentos despues, guiándole llegó á una puerta que abrió,

y acercándose al que llamaban Príncipe, le dijo en voz baja.

—Porque no creyerais que intentaba oponerme á ello, he llamado al designaros la superiora mi humilde habitacion como estancia vuestra; ahora permitidme que os pida un favor.

—Decid.



.....un sacerdote anciano pero no venerable.....—Pág. 3.

—En una de las paredes de este cuarto bay un cuadro que representa la Ascension de la Virgen; su marco, al parecer dorado, es compuesto de una sustancia que empaña para siempre el menor contacto. Os suplico por lo mas sagrado que no lo toqueis. Es un recuerdo de familia.

—Perded cuidado, no lo tocaré. ¿Es este vuestro solo encargo?

—Este solo; ahora Príncipe, descansad, y si á alta hora de la noche algun ruido turbase vuestro sueño, no os asus-

teis. Corre la voz entre las educandas de que se oyen voces y suspiros de una alma en pena.

Dijo, y se alejó sonriendo el jesuita, dejando absorto á Alfonso, que por fin, y no sin recelo se decidió en entrar á la habitacion, cuya puerta cerró tras él.

VI.

Don Alfonso encendió la lámpara que sobre la mesa habia, y con ella reconoció detenidamente el cuarto.



--Sabes que este principe es muy hermoso.—Pág. 10.

Este era humilde; la mitad del lienzo de una pared le ocupaba un cuadro de grandes dimensiones en el que la habil mano de un pintor habia representado la Ascencion de la Virgen.

Largo rato estuvo contemplando su belleza el que lla-

maban Príncipe, y el recuerdo de la tenaz recomendacion del jesuita aumentaba por momentos su curiosidad.

Por fin se decidió y puso su mano sobre el bruñido marco. Inmensa fué su sorpresa cuando vió que la pared cedia, y que girando el cuadro sobre uno de los lados, se abria como por encanto una puerta que comunicaba con una reducida estancia, llena de suntuosos trajes.

El joven sorprendido, volvió á dejar la luz sobre la mesa, y, entrando en el lugar descubierto por el cuadro, vió que en su extremo tenia una puerta, entornada solo, que comunicaba con otra habitacion, en la que se veia luz, y se oia una conversacion sostenida por dos voces, femenina una de ellas.

Reprimió su curiosidad por un momento, y decidido á seguir hasta el fin la aventura que se le presentaba, se acercó á la puerta, y prestó atento oido.

VII.

—Conque esta noche el Príncipe ocupa tu cuarto, decia la voz femenina.

—Sí,—repuso la otra, en la que reconoció la del jesuita.

—Así lo ha dispuesto la superiora; yo vendré luego por el corredor, tú antes has de ir al oratorio para no inspirar ninguna sospecha.

—Sabes que este príncipe es muy hermoso...

—¡María! ¡Siempre has de ser niña! Qué te importa á tí su hermosura. ¡Olvidas que solo la inteligencia es la reina del mundo! Yo he puesto la mia á tus pies, mi influencia ilimitada está bajo el poder de tu voluntad, de tu capricho...

—Ya lo sé, ya lo sé, me lo habeis dicho tantas veces!...

—Y te lo he de repetir muchas mas para que no lo olvi-

des. Tú eres ambiciosa, tu quieres vivir ante el fausto y la esplendidez de un mundo tuyo.

—¡Ah! sí!

—Pues bien, yo te lo haré alcanzar si me eres fiel.

—Y si no lo fuere?

—¡Desgraciada! No sabes que entre tu y yo hay un lazo fatal, lazo sellado con la sangre del crimen...

—¡Ah! ¡Callad!...

—Si, callaré; pero no olvides que el secreto de tu vida está en mi poder, y que una traicion te perderia, si, te perderia para siempre. Recuérdalo, Maria, no existe Ródofo, no existela marquesa, pero existo yo, y si yo dijera á la justicia humana; ¡Esta que veis tan joven y al parecer tan pura, fué la que en la noche del...

—¡Ni una palabra mas, Aroldo. Soy tuya y lo seré...

Medió un momento de silencio, luego el acento del jesuita, del que la dulce voz llamaba Aroldo, volvió á resonar diciendo:

—Vé tu presto al Oratorio, yo voy al que hoy es mi cuarto y vuelvo en breve.

Y se oyó distintamente el ruido de los pasos de alguien que se alejaba.

VIII.

Alfonso empujó levemente la puerta, y pudo examinar á su sabor la vecina estancia.

Adornada con toda la coqueteria femenina, llena de lujosos muebles, servia de nido á un pájaro, que pronto habia de volar de aquella mansion á otra mas elevada. Sentada en un sillón, frente á un espejo y dando la espalda á la puerta

entreabierto por la que miraba Alfonso, había la preciosa joven, que hemos visto tan bulliciosa en el jardín; María de las Nieves.

Sin pensar que era vista por un joven empezó á desnudarse, y temblando Don Alfonso de deseo no pudo contenerse en su sitio y dió algunos pasos en el cuarto.

—¡Ah! ¡Cielos! gritó María, y volviéndose en su asiento, al ver á Alfonso en su cuarto, palideció primero, y luego encendido carmin tiñó sus mejillas, y arreglando su desaliñado traje, añadió:—¿Como habeis entrado?

—Perdonad, señorita, si la casualidad ó Dios ó mi ventura aquí me han conducido, y permitidme admirar vuestra hermosura que es la de un ángel á quien quiero adorar y rendir culto.

Y adelantándose por la habitacion, apoyóse en el sillón que ocupaba María, y tomó entre sus manos las de la bella, que trémula de placer y ruborizada por costumbre, parecia no acertar á volver en sí de su sorpresa.

—¡Que bella sois! dijo D. Alfonso.

—¡Ah! Callad, alejaos.

—No: nunca. Quien una vez ha visto tu hermosura ha de lograr tu amor ó ser para siempre infeliz y desgraciado. Te he visto apenas, y te amo ya, y si tu pecho responde á los latidos del mio, el amor que te juro nos conducirá en alas de la dicha al paraíso de la felicidad.

—Si eso que decís fuese cierto...

—¿Que? ¿Te atreves á dudar de mis palabras? Lo juro por la memoria de mi madre!...

Una idea luminosa cruzó por la mente de María, sus ojos se iluminaron con fulgido destello é inclinando su bella cabeza en el pecho de Alfonso, dijo:

—¡Soy muy desgraciada!

—Desgraciada ¿tu ángel mio?

—Si, necesito un protector que me salve de un enemigo. Vos habréis oído lo que me decia el jesuita, dijo con marcado interés.

—No, te lo juro.

—Te creo, quiero creerte, repuso con desconfianza, y añadió para sí.—¡Todo lo ha oído!

—Y quien es ese jesuita?

—No, no lo es. Es un criminal, ó es un loco, y viene cada noche á amenazarme acusándome de crímenes que yo no he cometido... Verdad que soy inocente? dijo, y sus ojos se fijaron en los de Alfonso y su rostro se inclinó sobre el suyo.

Alfonso fascinado, seducido, cogió la cabeza de la joven entre sus manos, é imprimiendo un beso en su frente, balbuceó.

—Sí, tu no puedes ser criminal, tu eres un ángel... Y abrazándole estrechamente murmuró á su oído: ¡Yo te amaré siempre! ¡Me amarás tú!...

María no contestó é hizo seña á Alfonso que callase.

Por el corredor se oía ruido de pasos que se acercaban cautelosamente á aquella estancia.

—Vámonos de aquí, murmuró María y una sonrisa satánica se dibujó en sus labios.

—Sí, vén, hermosa de mi alma, y Alfonso la tomó entre sus brazos, y entró en su estancia, atravesando la puerta secreta que cerró en pos suyo.

IX.

Mientras tenia lugar la anterior escena, el Jesuita, con una linterna en la mano, despues de haber atravesado multitud de estrechos corredores, descendia por una escalera practicada en el muro del convento, y abriendo luego una poterna penetraba en un oscuro subterráneo.

No debía ser aquella la vez primera que tal sitio visitaba el Jesuita, pues á pesar de no iluminar la escasa luz de la linterna mas que un espacio reducidísimo, adelantó con segura planta, hasta llegar á un estrecho recinto.

—¿Sois vos? ¿Aun no ha llegado la hora de morir? dijo una voz débil y doliente.

—¡Callad, desgraciada! repuso Aroldo mientras dirigía la trémula luz de la linterna sobre un ángulo de aquel tenebroso sitio, en que yacía una muger jóven, muy jóven, en cuyas pálidas facciones se veía impresa la huella del sufrimiento. Pero ¡cosa singular! aquel rostro aunque lívido y triste, copiaba fielmente, era un trasunto exacto, un retrato perfecto del rostro de la encantadora María de las Nieves, y hasta la voz entrecortada por el dolor de la triste víctima, recordaba en timbre al de la princesa.

El Jesuita dejó en el suelo un objeto y sin conmovirse por los acentos de la prisionera salió del subterráneo, mientras la triste jóven con acento de desesperacion exclamaba.

—¡Matadme de un vez! ¡no puedo sufrir mas!

—¡Matarla! dijo en voz baja el sacerdote, ¡no! Ella es la mejor prueba del crimen de Angiolina.

Y volvió á subir rápidamente los peldaños de la escalera que conducian á la habitacion del Convento. Pero no observó que en la oscuridad, una sombra misteriosa le seguia cautelosamente.

En tanto se oia aun el desgarrador acento de los gemidos de la víctima, cada vez mas lejanos y mas débiles.

X.

El rumor de pasos que hizo abandonar apresuradamente la estancia á María y á Alfonso los producía el jesuita ó Aroldo, como se le llame, que regresaba de la misteriosa visita, y entró en el cuarto.

—Estará en el Oratorio, dijo al no encontrar á María, y dejándose caer sobre el sillón que pocos momentos antes

ocupara aquella, entregose á una meditacion al parecer profunda.

De repente se levantó rápido como el rayo, y prestó atento oído.

Hasta él llegaba remiso y apagado el eco sordo de una conversacion en el cuarto de Alfonso.

—Sí, no hay duda, dijo con acento de desesperacion y de comprimida rabia, me ha sido traidora, pero ¡ay de ella!

Y veloz como el pensamiento se dirigió á la puerta que ponía en comunicacion los dos cuartos contiguos, y con un supremo esfuerzo de ira empujó la hoja que cedió, y penetró en la estancia ocupada por Alfonso.

Incorporose este sobresaltado mientras María que á su lado estaba, saltando como un tigre, cojió de una mesa inmediato el revolver del Príncipe.

—¡Infame! le dijo el jesuita, has creido poder burlarme impunemente, pero te has engañado. Príncipe, esa miserable, esa infernal criatura fué la que en la noche del...

Una detonacion sonó en aquel momento, y el jesuita desplomose en el suelo como herido por un rayo.

Aun el arma homicida ostentaba en su diestra María, sonriendo satánicamente, mientras Alfonso saltando á su lado le decia:

—¡Qué has hecho!..

—Vengarme de un traidor que con sus planes viles me perseguia, aspirando á mi amor...

—¡Te admiro, María! ¡Eres una heroína!..

—¡Dios mio!

—Voy á acusar á tu enemigo de que penetrando en tu habitacion le he muerto. No temas, soy tuyo, y abriendo la puerta gritó ¡socorro!... ¡asesinos!...

María salió como una centella del cuarto de Alfonso y se encaminó al suyo. El cuerpo del Jesuita estaba atravesado en la puerta. María se inclinó para separarlo, y le pareció oír que de los labios del moribundo se escapaban entrecortadas estas palabras:

—¡Angiolina Ferretti!... Mi muerte no borra la huella...

de tu crimen. Un día s... sabrá todo... Acuérdate del.. juramento... de las catacumbas!! Yo muero... ¡Angiolina!... ¡Maldita..... se.....as!...

Estremecióse María, palideció su semblante, pero su con-mocion duró un momento y en breve, al verse en su cuarto, dijo levantando su cabeza con orgullo.

—¡Soy libre!... ¡Seré princesa!...



Miret.

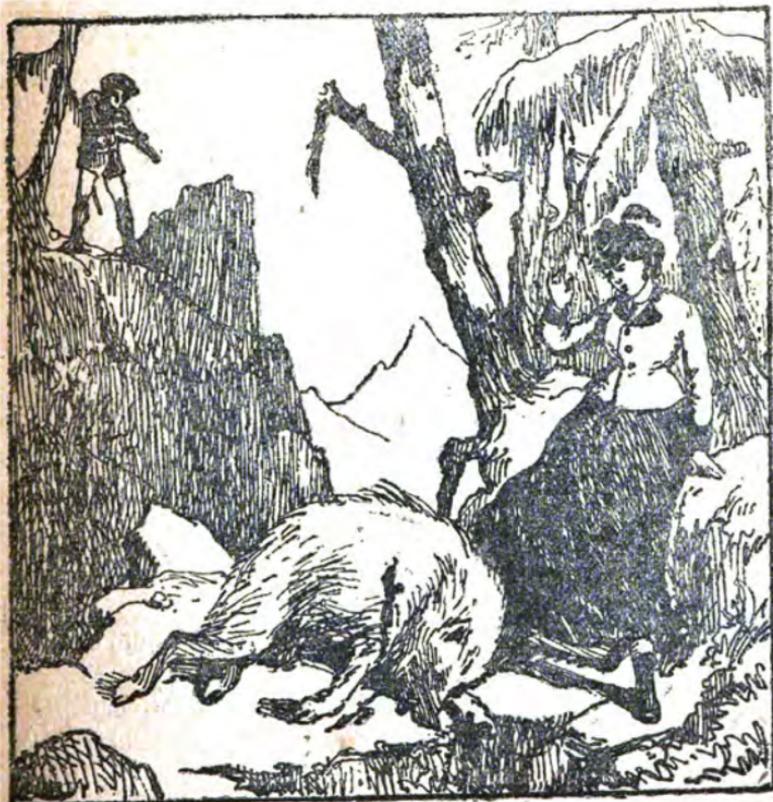
Puntos de venta al por mayor en Barcelona : Pasaje de Montjuich del Obispo, 3, bajos, y Hospital, 19-Tienda.

Los pedidos de Provincias se dirigirán al administrador de esta publicación, Montjuich del Obispo, 3, bajos, Barcelona.

MEMORIA DE DA BLANCA



2.º REPARTO. LOS LUNES Y JUEVES. 2 CUARTOS.



El jabalí de un salto iba á caer sobre su cuerpo, quando de repente sonó una detonacion, y la fiera desplomose en el suelo.—Pág. 29.

CAPÍTULO PRIMERO.

Reunion misteriosa.—La cueva de la ermita.—El rayo vengador.—Un crimen sin sangre.—El juramento de los conjurados.—La voz del muerto.—La fuente del ahorcado.—La cita.—Proyectos.—La muerte del jabali.—La venganza del seminarista.

I.

La vertiente francesa de los Pirineos abunda en sitios agrestes y bellos; en una parte se presenta imponente la Naturaleza en los empinados riscos cubiertos de nieves eternas, en otras se la vé sonriente cubriendo de un manto de esmeralda las hondonadas; pero en el delicioso valle de..... despliega su mayor belleza, ofreciendo á la vista del viajero que lo contempla extasiado un paisaje encantador.

Al despuntar la aurora del dia en que empieza esta verídica narracion, dos viajeros de distinto sexo y de aspecto distinguido, embozados en luengas capas ataban sendos caballos á los árboles de un frondoso bosquecillo, y encaminaban sus pasos á una pequeña ermita que en una cercana cima se levantaba.

—¿Verdad que es encantador este valle? preguntó el más joven de los viajeros á su compañero.

—Estando á tu lado se me figura el paraiso terrenal.

—En efecto, dijo para si sonriendo el primero, no eres tú

mal Adan, y añadió en voz alta. ¿Habrán acudido los demás á la cita?

—Precisamente. Si se han cumplido las órdenes de mi hermano debemos encontrar á todos los que hasta hoy gefes absolutos, de hoy en adelante dependerán de nuestra voluntad, de nuestro capricho.

—Me habian dicho que en su pais eran indomables.

—Esta es, en efecto, la opinion de todos; pero á que ser no dominaría tu influencia, en ella confio, mas que en la mia propia. Por conseguir una mirada tuya, como á premio; héroes todos serán.

Sonrió al oír esta palabra la viajera á quien iban dirigidas, y señalando la puerta de la ermita, á la que estaban ya muy próximos, dijo:

—Recuerdas las palabras convenidas.

—Sí: Voy á llamar.

Y cogiendo el aldabon dió tres golpes.

Duraba aun la vibracion del último cuando se percibió rumor de pasos en el interior del edificio, y se oyó una voz trémula y oscura, que decia:

—¿Quién vá?

—Azrael! respondió el viajero.

—¿Qué hora es?

—La hora de la venganza.

—¿Qué quereis?

—¡Qué se cumpla el misterio fatal!...

La puerta se abrió, y apareció un anciano, que al ver á los viajeros inclinose profundamente y dijo:

—¡Dios guarde al infante.

Los dos viajeros penetraron en la ermita; el anciano cerró la puerta, y guiándoles les dijo:

—Todos están ya reunidos, y os esperan.

—Vamos pues, dijo la dama.

Y siguieron los pasos del anciano que atravesando la capilla y un corredor oscuro abierto en la peña, penetró en una inmensa cueva alumbrada con hachones, y llena de misteriosos individuos, enmascarados todos.

—Quienes son los que llegan, dijo con estentorea voz e que al parecer presidia.

Los dos viajeros se adelantaron hasta el centro de la sala, y desembozándose dijo el primero.

—Alfonso y su esposa.

II

Mas de treinta eran los enmascarados reunidos en la cueva; al conocer al infante de los labios de todos se escapó un grito de triunfo, y al través de los antifaces se vieron brillar miradas de júbilo unas, y de curiosidad las mas.

—A vos os toca ocupar mi asiento, infante, dijo el que presidia levantándose y encaminándose á los recién llegados.

—Gracias, declino este honor en mi esposa.

Y la dama en quien nuestros lectores habrán conocido á la encantadora Maria de las Nieves, ocupó el sitial vacío, teniendo á su derecha á su esposo, y á su izquierda al que la habia ofrecido aquel sitio.

Alfonso, poniéndose en pié y dirigiéndose á los reunidos les dijo con solemne voz.

—En cumplimiento de las órdenes de mi hermano, he venido aquí; el amor á sus súbditos guia mis pasos en la ocasion presente, y será mi consejero en todos. Mi adorada esposa ha querido venir á compartir á mi lado las duras fatigas de la guerra. Respetadla como á mí, y la amareis como yo. Acérquese hasta mí el que mi hermano distingue con el nombre de Rayo Vengador.

Reinó un momento de silencio, y al fin atravesó la sala un enmascarado que se acercó á Alfonso y dijo:

—Yo soy, y arrancó el antifaz que cubria su rostro.

—Savalls! gritó la princesa, y pintóse en sus facciones una estraña emocion.

No fué menor la del guerrillero, á quien el rostro de la

princesa le pareció no serle desconocido, sin poder recordar donde le habia visto antes de aquella ocasion.

—Acércaos, dijo el príncipe, tengo que hablaros en secreto. Hermanos, añadió dirigiéndose á los conjurados, dentro de tres horas nos reuniremos de nuevo. Podeis ahora abandonar este sitio.

Los conjurados se dirigieron á la puerta, desapareciendo uno en pos de otro. Uno solo quedóse rezagado, y al verse sin sus compañeros dirigióse á la mesa y entregó un pliego á Alfonso.

Mientras este lo abria, el enmascarado acercóse á la princesa, y murmuró.

—Angiolina Ferretti... recuerda el juramento de las Catacumbas!....

Maria palideció y quedó como presa de un desmayo. Los cuidados de su esposo y de Savalls la hicieron volver en sí.

—¡Prender á este hombre! fueron sus primeras palabras, ¡quiero saber quién es!

Pero el enmascarado habia ya desaparecido.

III.

Al salir de la cueva disemináronse los conjurados por los alrededores del rústico edificio, reuniéndose unos en grupos, y trabando todos animada conversacion.

—Valiente ha de ser la princesa, decia un conjurado á los de su grupo, cuando así abandona el regalo y la ociosidad para seguir las fatigas y los azares de la guerra.

—Así me gustan las mugeres; como la princesa fuesen todas y en quince dias el pais era nuestro.

—Lo que es á mi, francamente, esto me trae de mal humor, refunfuñó un tercero; á mi edad ir mandado por un general con faldas, maldita la gracia que me hace.

—Hablad con mas respeto de la esposa del infante, dijo

con voz trémula de coraje, uno al parecer jóven que hasta entonces habia guardado silencio, de lo contrario....

—De lo contrario, qué?... repuso herido en su amor propio el interpelado.

—¡Nadal nada! dijo conteniendo á durás penas su furor el jóven.

—No parece sino que los seminaristas nos hayan de imponer su voluntad. ¿Qué hubieras hecho, aprendiz de cura, si yo no hubiera querido callar...

—Os hubiera arrancado la lengua, y rápido como el pensamiento armó su brazo con un puñal que llevaba escondido en su ropage, y se arrojó sobre su compañero.

Mal lo hubiera pasado éste sin la intervencion de los demás, quienes contuvieron á duras penas los brios del jóven, y este, aplazando sin duda su venganza, dijo:

—Ha sido un rapto de furor, y murmuró para sí: ¡Es tan bella la princesa!...

IV.

Tres horas despues reunidos de nuevo en la cueva los conjurados, oian con entusiasmo la voz de María que les impulsaba á cumplir en la lucha como buenos.

Al terminar sus palabras se adelantó hasta el centro de la cueva y llamando en torno suyo á los enmascarados, estendió su brazo, presentándoles un crucifijo y dijo con solemne voz.

—Juradme aquí fidelidad eterna á Cárlos y á mi esposo.

—¡Juramos!! respondieron todos unánimes.

—Jurad que nunca la traicion anidará en vuestros pechos, y que sacrificareis vuestros ódios y vuestros rencores en aras del triunfo de la santa causa.

—¡Juramos!!

—Nuestra será la victoria, si cumplís todos como buenos.
¡Viva el rey! ¡viva el infante!

—¡Viva la princesa! añadió vibrante la voz de un conjurado...

—¡Viva! respondieron todos, y el eco que dormía en las bóvedas sombrías de aquella tenebrosa cueva, repitió: viva!

V.

Los conjurados fueron abandonando lentamente la cueva. Maria y Alfonso tomaron de nuevo asiento, y aquella al fijar distraída su vista sobre el tapete negro que cubría la mesa, vió sobre un papel escritas estas palabras.

—*¡Angiolina! A las tres en la fuente del Ahorcado.*

Maria cogió rápidamente el papel, estrujólo con rabia y lo escondió en su seno, sin que las miradas de Alfonso notasen esta acción, ni la sorpresa pintada en su semblante.

Los tres en breve salieron de aquel recinto, y descendieron de la ermita al campo.

Varios conjurados se acercaron á saludar á los príncipes.

—Quisiera, díjoles la princesa, visitar estos alrededores que me parece han de abundar en paisajes bellos.

—Nada hay mas fácil, repuso Alfonso, y encaminándose al bosquecillo en que habian atado los caballos, montó uno, y dijo á su esposa.

—Cuando quieras.

—Yo tendré el gusto de acompañaros, dijo Savalls, quien mirando á la princesa añadió en voz baja:—Es extraño. Juraría que he visto este rostro en otra parte. Parece que en Roma. Pero no... no puede ser!... Y apesar de todo...

VI.

Si antes de salir de la cueva los conjurados hubiesen tenido la precaucion de contar su número, hubieran visto á



Sagrado emblema.

buen seguro con profunda estrañeza que faltaba uno de ellos...

El enmascarado que murmuró al oido de María las palabras que le recordaban la agonía del jesuita y tal vez todo un pasado sangriento, aprovechó el desmayo que sobrevino á

la princesa para dejar sobre la mesa un papel en el que de antemano habia dejado escrito las líneas que tanto despues la sorprendieran.

Terminada su mision se apresuró á abandonar la cueva



Don Francisco Savalls.

antes que María volviese en si, y burlando la vigilancia de los demás conjurados, salió de la ermita por una puerta trasera, y emprendió con paso ligero, y por una vereda cercana, el camino del monte.

Al hallarse á prudente distancia del edificio y en un recodo que formaba la vereda, dió tres palmadas y esperó.

Pocos instantes despues apareció por entre las matas un jóven de facciones distinguidas aunque de melancólico aspecto.

—Giacomo, dijo el conjurado al jóven que acababa de llegar, veo con gusto que me esperabas aun.

—¡Podiais dudarlo!..

—No, es verdad. Antes de hablarte necesito recordar ciertos hechos.

—Decid!

—¿Por qué hace dos años abandonaste desesperado Roma?

—Demasiado lo sabeis!..

—No importa, repítelo.

—Amaba con locura á una jóven, á quien vos tambien conociais. Aunque su carácter era inconstante y ambicioso, ciego yo de amor por ella hubiera dado mi vida por la suya. Un dia ¡el último que la ví! la esperaba en la via Appia, donde solíamos reunirnos, cuando ví pasar veloz como el rayo un coche; y en él distinguí á mi adorada, que en compañía de un jóven, se alejaba rápidamente. La desesperacion se apoderó de mí. Seguí corriendo como un loco el coche que se alejaba, y al fin rendido de cansancio, y agotadas todas mis fuerzas, caí exánime...

—¡Continua!...

—Al volver en mi, juré vengarme, y abandoné Roma, donde ella ya no estaba. Procuré buscarla, indagué en vano, todo fué inútil... ¡habia perdido su huella!... Seis meses despues os conocí en Berna, y vos me jurasteis hacerme alcanzar el objeto de mi venganza, y movido por este deseo os he seguido...

—Escucha pues atento, y ¡ay de tí si se escapa de tus labios el misterio horrible que voy á revelarte. Tu adorada...

—¿Qué? ¿Vive?

—¡Silencio!

Y acercándose el conjurado á Giacomo murmuró una frase á su oido que le hizo estremecer, y continuó hablándole en voz baja, como si el aura al vagar por la maleza pudiese llevarse el eco de sus revelaciones.

Una hora despues, brillaban de júbilo los ojos del conjurado, que mostrando la ermita á Giacomo, le dijo:

—Cuanto mas se retarde tu venganza, mas completa será.

—Tal vez, si.

Y preocupado el joven prosiguió con el conjurado la conversacion interrumpida.

VII.

En tanto seguian su camino hácia la espesura montados en briosos caballos Alfonso y su esposa, acompañados de Savalls.

—¿Conqué será en San Quírico de Besora? preguntole Maria.

—Si, si Vuestra Alteza no se opone á ello, respondió el cabecilla.

—Vos sabreis, dijo el infante, el estado exacto del espíritu público del país?

—Sin duda, repuso el interpelado, y atuzándose sus largos bigotes blancos, añadió: Todo el litoral está en poder de los liberales, pero el interior puede en breve ser nuestro. Contamos con buenos amigos en las poblaciones de la montaña, y vuestra presencia y la de vuestra esposa influirán poderosamente en que se decidan de una vez á empuñar las armas en defensa de nuestra causa.

Reinó un instante de silencio.

Savalls que no dejaba de mirar á la princesa, la interrumpió de nuevo diciendo:

—Dispéñeme S. A. un momento.

—Decid, dijo Maria.

—¿Su Alteza ha estado nunca en Roma?

Vaciló de pronto Maria, á quien aquella pregunta pareció sorprender profundamente, pero recobrando al punto la serenidad, turbada momentáneamente, dijo, aparentando la mayor sangre fria.

—Nunca, y añadió ¿por qué lo preguntais?

—Recordaba confusamente haber visto antes de ahora vuestras encantadoras facciones, y hasta me parece haberlas visto, no recuerdo en que ocasion, cuando me hallaba en Roma, al servicio del Papa.

—Os engañais, sin duda, añadió Alfonso, María no ha estado nunca en Roma.

Aquí habian llegado de su conversacion, cuando el caballo de Savalls, detúvose de repente, negándose á seguir adelante.

El cabecilla dió un grito, y volviéndose rápidamente dijo á la princesa.

—Señora, retrocedamos.

—Qué hay pues.

—Nada: no lo querais saber!...

—Qué sucede, dijo el infante sorprendido...

—Un crimen horrible debe haberse cometido en este sitio. . ¡Mirad!...

—Gran Dios, dijeron á la vez Alfonso y la princesa.

Atravesadó en mitad del camino, habia el cadáver de un hombre que vestia el negro traje de los conjurados.

María aprovechó la sorpresa de sus compañeros para cumplir sin duda un preconcebido designo, y espoleó su caballo.

Encabritóse y al fin partió rápido com una flecha.

VIII.

El caballo siguió con vertiginosa rapidez el camino, siendo inútiles los esfuerzos de Maria para moderar su rápida carrera. Consiguíolo al fin y echando pié á tierra, ató el caballo y se detuvo.

—Savalls, murmuró, me ha dicho que siguiendo el camino se daba en la Fuente del Ahorcado; no debe, pues, estar lejos, y apretando el paso dobló un recodo, diciendo: —No sé por qué, pero tengo miedo, y no obstante es preciso conocer al poseedor del secreto de Aroldo.

Detúvose un momento para orientarse, cuando le pareció oír un rumor que se agitaba entre el follaje. Presto dió un grito de horror al ver saltar, salpicando el césped con su sangre, un jabalí que perseguido sin duda por un cazador, huía dejando sangrienta huella.

La fiera, al notar la presencia de un ser humano, se abalanzó hácia Maria.

Esta no acertaba á serenarse; veía la muerte en su presencia, y temblaba á su pesar...

El jabalí de un salto iba á caer sobre su cuerpo, cuando de repente sonó una detonacion, y la fiera desplomose en el suelo, revolcándose en la sangre que manaba de otra herida, pero mortal.

Maria no podia volver en sí de su asombro! cuando vió llegar hasta ella un jóven, que descendia por las breñas, apoyado en un fusil cuyo cañon humeaba....

—¡Te debo la vida!... díjole la princesa.

El jóven se acercó calladamente, y dijo con misterio.

—Angiolina.

—¡Cielos!... dijo Maria y dominando rapidamente su emocion, añadió; ¿Quién sois? ¿Con quién creéis que estais hablando.

—Contigo, Angiolina. Con la muger á quien yo amaba como un loco, á quien adoro aun. Con la vil, la infame que burló mi amor y me engañó como un miserable..:

—Quién se engaña como un miserable sois vos. No conozco á esta Angiolina, ni sé á quién os referís; y dad gracias al cielo de que me habeis salvado la vida, y que la gratitud forzosa que os debo me obliga á escucharos.

Quedó desconcertado el jóven al oír tales palabras; volvió á mirar fijamente á Maria, y dijo con voz trémula...

—Tal vez, si... pero fácil es saber si es fundada mi sospecha. Angiolina no habia conocido á sus padres, y segun mil veces me habia dicho, en la parte superior del brazo tenia una señal indeleble con la que un dia esperaba volver á encontrar á su familia...

—¿Qué quereis decir con eso?...

Señora, si en algo agradeceis el haberos salvado la vida, mostradme vuestro brazo.

—¿Qué decís?

—Os lo suplico; vos no sabeis cuanto amaba yo á Angiolina, y cuanta es vuestra semejanza con ella. No he sido yo quien si acaso se ha engañado. Otro me ha dirigido tras vuestras huellas.

¿Otro? dijo Maria, y sonriendo satánicamente añadió para sí. Conviene seguir hasta el origen este misterio.

—¿Qué respondeis señora?

—Oid. Amabais mucho á Angiolina.

—Mucho.

—Que harías por ella si la encontrases? ¿La guardas rencor?

—Si ella me amara lo olvidaria todo.

—¿Podria contar contigo hasta la muerte?

—Mi sangre verteria gustoso en aras de, su amor!

—Pues bien, escucha.

E inclinándose su linda cabeza sobre el pecho del jóven murmuró unas palabras á cuyo eco el jóven se conmovió como herido por una descarga eléctrica.

Largo rato continuaron conversando animadamente en voz baja: distraidos en la conversacion no percibieron que eran oidos por un embozado que inclinado detrás del follaje no perdía una palabra de aquella confidencia.

IX.

Hemos dejado á Alfonso y á Savalls con la sorpresa natural en su ánimo por la desaparicion súbita de la princesa.

—Perded todo cuidado, dijo el guerrillero procurando tranquilizar á su compañero, si ella es buena amazona y no pierde la serenidad, en breve la encontraremos sana y salva.

—¡Oh! ¡Pocos hombres pueden compararse con ella en cuanto á valor y á sangre fria.

—Pues bien, en tal caso yo os respondo de que nada fatal la habrá acontecido.

—¿Dónde conduce este camino?

—A la fuente del Ahorcado. Lo sabe ya la princesa, pues hace poco que me lo preguntó con una curiosidad providencial

—¡Vamos, pues, allá!...

Entonces recordaron que en mitad del camino, por el que siguiendo su caballo habian retrocedido, habia el cadáver de un conjurado.

—Esperad antes, infante, y descabalgando el guerrillero se acercó al cuerpo que con la rigidez de la muerte estaba bañado en la sangre que brotaba de una herida inferida con certera mano en mitad del corazon.

Savalls, impulsado por una curiosidad que se comprendia en el perfectamente, arrancó el antifaz del cadáver, y murmuró.

—¡Antonio!... ¿Habrá sido el seminarista?...

Y aguardando para otra ocasion los comentarios, cogió con una fuerza hercúlea el cadáver y lo separó á un lado.

Luego cabalgó de nuevo y en compañía de Alfonso prosiguieron el camino.

Hacia algun rato que silenciosos seguian su via, y apesar de las seguridades que le diera el cabecilla catalan, Alfonso temblaba de impaciencia, y en su rostro se reflejaba una emociion que en vano trataba de revelar.

Por fin una mirada de alegria brilló en sus ojos. Ha a sus oidos llegó el eco de la voz de Maria.

Apresuraron ambos el paso de las cabalgaduras, y en breve al doblar un recodo vieron á la princesa conversando con un jóven.

Al divisarlos levantóse Maria, y dijo á su esposo:

—Tengo el gusto de presentarte al que ha salvado la vida á tu Maria.

—¡Como! dijeron simultáneamente Alfonso y Savalls.

—Mirad, respondió la infanta, y señaló el jabalí muerto á sus piés.

—¡Os juro que mi agradecimiento será eterno, jóven! ¿Queréis abrazar nuestra causa?...

—Le he afiliado ya, dijo sonriendo Maria, y añadió. Le he confiado la mision de formar una legion de zuavos; italianos como él, que formarán nuestra guardia de honor. ¿Os parece bien, Savalls?

—Perfectamente, princesa; y felicito á este jóven y le deseo buen éxito en su empresa.

El jóven se inclinó, y apretando la mano á Maria, dijo á su oido.

—Angiolina, cuenta en vida y muerte con Giacomo!!...



—Juradme aquí fidelidad eterna á Carlos y á mi esposo.—Pág. 22.

Puntos de venta al por mayor en Barcelona : Pasaje de Montjuich del Obispo, 3, bajos, y Hospital, 19-Tienda.

Los pedidos de Provincias se dirigirán al administrador de esta publicacion, Montjuich del Obispo, 3, bajos, Barcelona.



3er REPARTO. LOS LUNES Y JUEVES. 2 CUARTOS.



Maria tendia desdeñosa la mano.—Fág. 42.

CAPÍTULO II.

La vuelta de Giacomo.—Conferencia.—El paso de la frontera.—San Quirico de Besora.—El besamanos.—El reo de muerte.—Miret.—Las rivales.—El conciliábulo.—La ejecucion.

I.

Dos meses cumplian de las escenas que relatamos en el anterior capítulo, cuando en una oscura noche del mes de Febrero, un hombre á caballo se detenia á la puerta de una magnífica quinta, situada en uno de los mas pintorescos sitios del Mediodia de Francia.

Llamó el recién llegado que abrió la puerta, desembozose aquel, confió el cuidado del brioso potro que montaba á un criado que se presentó vistiendo lujosa librea, y penetró en el interior del edificio, en ocasion en que en el salon principal se oian los acordes de un piano.

Varias personas ocupaban dicho recinto. Sentada al piano estaba la princesa Maria de las Nieves, teniendo á su lado otra joven. Inmediatos al piano se hallaba sentado en una silla el infante Alfonso, y á su alrededor estaban hasta siete personajes, manteniendo todos una animada conversacion, que vino á suspender la llegada del joven.

Levantose al verle Alfonso y acudió á recibirle, mientras Maria, suspendiendo el concierto, no pudo contener una

esclamacion de sorpresa, y los demás allí presentes se levantaban cortesmente de sus asientos, ofreciendo sitio al joven que tan deferente acogida merecia á los infantes.

—Esplicadnos, Giacomo, detenidamente vuestro viaje.

—Voy á hacerlo, señora, y antes permitidme que me felicite por encontraros á vos y á vuestro esposo sin novedad.

—Gracias, dijeron los aludidos.

—Pues oid: Partí á Roma en cumplimiento del deseo manifestado por S. A. y, en pocos dias, aunque no sin trabajo, conseguí reclutar entre mis amigos un núcleo de hombres decididos, que puede servir de base para la formacion de una legion de zuavos, que se hará matar por los infantes. Allí recibí vuestra orden de trasladarme á Inglaterra para explorar la voluntad del insigne anciano, terror un dia y héroe del Maestrazgo.

—¿Y bien? preguntó Alfonso.

Los demás concurrentes redoblaron su atencion.

—Siento decirlo, pero su respuesta fué evasiva: En vano traté de resucitar en él su antiguo espíritu, en vano le pinté, hasta exagerando los colores, la suerte de España, sumida en los horrores de la mas fatal de las anarquías. Inútiles fueron mis esfuerzos.

—¿Pero no os prometió para mas adelante su cooperacion á nuestra empresa? dijo uno de los presentes.

—Al contrario; me dijo que estaba decidido á no hacer armas de nuevo en su país; que no renegaba de su pasado, pero que en sus últimos años no queria aumentar las desgracias de la patria.

—Los aires de la protestante Inglaterra le habrán turbado el juicio, reflexionó el mas anciano de los allí reunidos.

—Su esposa le habrá cambiado por completo, añadió doña María de las Nieves.

—Aquí traigo, continuó Giacomo, algunos documentos importantes; debeis leerlos, infante.

—Vendreis muy fatigado y debeis descansar, dijo cariñosamente la princesa.

-- Antes debemos fijar el dia de vuestra entrada en España.

—Queda ya fijado en este documento, dijo Giacomo mostrando uno.

—¿Cual es, pues, el día designado?

—El 22 de Febrero.

Animose luego la conversacion que no cesó hasta cerca media noche.

Durante el tiempo que transcurrió, la encantadora joven que estaba al lado de María, en el piano, no separaba los ojos como fascinada, del semblante de Giacomo.

Tal vez Alfonso no dejó de observar las miradas de la joven, y de seguro no las vió con gusto, por cuanto cada vez que las sorprendia fruncia las cejas y pintábase en su rostro el disgusto.

Al separarse, para ir á descansar, los hasta entonces reunidos no notaron que al despedirse la princesa de Giacomo, quien cortés le acompañó hasta la puerta, inclinó ella su cabeza y mediaron entre los dos algunas palabras dichas al oído con misterio.

II.

Digno de un príncipe era el cuarto que ocupaba Giacomo, pues aunque reducido, estaba decorado con suntuosidad y esplendidez.

El joven italiano no cerró la puerta tras él; se contentó con entornarla; luego y á pesar del cansancio que en él debía suponerse no se desnudó para descansar en el mullido lecho, y consultando su reloj, murmuró:

—Faltan dos horas, y dejándose caer sobre un sillón, pareció abismarse en reflexiones.

A pesar de su voluntad de estar en vela, el sueño rindió al fin su cansado cuerpo y quedó profundamente dormido en el sillón.

Vinole á sacar de su sueño, una dulce voz que le decia:

—¡Despierta, Giacomo!

—Eres tú, Angiolina. Me he dormido á mi pesar, perdona.

—¡Lo comprendo, estarás tan fatigado!...

—¿Qué hace tu esposo?

—Quien ¿Alfonso? Cada noche cuando me cree profundamente dormida, se levanta silenciosamente y sale de nuestro cuarto con el mayor cuidado. Dos horas despues veulve, y yo cuido de que ni al salir ni al entrar conozca que no duermo.

—Y donde vá? ¿Te es infiel?...

—¡Tal vez si, pero no me importa mucho!

—¡Como!

—Que es para mi Alfonso, un medio, no un fin. Le domino lo bastante para no temer una rival, y á esta la temo menos que á él.

—Y quién es ella?

—Supongo que Ernestina, una joven muy bonita por cierto, hija de un antiguo guerrillero... ¡Pero no hablemos mas de lo ageno, hablemos de nosotros!.. ¿Estuviste mucho tiempo en Roma?

—Quince dias, y los pasé recordando nuestro antiguo amor.

—Viste á.....

—Si, y creo que tu fatal ambicion podrá realizarse.

—¡Ah! Conqué te dió esperanza de que un dia..

—Si, escucha.....

Y continuaron en voz baja una conversacion cuyos resultados verá tal vez con sorpresa quien siga la lectura de esta obra.

III.

Una semana despues reinaba en la quinta una animacion extraordinaria. Piafaban en el jardin doce briosos corceles,

y se veían ir y venir infinidad de personas de aspecto nada tranquilizador.

A las doce de la noche los caballos montados por ginetes cuyos rostros ocultaban con el embozo de la capa, salían á escape del jardín.

Mucho tiempo anduvieron con la velocidad del rayo, y sin decir una palabra, cuando moderaron la marcha, y adelantándose uno al parecer anciano que montaba un potro negro como la noche, se puso al frente de la comitiva, y dijo:

—Yo guiaré.

Y de nuevo prosiguieron su veloz carrera guiados por el anciano, al que seguían dos vigorosos mancebos que á su vez servían de vanguardia á Alfonso y á su esposa. Giacomo seguía á poca distancia con el resto de la comitiva, que á juzgar por sus movimientos iba armada de piés á cabeza.

De repente el que servía de guía detuvo su caballo, y dijo:

—¡Es extraño!...

—¿Qué? preguntó sorprendido Alfonso.

—Me parece ver en la entrada del bosque un grupo de gendarmes!...

—No, repuso Giacomo, adelantándose, son nuestros zuavos que nos esperan.

Al divisar los zuavos la comitiva, vino á reunírsele á escape uno de ellos, que acercándose á Giacomo le dijo en voz baja algunas palabras.

—El camino de España está libre, dijo en alta voz Giacomo. Los gendarmes han acudido á intentar sufocar el incendio de la quinta de Iderville; y señalando en el horizonte un punto brillante añadió.—Mis bravos amigos han encendido esta hoguera para distraer á los gendarmes y alumbra nuestro paso. Vamos pues.

Y emprendieron de nuevo todos con mas ímpetu la carrera interrumpida. María había aprovechado el forzado tiempo de descanso para escudriñar el rostro de uno de los de la comitiva, que permanecía mas encubierto que los otros.

Terminado su exámen y al ponerse de nuevo en marcha, dijo al oído de Giacomo.

—Ernestina viene con nosotros. La he conocido á pesar de su disfraz.

Giacomo por toda respuesta acarició el pomo de su puñal.

IV.

El 22 de Febrero, al pié de la última estribacion de los Pirineos, en la provincia de Gerona, habia reunidos unos 200 hombres, vestidos con diversidad de trajes, pero ostentando todos la vizcaina boina en la cabeza.

Sus jefes que se habian adelantado por una vereda amonte, á poco descendian acompañando varios ginetes; cul biertos de sudor y polvo.

Al llegar al valle los carlistas dispararon sus fusiles al aire, y confundida con aquella salva se oyó resonar un grito de ¡vivan los infantes! que llenó de orgullo á la ambiciosa María de las Nieves.

Un jóven de aspecto distinguido se acercó á la princesa, ofreciéndole su mano para descender del caballo.

Era un hijo del desgraciado infante D. Enrique de Borbon.

—Saludo con gozo, dijo, á todos los que auxilian mi venganza.

Y María añadió para si: Y yo á todos los que ayudan mi ambicion.

V.

Los viajeros que han recorrido la alta montaña de Cataluña, habrán admirado mas de una vez la pintoresca villa

de San Quirico de Besora, y por lo tanto escusamos describirla. Basta para nuestro propósito decir que el Ter corre á sus piés, y con sus aguas rumorosas canta himnos de amor que hasta el azul levanta.

En la mañana del día 24 de Febrero del año 1873, reflejaban aquellas aguas los lujosos ropajes de una régia comitiva que por un puente rústico atravesaba, dirigiéndose al interior de la poblacion.

Todo en ella era animacion aquel dia.



El Delegado de Vich.

Desde las últimas horas del dia anterior iban llegando delegados de los pueblos circunvecinos, que venian a tributar un homenaje de respeto á la princesa Maria de las Nieves.

Vich y Cal-lletena, Manlleu, Roda, pátria del famoso Bach, azote un dia de los Borbones, Torrella, Campdevanol, Montesquiú, San Hipólito de Voltregá, Viñolas, La Gleba, San Boy de Llussanés, Torelló, y otros muchos pueblos, habian enviado allí sus representantes, y hasta el pintoresco pueblecillo del Esquirol, situado cerca de Vich, y en la montaña, incomunicado con el llano cuando nieva, mandó un amigo del Cura.

San Quirico resplandecía de animación; frente á una antigua casa se veía una guardia de honor, y un inmenso grupo de gente del pueblo que esperaban con ánsia la tocara el turno para entrar á saludar á la infanta.



Ernestina.

Penetremos en el interior del edificio.

En una sala grande y desmantelada, habían improvisado una especie de trono, que ocupaba á la sazón Maria de las Nieves.

Vestia una bata morada, boina de merino blanco con borla de oro (1).

(1) Todos los detalles del besamanos son tomados de la relación he-

A su lado veíase al infante D. Alfonso, que iba de frac.

La sala estaba llena de bote en bote. Veíanse allí los principales cabecillas de Cataluña.

Maria tendía desdeñosa la mano, que acudían á besar con devoción los que en el sitio se hallaban.

Durante el besamanos, Giacomo hizo una imperceptible señal á Maria, mientras besaba la mano de ésta un cabecilla jóven, á quien sus compañeros designaban con el nombre de seminarista, aunque el suyo verdadero era Miret.

Al terminarse la ceremonia, Maria llamó á Giacomo y le dijo.

—He visto tu seña. ¿Qué querías decir con ella?

—Que por una conversacion que he sorprendido, aquel jóven....

—¡Acaba!...

—¡Ay, si son ciertas mis sospechas!...

—Pero acaba de una vez.

—¡Aquel jóven te ama!...

Maria sonrió con orgullo, y separándose de Giacomo le dijo

—No temás. Voy con Alfonso para que no sospeche nada. Luego hablaremos.

VI.

En tanto en la plaza mayor del pueblo, se habia formado un grupo del que salían voces de ¡matarle! ¡matarle!

Dos cabecillas acudieron con la velocidad del rayo.

En mitad del grupo habia un hombre, jóven aun, de rostro altivo y mirada serena.

—Me podeis matar, decia desesperado, prefiero morir á acudir al besamanos de una...

cha por un testigo ocular. Algo, aunque no todo, dijeron los diarios de Barcelona de aquellos días.

Uno de los cabecillas saltó como una pantera al centro del grupo, y cerró con su mano la boca sacrílega.

—Matarle! matarle!... ahullaban los carlistas.

El cabecilla llamó á la guardia de honor, y al acudir esta, les confió la custodia del infeliz, añadiendo.

—Conducidlo á los sótanos, incomunicadle.

—Pero... murmuró uno.

—¡Rayos y truenos! Vuestra vida responde de la suya.

-VII.

Reunidos estaban cinco cabecillas, cuyos nombres citaremos en el apéndice, en una habitacion lóbrega y oscura, situada cabe á los sótanos de la casa, dó se habia verificado el besamanos.

—He aprovechado la ocasion de estar todos reunidos para invitaros á conferenciar, dijo uno de ellos.

—Observo que no estamos todos, repuso otro.

—Nó; falta el seminarista.

—¿Porque no le habeis invitado? ¡A fé que es valiente!

—Me parece haber sorprendido en él el gérmen de una pasion que podria hacer abortar todos los planes.

—¿Una pasion?

—Sí. Cuando hace dos meses nos reunimos en la ermita de los Pirineos, á buen seguro observásteis como yo el calor con que el seminarista defendia á la infanta, cuando D. Antonio dijo algunas palabras contra ella.

—Cierto, y aun recuerdo que tuvimos que intervenir algunos para que no pasase á vias de hecho.

—Pues bien. Tres horas despues, Savalls que acompaña á los infantes en una escursion al monte, encontró el cadáver de Antonio.

—Y creéis?

—No creo nada. Pero tal vez ¡hubo allí un desafío, y se derramó sangre inútilmente.

—Sospechais pues que D.^a Maria haya inspirado una pasión profunda.

—A qué negarlo? Sí!! ¡Lo sospecho!....

El cabecilla detúvose un momento, y luego tendiéndole una mirada escrutinadora á todos los ámbites de la sala, dijo á los reunidos.

—Lo que hablemos aquí ha de ser un profundo secreto para todos.

—Lo será, respondieron unánimes.

—Pues bien, tenemos que hablar claros. Hasta ahora hemos sido señores absolutos en nuestro país; desde ahora, lo digo con amargura, solo seremos lacayos de una infanta.

Un grito de sorpresa se escapó de todos, y entablóse una discusión acalorada.

VIII.

En tanto en una de las habitaciones superiores se encontraba Maria y su esposo. Ernestina se encontraba también allí, encantadora, vistiendo un lujoso traje, y Giacomo pensativo apoyado en el alfeizar de la ventana miraba la montaña del horizonte.

—Contemplan la tierra de promision, preguntó Maria sonriendo á Giacomo.

—Contemplo señora, las montañas que pronto serán nuestra morada, pienso en que tal vez os arrepentiréis de haber venido, y echaréis de menos el regalo de vuestro antiguo alcázar.

—No, crees que soy tan débil? Ernestina si que comprendo ha hecho un sacrificio superior á ella misma.

—Nó, no tal, repuso esta con dulce voz, queria acompañaros y he venido, y ahogando un suspiro lanzó una melancó-

cólica mirada á Giacomo, que no debió observarla, pero que no escapó á la penetracion de Maria.

—Os agradezco en el alma el sacrificio, dijo la infanta, y añadió para si.—Conozco tus planes. Luego levantándose se dirigió á la ventana, mientras el príncipe, hasta entonces callado, decia en voz baja á Ernestina.

—Ernestina, ay de tí, si me hicieses traicion!..

—Qué queréis decir! dijo temblando como la hoja en el árbol la jóven.

—Esta noche lo sabrás, respondió Alfonso.

Tal vez era un eco que habia en la estancia, pero es lo cierto que en la ventana se oyó tambien que Giacomo y Maria decian con voz baja.

—Esta noche lo sabrás.

IX.

Los cabecillas reunidos en la oscura habitacion de cabe al sótano continuaban en su conferencia.

En el momento, en que de ellos volvemos á ocuparnos, uno de ellos acaba una relacion que habia interesado á los demás en alto grado, diciendo:

—Si aquel estrangero misterioso no me engañó Maria no es la verdadera hija de D. Miguel de Braganza. Hay una historia de sangre que confio saber algun dia. Hasta ahora solo creo saber á ciencia cierta que la esposa de D. Alfonso es italiana y no portuguesa.

—Así, repuso con vivacidad otro de los reunidos, se explicaria lo que me dijo Savalls al hablar de la princesa.

—Qué os dijo? preguntaron varios.

—Que recordaba confusamente que cuando estaba al servicio del Papa, en Roma, habia visto repetidas veces á una muchacha muy bonita, que se parecia á la princesa como una gota á otra gota.

—En fin, un dia lo sabremos todo, tal vez este dia está mas cercano de lo que pensemos. Lo que ahora conviene es

saber si estais todos dispuestos á secundar los planes que os he expuesto.

—Sí, si, dijeron unos.

—¡Todos! añadieron los demás.

Uno que hasta entonces habia estado callado, dijo.

—Desde que estás en este sitio, y mientras vos hablábais, he creido percibir ruidos extraños en los vecinos sótanos. ¿Habria álguien que nos escuchaba?

—Tal vez sí, repuso el que al parecer habia convocado la reunion, y añadió. No temais nada, salgamos, y despues de salir uno tras otro, dirigióse aquel á un centinela y le dijo en alta voz.

—Prevenid al seminarista que dentro de cinco minutos debe ser pasado por las armas el preso, y que desde ahora quedan para acompañarle dos amigos.

Y llamando á parte á dos de los que habian asistido á la reunion, les dijo con cautela.

—No dejeis acercar á nadie al preso, que no hable mas que con vosotros. Tiene en su poder nuestro secreto y podria perdernos.

X.

Maria de las Nieves y Ernestina, Alfonso y Giacomo, y un reducido Estado Mayor, en el que figuraba el hijo del infante D. Enrique, atravesaban algunas horas despues la poblacion, dirigiéndose á las afueras, llamando en grado extraordinario la atencion de aquellos vecinos, que nunca habian visto espectáculos parecidos:

Al llegar á poca distancia del pueblo, se detuvieron al encontrar dos compañías de carlistas, que conducian á un hombre, atado codo con codo, con una mordaza en la boca y custodiado por dos cabecillas.

Mucha debia ser su importancia, cuando á tal extremo era llevada la vigilancia.

El jefe que mandaba el piquete, hizo detener á sus subordinados al ver á la princesa, y dijo.

—Tal vez no os será grato el acto que vamos á cumplir.

—No me importa, repuso con sangre fria Maria, y hasta es útil que me acostumbre á las emociones fuertes.

—Admiro vuestra serenidad.

Y dando sus disposiciones formóse en breve en línea la fuerza, y á poca distancia hicieron arrodillar al infeliz víctima, sin quitarle la mordaza de la boca.

Ante tan horrible espectáculo, Ernestina quedó desfallecida, y Maria, al contrario, pareció animarse con un placer satánico.

—¡Preparen! ¡apuuten! gritó el jefe.

—¡Fuego! gritó la princesa.

Y una detonacion espantosa sonó en aquel momento.

El jefe se acercó á la princesa y le dijo.

—¡Admiro vuestro valor! ¡Sois digna de mandar héroes!..

Maria sonrió al cumplimiento, y volviéndose á sus compañeros observó que su esposo, fijaba su vista en un lugar vecino, sin poder ocultar el furor de que estaba preso.

Durante la ejecucion Giacomo habia apartado de aquel sitio á Ernestina, quien presa de un desmayo estaba en sus brazos junto á una arboleda.

Un relámpago de odio brilló en los ojos de Maria, quien con paso ligero se dirigió á socorrer tal vez á su amiga, seguida de su comitiva.

Al llegar creyó sorprender una conversacion que su llegada interrumpia, y solo pudo percibir estas palabras, que decia Giacomo.

—¡Si es cierto, sabré cumplir!...

XI.

Entrada ya la noche dos hombres embozados se dirigieron con rápido paso al sitio de la ejecucion.

—Es indispensable reconocer al cadáver.

—Sí; una sola palabra que hubiese escrito durante su prisión, desde la que oyó nuestra conferencia nos perdería para siempre.

Al llegar al punto donde se había consumado el crimen, en vano buscaron su objeto...

El cuerpo del fusilado había desaparecido.

—¡Maldición! gritó el mas anciano de los dos hombres embozados.



Y de nuevo prosiguieron su veioz carrera.—Pág. 38.

Puntos de venta al por mayor en Barcelona: Pasaje de Montjuich del Obispo, 3, bajos, y Hospital, 19—Tienda.

Los pedidos de Provincias se dirijan al administrador de esta publicación, Montjuich del Obispo, 3, bajos, Barcelona.



4to REPARTO. LOS LUNES Y JUEVES. 2 CUARTOS.



El primer fusilado fué el *Tossut*. Esta vez lo fué de veras.—Fig. 62

CAPÍTULO III.

El fusilado.—¡Pobre Ernestina!—El hijo de Barrancot.—Ataque de Ripoll.—La torre de San Endaldo.—Miret y Giacomo.—Fusilamiento de los carabineros.—La cartera.

I

La noche no había descornado aun su manto negro, tendido sobre el campo de los sucesos que de narrar acabamos.

Apenas los dos embozados abandonaron el sitio donde creían encontrar el cadáver del infeliz fusilado y cuya sorpresa al cerciorarse de que había desaparecido manifestóse de sobra con las violentas exclamaciones que terminaron nuestro anterior capítulo, sonó un prolongado silbido, cuyo eco no llegó sin duda á oídos de nuestros asombrados personajes, puesto que prosiguieron impávidos su camino sin demostrar con gesto ni palabra alguna haberse enterado de señal tan misteriosa.

Respondiendo sin duda al indicado llamamiento apareció entre los escasos árboles que poblaban aquel sitio una figura que vagamente comenzó á indicarse en lontananza y que al adelantar y permitir que la diáfana claridad de la luna iluminase sus contornos, dejó mas que ver, adivinar un hombre de mediana estatura y formas pronunciadas.

Sentado junto al esqueleto de un olmo, había otro hom-

bre, también envuelto en luenga capa. Detrás de él, dos soldados que por su traje abigarrado, parecían pertenecer á los voluntarios que mandaba Savalls.

—¿Quien vá? dijo uno de ellos con vos ronca al ver aproximarse la figura del embozado.

—Amor y gloria, respondió una voz en la que se notaba un marcadísimo acento catalán.

—Adelante, repuso entonces el que permanecía sentado.

—¿Eres tú, *Tossut*?

—El mismo, Sr. Miret.

—Alejáos, dijo este, (pues tal era quien se acercaba) á los soldados que habían permanecido detrás del hombre sentado.

Retiráronse los voluntarios, no sin un gesto de disgusto y luego se perdieron á lo largo del intrincado camino, volviendo repetidas veces la cabeza.

Reinó un momento de extraño silencio entre los dos personajes que habían quedado solos.

—Ya ves como te he cumplido mi palabra, dijo primero Miret colocando su largo sable por detrás de sus espaldas y sosteniéndolo así con ambas manos (1).

—Si, gracias! Pero habeis de recordar que solo por orden vuestra prorrumpí en mueras á la infanta!

—Es decir, que la respetas, que la reconoces como á tal y que únicamente el afán de una excesiva ganancia te ha inducido á colocarte en pugna con tus ideas políticas?

—De ningún modo. Yo no creo en nada, absolutamente en nada. Así como es *Dios, Patria y Rey* el lema que defendeis vosotros, el mio, redúcese también á tres palabras, que pueden fácilmente compendiarse en una sola: *Dinero, dinero y dinero.....*

—Basta; te comprendo...

—Y mucho debo adorar al famoso becerro, cuando solamente por una indicación vuestra y ante la lectura de una carta de vuestro tío, el canónigo de*** me hé espuesto á que

(1) Posición favorita del célebre cabecilla.

el piquete que debía fusilarme no fuese mandado por vos, y me hubiese mandado al otro mundo en busca de...

—¡Repito que basta! Yo tenía perfectamente tomadas todas mis medidas y la farsa de tu muerte era segura. Ahora bien, por tí conoceré todos los planes de mis compañeros los demás cabecillas, y por tí, según mi promesa, veré cumplido el fin de todas mis acciones: podré hacerme dueño de los encantos de la princesa.

—Lo he jurado, Sr. Miret, por mis peluconas.

—Debo creerte. Aquí tienes los dos mil reales prometidos. Habla: cuenta lo que oíste á Savalls y demás colegas en los sótanos, y manifiéstame clara y sucintamente tus planes para conseguir el logro de mis designios.

Aquí, el *Tossut* comensó á revelar á Miret los planes, cuyo resultado funesto para muchos, hemos de revelar mas tarde, así como el proyecto concebido para que Miret tomase plaza en el veleidoso corazon de D.^a Maria.

Pero como en ello iba la vida de muchos, bajo cautelosamente la voz, el labrador catalan y no podemos por ahora enterarnos de tan importantes confidencias.

Solamente al cabo de una hora y cuando ambos personajes se disponian á emprender la marcha por caminos diferentes, la voz de Miret, dejó oirse, exclamando ya sin misterio.

—¡Y cuenta con la mejor parte del primer saqueo que ordenemos.

—¿Pero morirá ese italiano?

—¡Yo te lo juro!

—¿Por quien?

—¡Por María de las Nieves!

—¡Pues vuestro es para siempre *Tossut* el fusilado!

II.

Aun no había amanecido y la bella Ernestina se disponía á descansar en su modesto, pero cómodo lecho.

Recordaba temblando la pobrecilla, las últimas palabras de Alfonso y no acertando á comprender el misterioso y terrible argumento de su última exclamacion, dirigíase mentalmente á implorar la proteccion de la Santísima Virgen á quien desde muy niña habian enseñado á dirigir sus preces, tal vez con oraciones demasiado rutinarias.

Arrodillóse, pues, ante una estampa mal litografiada de la Virgen de Montserrat y murmuró, tititándose, una monotonía plegaria.

No la había aun terminado, cuando las hojas de la única ventana por donde penetraba de día la luz del sol, rechinaron lugubrementemente.

El pueblo español lleva encarnada en su instinto la supersticion, falta que dicho sea de paso, no ha facilitado poco la dominacion clerical en nuestro suelo, gérmen y origen primitivo y atroz de nuestras presentes desventuras.

Ernestina, como hija del pueblo, era, pues, supersticiosa en demasia. Creyó al pronto, al escuchar aquel extraño ruido, que la vírgen contestaba á su peticion y sospechó luego inmediata é involuntariamente que el demonio en persona iba á penetrar en la estancia y llevarla de patitas á los infiernos.

Y confirmóse completamente en su sospecha al ver abrirse ruidosamente la ventana que daba al jardín y penetrar en la estancia un hombre armado de un enorme puñal.

—Jesus! dijo la pobre niña escondiendo entre sus pequeñas y preciosas manos su rostro encantador.

—Nada temas, Ernestina, dijo el que tan violentamente se la había aparecido. ¿No me reconoces?

Alzó al oír estas palabras su bonita cabeza, la atemoriza-

La jóven y reconociendo al hombre del puñal, exclamó:

—¡Giacomo!

—¡Giacomo, si. ¿Porque asustarte?

—¿Y que venís á hacer aquí? ¿Qué pretendéis!

—Poca cosa. ¿Qué te ha dicho esta noche el infante Don Alfonso?

—¡Me ha asegurado... Me ha prometido...

—Espícamelo sin rodeos. Vengo en nombre de la Infanta!

—¡Cielos!

—¿Que me revela esa exclamacion! ¿Serán ciertas sus sospechas?

—¿Sospecha acaso?...

—Que el infante te adora: sí, que D. Alfonso muere de amor por tí.

Y que desbaratas tú con esa pasión la suya, sus planes y su porvenir entero!

—Pero yo...

—Silencio. Haz confesion exacta de lo que media entre vosotros, ó de lo contrario.....

Y la hoja del puñal amenazador brilló terrible por encima de la cabeza de la desgraciada niña.

—Pues bien, Giacomo, el infante ha ponderado lo que él llama mis eucantos, ha enaltecido mi hermosura, me ha prometido su amor y encareciendo con sublimado acento el valor para él desmesurado de mi virginidad, me ha prometido que esta noche sabria lo que de mí pretende hacer... pero yo... como comprendéis perfectamente lo ignoro... sí, lo ignoro por completo!

—En ese caso, Ernestina, me toca adelantarme á D. Alfonso: así lo exigen el amor que tú tambien has sabido inspirarme, la tranquilidad de D.^a Maria de las Nieves por quien estoy dispuesto á sacrificarlo todo y el porvenir de la causa que todos defendemos y por quien todos nos sacrificamos generosamente.

—Qué quereis decir?

—Ernestina! vas á ser mia!...

—¡Yo! ¿Qué horror!

No pueden brotar frases de nuestra pluma que pinten el horror de la escena que siguió á estas palabras.

Entregada la pobre criatura á la brutalidad salvaje de un hombre de fuego á quien además de los encantos que presentes tenia, atizaba el deseo de vengar á una amante antigua y destruir por completo la pasión naciente del infante su rival, sollozó en vano, arrodillóse, rogó, amenazó, gritó!! Todo en vano! Sus gritos de espanto fueron ahogados: Giacomo quedó vencedor en su empresa temeraria: el honor de Ernestina habia sido manchado!

—¡Ah, infame! venganza por venganza! exclamó al ver dirigirse á Giacomo á la ventana que le habia dado entrada.

—¡Y amor por amor! exclamó otra vez que salia de la misma.

Giacomo cayó al suelo atravesado por la hoja de un certero puñal.

Desmayóse Ernestina y el asesino incógnito no penetró en la estancia.

III.

Al día siguiente de tan lamentables sucesos, y una vez hecha su memorable entrada en España, caminaba la bella Ernestina al lado de D.^a María de las Nieves, seguidas de D. Alfonso y su célebre Estado mayor, cuando el hijo del famoso cabecilla Barrancot, joven de facciones duras, mirada entera y fornido aspecto, acercóse á comunicar á la infanta una confidencia procedente de Saballs.

—Señora, dijo con acento respetuoso á la esposa de D. Alfonso: mañana Dios mediante, Ripoll será nuestro.

—Gracias, capitán, dijo D.^a María.

Y mientras comunicaba al infante la fausta noticia de Sa-

balls, pudo Barrancot acercarse á Ernestina y decirle en voz muy baja:

—Y amor por amor! ¡Estais vengada!

—¡Oh! fuisteis vos!



Giacomo.

—¡Que escucho! exclamó una voz. Era la de Giacomo que caminando detrás de la princesa pálido y aun no del todo repuesto de su leve herida, no habia sido visto todavía ni por la desgraciada Ernestina, ni por su valiente defensor.

Continuaron estos hablando en secreto breves instantes, mientras que el tenaz italiano se acercaba á la infanta.

Grave y mucho debió de ser todo cuanto al oído le dijo, pues, que al terminar el aparte, D.^a Maria dirigió algunas palabras á D. Alfonso en correcto francés y este, exclamó encarándose con el salvador de Ernestina:



...y atravesó el pecho del hijo de Barrancot que solo pudo
esclamar: Jesus!—Pág. 60.

—Capitan, vuestra fausta noticia merece algun premio.
Quiero dárosle. Decid de mi parte al valiente Saballs, que

debeis por orden mia mandar las primeras avanzadas que hostilicen á Ripoll. Podeis retiraros, comandante!

Este rápido ascenso y este honor tan elevado, conmovieron tan profundamente al jóven aprendiz de cabecilla, que solo atinó á murmurar sordamente:

—Gracias doy á V. A...

—Basta, basta. Retiraos.

—Y el jóven espoleó su caballo, no sin que la desdichada Ernestina al verle partir exclamase:

—¡Pobre jóven!

—Morirá, repuso Giacomo á su oído!

—¡Oh ¡Os aborrezco! dijo Ernestina con terrible entonacion.

Y la infanta dijo á Giacomo con los ojos.

—Gracias!

IV.

Eran las doce del dia 23 de Marzo. Savalls habia tomado traidoramente todas sus medidas apartándose con respeto á una distancia de tiro de fusil de la villa de Ripoll sitiada por sus inmundas falanges.

El hijo de Barrancot, segun los deseos de los infantes y las órdenes posteriores de *Don Francisco* mandaba el batallon de avanzada

A las dos de la tarde, poco más ó menos, comenzó un fuego mortífero, creciente y desesperado entre los habitantes de la valiente villa y su denodada guarnicion: traidor y cetero entre los defensores de la estupidez (léase absolutismo). La casa Caballería conveniente y fuertemente fortificada resistió heroicamente y á las 9 de aquella infausta noche ocho carabineros acorralados, estenuados, inermes, se rindieron confiando neciamente ya que no en el valor de

sus enemigos, en la hidalguía al menos, proverbial en España. ¡Pobres soldados! Mas tarde hablaremos de ellos.

Así continuó el ataque y la vigorosa defensa, hasta que á las 9 de la mañana siguiente (domingo), 80 carabineros mas, imitaron el ejemplo de sus infelices compañeros rindiéndose á discrecion. Una vez rendida la villa, penetraron en ella 500 carlistas mandados por el hijo de D. Enrique de Borbon á quien ya conocemos. Savalls con los infantes y su escolta permanecían léjos del lugar de la accion, recibiendo á cada momento partes de sus diferentes episodios y adelantos. Tuvo la faccion un coronel herido y 18 soldados. El único cañon con que disparaban era de cobre.

Abandonemos, ya, el relato fiel y exacto de todos estos detalles y reanudemos la historia en su punto más interesante.

V.

Entre los 500 carlistas que penetraron en la poblacion, mandaba dos compañías, pues en su batallon era donde mas bajas habian causado las balas liberales, el hijo del célebre cabecilla que ya conocen nuestros lectores y á quien por sugerencias de Giacomo y órden del infante habia sido encomendado el punto mas peligroso de la accion.

Hecho fuerte un puñado de héroes en la ya famosa torre de San Eudaldo y no queriendo rendirse á ninguna condicion ni precio, el jóven vengador de Ernestina, imitando las horribles determinaciones de su padre, mandó incendiar con petróleo dicho campanario que en pocas horas quedó reducido á cenizas y muertos villana y traidoramente sus defensores.

Gozoso hallábase nuestro héroe con tal hazaña y comu-

nicándola estaba á un soldado para que corriese á trasmirtirla á Saballs y los infantes, cuando un hombre de mal aspecto, y cuya cabeza adornaba un ensangrentado ros de



Los Petroleros.

carabinero, se acercó á él, apuntóle al pecho su carabina y, disparando, la bala atravesó el pecho del hijo de Barrancot, que solo pudo exclamar:

—¡Jesús!

—¡Vete á los infiernos! exclamó el que lo habia muerto.

VI.

—Vuestras órdenes estan cumplidas, Don Martin.

—No las mias, *Tossut*: di más bien las del infante.

—Pero vos me lo ordenasteis.

—Está bien, véte, véte.

Y Miret, montando en su caballo se alejó á galope tendido del sitio donde tan lacónico pero espresivo dialogo acababa de pronunciarse.

Al poco rato ocho ó diez soldados carlistas, que llegaron se apoderaron de *Tossut* reconociéndole como el asesino del hijo de Barrancot. En vano intentó resistirse.

Entre tanto, Miret y Giacomo cogidos del brazo (aunque imposible parezca) prosternaban sus rodillas ante los infantes acampados en las inmediaciones del pueblo.

VII.

Los ocho carabineros que primeramente se rindieron más ó, mas tarde hechos prisioneros, fueron conducidos por un batallon (!) al sitio donde el suplicio debia verificarse.

El feroz Savalls, á quien luego en Olot y Berga no debian apiadar los lastimeros gritos de [mas de cien víctimas

inmoladas á sus instintos sanguinarios presidió la ejecución.

Todas aquellas nobles víctimas fueron cayendo una á una, elevando al cielo sus gritos de espanto y desconsuelo, encomendando sus hijos á la caridad de las almas verdaderamente cristianas... pero allí no habia ningun cristiano...! ¡Allí solo habia tigres!

A la primera detonacion cayeron varios de aquellos mártires de la libertad; algunos que habian quedado todavía con vida se revolcaban convulsivamente en su sangre, exhalando agonizantes gemidos unos y horribles imprecaciones otros, mientras sus compañeros que permanecian aún de pié, rodeados de cadáveres imploraban piedad de sus verdugos que léjos de intimidarles se encarnizaban mas y mas y con salvaje gritería de triunfo disparaban una descarga tras otra hasta que el sacrificio quedó completamente consumado.

.....

Concluida la carniceria, Savalls se atusó los bigotes y encendió un cigarro.

El primer fusilado fué el *Tossut*—Esta vez lo fué de veras.

Miret habia conseguido quitar de en medio al poseedor de sus designios.

VIII.

Pocas horas habian transcurrido desde que Savalls habia dado parte al infante, de la muerte de los carabineros.

La histórica villa de Ripoll, que guarda en su célebre monasterio las cenizas de tantos preclaros condes y barones que ilustraron y engrandecieron la antigua nacionalidad catala-

na; la villa de Ripoll que baña sus piés en el río Freser y en el caudaloso Ter veía ya con horror ondear en sus antiguos muros el estandarte del absolutismo.

Aun inmensas columnas de humo se levantaban por doquier; el siniestro resplandor del incendio iluminaba los lívidos rostros de las infelices mugeres que azoradas corrian de una parte á otra buscando entre los prisioneros algundendo ó amigo.

Puseaban por la estensa huerta del caserío en donde alojabanse los infantes y su estado mayor, aquellos, seguidos del ex-seminarista que debía tener algo que decir á D.^a Blanca, pues lo demostraba en sus miradas y ademanes, cuando el cadáver de un carlista, arrojado allí sin duda por algunos de sus cofrades en huida, llamó la atención de la princesa.

Detuvo sus pasos al tropezar con el muerto, inclinóse hácia él mas bien inducida por un movimiento de curiosidad que por un sentimiento caritativo y exclamó al reconocerle y sin poder contenerse:

—¡Cielos! ¡El jesuita!

—¡Como! ¿Que dices, María? exclamó D. Alfonso temblando á su pesar y haciendo un esfuerzo para cerciorarse de la verdad que encerraban las palabras de la espantada D.^a María de las Nieves.

Pero sin duda habria sido una ilusion de la infanta. D. Alfonso registró aquel cadáver aunque no tranquilizado del todo, mas sosegado sin embargo, y en el morral encontró una cartera. Dentro de ella, el retrato de D.^a María de las Nieves y una carta dirigida á Giacomo ***.

—¿Qué es esto, señora? exclamó el infante! dirigiendo á su esposa terribles miradas en donde se pintaba una espantosa cólera.

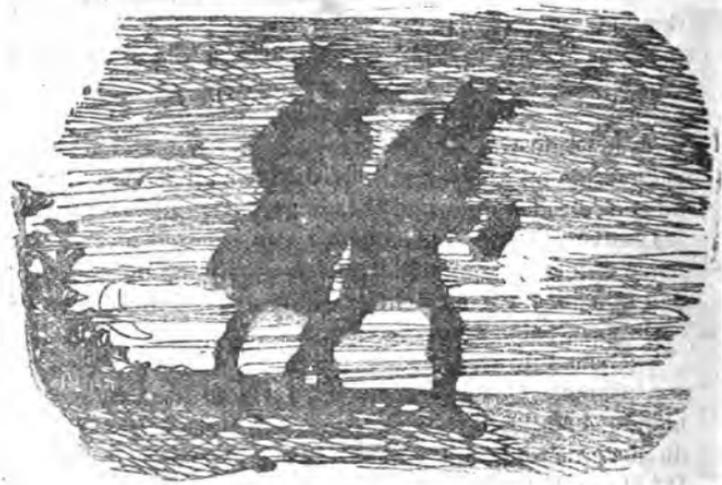
—¡Oh!...

Nada mas pudo decir ella.

Se habia desmayado.

Miret sonrió, cruzó sus brazos sobre el pecho y dirigió á D. Alfonso una mirada espresiva que por cierto formaba bello contraste con las dirigidas por aquel á la princesa.

- ¿A quien pertenecian aquella cartera y aquel retrato? ~~—~~
¿Quién habia escrito aquella carta?
¿Qué nombre llevó en vida el misterioso "cadáver del carlista?"



Al llegar al punto en que se habia consumado el crimen envano buscaron su objeto.—Pág. 48.

NOTA IMPORTANTE.—Con la última entrega de la presente obra, se regalará una portada conteniendo el retrato de Doña Blanca con su verdadera firma y rúbrica, cuya adquisicion ha costado á los Editores inmensos sacrificios.

Los números anteriores al presente reparto se hallarán de venta en la calle del Hospital, 19-tienda.

Puntos de venta al por mayor en Barcelona: Pasaje de Montjuich del Obispo, 3, bajos, y Hospital, 19-Tienda.

Los pedidos de Provincias se dirigirán al administrador de esta publicacion, Montjuich del Obispo, 3, bajos, Barcelona.



5^{to} REPARTO. LOS LUNES Y JUEVES. 2 CUARTOS.



¡Angiolina! Fuera de aquí rugió Saballs.

CAPÍTULO IV.

Funerales por el alma de Galcerán.—Miret impaciente.—Conquistado amor.—Un insulto y un nofeton.—Tormentas.—Ripoll y Berga.—Los dos enemigos.—El desafío.—¡Sálvese el que pueda!—Conferencia misteriosa.—Una eleccion acertada.—El hombre del antifaz.

I

El día 27 de Marzo, es decir, cuatro dias despues de los sucesos anteriormente narrados, disponíanse en la iglesia del Prats de Llusanés á celebrar grandes y solemnes honras, en memoria del cabecilla Galcerán, herido en una pierna el día de la batalla de Conanglell, y muerto el 25 del mes ya citado.

Era el tal Galcerán, hijo del Llusanés, y tenia en el pueblo parientes, deudos y amigos en abundancia.

Además, los funerales dispuestos para honrar su memoria, habian de revestir un ostentoso aparato que engañase á sus parciales y les hiciera sospechar, aunque por un momento fuese, que los jefes de sus hordas tienen en algo el valor, la consecuencia y la honradez.

Todo se hallaba ya prevenido en la iglesia del pueblo.

Colgados de negro los altares, ardiendo cien blandones ante el modesto túmulo y congregados mas de doscientos carlistas sin contar los viejos, niños y mugeres de la poblacion, aguardábase únicamente para dar principio á la cere-

monia á que el infante D. Alfonso acompañado de su *deno-*
lada esposa, penetrase en el templo.

No se hizo esperar mucho.

La infanta, sin embargo, no le acompañaba.

¿Dónde había quedado?

Más tarde lo sabremos.

El hermano de D. Carlos hallábase pálido, lívido.

Retrataban sus ojos el coraje y la ira en que su alma es-
tá ardiendo.

Algunos de su acompañamiento, intentaron dirigirle, du-
rante el acto religioso, palabras por las que pudieran dedu-
cir los sentimientos que en su corazón se agitaban.

Todo en vano. D. Alfonso permaneció impenetrable.

Terminada la misa de *requiem*, salieron todos de la iglesia.

La escolta del infante, intentó acompañarle hasta su alo-
jamiento, pero él la despidió con un gesto.

¿Tendría la culpa de aquella tristeza, la carta encontrada
en la cartera?

II.

Miret no había acudido al funeral de su colega.

Razones de mas alto peso le retenían en el campo.

Alzase junto al pueblecito de*** é interceptando el paso
de un camino de herradura una modesta casa de campo.
(*masta*) á cuyo propietario daremos más tarde á conocer y
que no ha figurado poco en nuestras desastrosas guerras ci-
viles, tanto auxiliando al levantisco partido carlista con su
oro é influencia moral, como prestándole en ocasiones la
fuerza de su robusto brazo.

Tal vez no haya en Barcelona quién desconozca al tal su-
geto, pero hemos de privarnos por ahora del gusto de lan-
zar su nombre á todos los vientos, ya porque así conviene
al interés de la historia que narrando vamos, ya porque cir-

cunstancias particulares nos lo impiden en este momento.

Un día antes del célebre ataque de los absolutistas á Ber-ga, ó sea el mismo en que se celebraron las honras fúnebres por el alma del cabecilla Galcerán, era, cuando Miret, cómodamente sentado ó arrellanado mejor dicho, en un sillón que adornaba la sala principal del cortiño indicado, aguardaba con impaciencia marcadísima á alguno que no debía ser muy puntual á la cita.

El carácter del célebre seminarista es violento é inquieto. Sonaron las diez de la mañana en un reloj de pared colocado en el comedor de la masía.

Miret se levantó de su asiento y comenzó á recorrer á grandes pasos la reducida habitación.

De cuando en cuando apretaba convulsivamente el puño de su espada.

Asomábase á la ventana.

Golpeaba el suelo con los tacones de sus botas haciendo resonar militarmente la espuela.

Se desesperaba.

Por fin, apareció el hombre que no hemos querido nombrar, y dijo con apagado acento.

—D. Martin, ya está aquí.

—¡Gracias al diablo!

—¡Jesus nos valga!

Y entró una muger en la estancia.

III.

Al verla, Miret reflejóse en su semblante la alegría de que súbitamente se había inundado su corazón.

Corrió á ella, le apretó significativamente la mano y le hizo seña para que tomase asiento.

Así lo hizo la recién-llegada, que era Doña Maria de las Nieves, y Miret se sentó al lado suyo.

—Ya ves como he cumplido mi palabra.

Gracias, señora.

—¿Me esperabas, verdad?

—Con impaciencia.

—Segun eso.....

—Proseguid.

—Segun eso es mucho el cariño que me tienes?

—¡Y tal me preguntais, Maria?

—Lo pregunto... porque me gusta escucharlo de tu boca.

—En ese caso y ya que me animais, señora, debo deciros que en mi pensamiento solo está vuestra bellissima imagen. que por vos daria la vida, que por vos únicamente sigo la guerra, que desde el primer dia, en fin que tuve la dicha de veros, solo en vos pienso, anhelando una mirada de vuestros ojos divinos, una sonrisa de vuestros labios hechiceros!

Un largo silencio siguió á tan ardiente declaracion.

Miret habia caido de rodillas á lós piés de la infanta.

Esta callaba, pero no habia retratada en sus ojos, la indiferencia seguramente.

—Oh! contestad, contestadme por todos los santos del cielo.

—Yo... balbuceó la infanta.

—¿Váis á llevarme al cielo de la dicha ó á hundirme en el infierno de la desesperacion?

—Mucho voy á aventurar con mi respuesta.

—¡Dios mio! ¡Qué escucho!

—¡Miret! ¡Miret!

—¡Maria!

—¡Compasion para una pobre muger enamorada!

—¿Qué me respondes, Maria de mi corazón?

Nueva pausa.

Doña Maria de las Nieves se alzó de su asiento.

Miret la seguia anhelante con su mirada inquieta.

Una estraña revolucion debia obrirse en el alma de aquella muger.

Por fin, cuando Miret iba á suplicarla de nuevo, ella se le acercó con vacilante paso.

Lanzó entrecortados y voluptuosos suspiros.
Luego un quegido de indefinible traduccion.
Y al cabo, palpitante, resuelta, apasionada, cayó en los brazos de D. Martin.

- ¡Tuya, tuya para siempre, Martin mio!
—¡Ah! ¿Será posible, Maria?
—¿No me crees aun?
—¡Tanta es mi ventura que la juzgo imposible!
—¡Y sin embargo me ves en tu brazos!
—¡Ah! ¡Idolo de mi vida!

Al cabo de hora y media, Doña Maria salia del cortijo
Un hombre entraba en el al mismo tiempo.
Pareció no recatarse á las miradas curiosas del dueño del cortijo.

Iba acompañado por otros dos de terrible mirada y feroz aspecto.

IV.

—Muy buenos dias, Sr. D. Martin; exclamó el recién-venido dirigiéndose á Miret, que todavía no repuesto del inmenso placer que acababa de recibir, no contestó al saludo mas que con monosílabos ininteligibles.

—En estraña turbacion os encuentro sumido.

—Cierto, Sr. D. Francisco... pero... no hagais caso alguno...

—¿Acabáis por ventura, de reunir alguna accion gloriosa para las armas de nuestro rey y señor Carlos VII y se ha aumentado vuestra fama militar y vuestro renombre de audaz y valiente?

—¡D. Francisco!

—Decídmelo sin embages, porque si así fuera, correría á ponerlo en conocimiento del S. S. D. Alfonso de Bórbón y de Este nuestro esclarecido infante. Todos vuestros actos

de valor le halagan en demasía y el que hoy sin duda habeis llevado á cabo, debe satisfacerle extraordinariamente...

—Ese tono irónico....

—¿Irónico decís? ¡Qué disparate!

—¿Negais?...

—¡Niego rotunda y absolutamente. Creo con toda sinceridad en que habeis hoy añadido una página más á vuestros fáciles triunfos...

—¡Como!

—Y buena prueba de ello, dá la S. Sra. D.^a Maria de las Nieves de Braganza, esposa de D. Alfonso de Borbon á quien he visto ahora mismo salir de esta casa adonde vimo sin duda con objeto de premiar vuestros esfuerzos y vuestra audacia en los combates...!

—¡Señor mío!

—¿Nada me contestais? ¡Tengo razon, no es cierto?

Y el astuto Saballs, que no era otro el interlocutor de Miret, dirigió una mirada expresiva á sus dos satélites, testigos mudos, pero elocuentes, de la escena que contanto estamos.

—¿Porque proseguís callado, mi buen D. Martin?

—Las situaciones claras, D. Francisco, dijo Miret, despues de un momento de vacilacion y duda.

—Explicaos.

—¡Habeis visto salir de esta casa á D.^a Maria. Estais por lo tanto al corriente de todo. ¿Qué deseais á cambio de vuestro silencio.

—Nada absolutamente.

—No os entiende.

—Pues es muy fácil de entender.

—¡Acabemos!

—¡A eso voy! Yo tengo espías para todo y en todas partes!

—Y con que objeto les habeis indicado esta casa. Aun suponiendo que la princesa me ame, os importa algo?

—Y no poco!

—Acaso la amaríais vos tambien? ¿Seríais, por desgracia mi rival?

—De ningún modo. Pero tenía mis sospechas sobre esa muger...

—¡Reportad, ¡vuestro lenguaje!

—¡Sobre esa muger, repito! añadió con entereza Savalls.



El hombre del antifaz.

Tenia vehementísimas sospechas de que no fuera lo que aparenta y estas sospechas que iban tomando visos de verdad con todas las noticias que adquirir he podido, hoy se realizan por completo.

—¿Y qué?

—Sr. Miret, esa muger que amais y que os ha jurado amor; esa muger que tan inícuo y villanamente há engaña-



D.^a Blanca se habia lanzado á él puñal en mano.

de. D. Alfonso, esa muger por quien como corderos se lanzan á la pelea nuestros valientes voluntarios, no es la esposa del infante, no es D.^a Maria de las Nieves, no es la augusta hija de D. Miguel de Braganza...

—¡Qué decís!

—No: es una miserable aventurera llamada Angiolina Ferretti, hija de Roma, y en cuya ciudad la conocí yo vendiendo torpemente sus encantos al primer transeunte...

—¡Infame! exclamó Miret, sin dejarle acabar.

Y su mano vigorosa cruzó soberbiamente la mejilla del tigre de Cataluña.

Quiso este lanzarse sobre el ex-seminarista para despedazarlo seguramente, pero los dos oficiales que habían presenciado la escena, se interpusieron y el asunto se arregló caballerosamente, quedando ambos citados para aquella noche en el camino.

V.

Entretanto D. Alfonso echaba de menos á su dulce compañera.

Refugiado en su alojamiento y entregado á pensamientos sombríos, comenzaba á maldecir su entrada en España.

Comenzó á formarse una tormenta en el azul del cielo. Un negro y estenso nubarrón cubriólo por completo en la estension del llano y muy pronto un terrible aguacero acompañado de un espantoso vendaval puso intransitables los caminos.

D. Alfonso no hacia caso de la tempestad.

Otra mas horrible y trascendental se desarrollaba en su corazón herido.

Tan pronto, fijando sus estraviados ojos en el mapa anotado por Saballs y estudiando la pronta manera de apoderarse de la ciudad de Berga, como reposándolos en la famosa carta encontrada en el morral del carlista muerto, pronunciaban sus labios frases incoherentes:

—¡Oh! Ella me engaña, sí! ¿Que duda cabe? ¡Horrible situación la mia! ¡Engañado! ¡Y por quién? ¡Sábelo Dios!

¡Ah!... ¿Y ése Giacomo, ese Giacomo maldito, que Dios confunda! Todo el peso de mi furor ha de caer sobre su cabeza envilecida!... Mañana en Bergá; me lo ha jurado Saballs... ¡Y que me importan los triunfos militares cuando este desengaño me está destrozando el alma!... ¡A costa de todo he de averiguar la verdad...!

Embebido el infante en sus sombrías reflexiones, no pudo ver que un hombre cuya cara cubierta con un antifaz de seda no permitía distinguir sus facciones, espía sus movimientos colocado en la esquina que daba frente al balcón del cuarto donde D. Alfonso se hallaba.

Arrostraba impertérrito la lluvia y el viento.

Algun fin trascendentalísimo debía guiarle.

VI.

Tristísima memoria deben guardar los habitantes valerosos de Berga del infaustísimo día 28 de Marzo.

Guardaba sus recintos una escasísima guarnición compuesta de 400 hombres de los cuales 100 eran bisefios.

Al comenzar el ataque los carlistas, resistieron débilmente los soldados, pero en cambio los voluntarios se batieron denodada y gloriosamente.

Los defensores del Terso, recordando la accion infausta de Ripoll donde quedaron vergonzosamente, perdiendo más de 15 hombres y entre ellos un zuavo francés á quien idolatraban y respetaban, y apesar de haber disparado mas de 14 cañonazos sobre el monasterio, cuyos defensores, antes de rendirse se batieron como verdaderos hijos de la liberal España; los defensores de Carlos, repetimos, hicieron inauditos esfuerzos de osadía, ya que no de valor, pues este es imposible buscarle entre los defensores del héroe de Oroquieta, ya jugando científicamente su seccion petrolera, ya incendiando la iglesia de San Pedro y haciendo con todos

sus viles actos resaltar mas y más la bravura de aquellos valientes republicanos Cuarenta francos movilizados defendieron heroicamente el castillo... pero, infeliz cuanto valiente Berga! 2,500 á 3,000 carlistas, procedentes de Prats de Llusanés contra un puñado de valientes, la esperanza del saqueo, y la violacion y otros muchos detalles vergonzosísimos que en su dia aclarará la historia, facilitaron la rendición de la insigne villa dando entrada á las hordas de aquellos hombres á cuya cabeza marchaban D. Alfonso y el vandálico Saballs.

VII.

Una vez posesionados de Berga D. Alfonso se encerró en su alojamiento y Saballs paseó a caballo la poblacion.

Al revolver de un callejon oscuro, una mano vigorosa detuvo por la brida al corcel que montaba D. Francisco.

—¿Quién va? dijo este atemorizado.

—¡Es hora ya de pegaros el segundo bofeton, señor mio!

—¡Miret!

—El mismo. Descabalgad y seguidme.

No se hizo de rogar Saballs: entregó el caballo á su asistente, y ambos salieron al campo en breve rato.

Una mujer les seguia. Era la esposa del infante. ge, á juzgar por sus cobardes movimientos.

VIII.

Una vez fuera del pueblo Miret desnudó su sable y retó de nuevo á Saballs, diciéndole con tono despreciativo.

—¡Vamos á probar si sois tan valiente cara á cara como redeado de vuestro Estado mayor, al intentar el ataque de una poblacion indefensa! Vamos á ver si acabo de una vez con vos y vuestros planes alfonsistas...

—¡Como! ¡Explicadme esas palabras!

—¡Un fusilado me las reveló!

—¡Ah! Aquel prisionero...

—Así, pues, señor mío, conozco todos vuestros proyectos, que mañana serán revelados al rey si esta noche muero á vuestras manos...

—¡Oh! ¡Preciso á toda costa es que mueras ¡infame!

—¡No es tan fácil hacerlo como decirlo: no es tan fácil seguramente dar una estocada de buena ley á un hombre que tiene corazon, como cobrar quince mil duros por vender en su dia la causa del absolutismo. No es tan fácil reñir con un hombre cara á cara como mandar dar de navajazos al pobre infeliz que habiendo servido con vos en Roma vino á pedirnos protección...

—¡Qué decís!

—Si: al hombre á quien creyendo poseedor de vuestros planes traidores mandasteis dar muerte en Manlleu á la orilla del Ter con el pretexto de haberle encontrado un corta plumas y que con el pretendia asesinaros.

—¡Mentís!

—Poco á poco. Los muertos no pueden mentir y *un muerto* me lo dijo.

—Es que yo quiero explicaros...

—¡Basta!

—Escuchad, Don Martin...

—¡Nada quiero oír, cobarde!

—Pero yo...

—¡En guardia!

—En guardia, pues, sea!

—Voy á buscar con mi espada tu corazon... ¡Aunque es inútil ¡bandido! tú nunca has tenido corazon!

—Eso es lo que vamos á ver.

—¡Voto al diablo, que lo veremos!

Desenvainó su largo sable D. Francisco y ambos cabecillas cruzaron furiosos sus armas.

Cuatro minutos trascurrieron

Chispas saltaban de los aceros.

Interjecciones horribles salian de sus bocas.

Cuando arreció la lucha, en el momento en que Miret tendiéndose á fondo iba á librar á España para siempre de una fera, D.^a María de las Nieves, se interpuso entre ambos y arrodillándose y alzando sus manos al cielo, exclamó con acento desesperado:

—¿Que haces, Martín mio!

—¡Batirme por tu honra!

—¡Aniolina! ¡Fuera de aquí, rugió Savalls.

—¡Miserable! gritó Miret.

Y Doña María irguiéndose altiva y amenazadora, dijo señalando con terrible aspecto á Savalls...

—¡Mátale! ¡Me ha injuriado! ¡Me insulta!

Mas y mas exasperado Miret ante los deseos de la infanta elantóse vivamente llevando recta la espada.

Retrocedió Savalls y ya iba de nueço á ser atravesado por el acero del amante de D.^a María, cuando una descarga espantosa sorprendió á nuestros tres personajes.

IX.

Era la columna que venja en auxilio de Berga.

Doña María lanzó un terrible grito:

—¡La columna! ¡La columna encima de nosotros!

—¡Sálvese el que pueda! exclamaron los dos cabecillas.

Y seguidos de la infanta emprendieron una vertiginosa carrera en direccion del pueblo.

Una vez allí, promovieron la alarma.

Cuando llegó la columna liberal ni un solo carlista ocupaba la villa ni sus alrededores á dos leguas en contorno.

X.

Caminaban en apresurado desórden, mezcladas las partidas y D.^a Blanca á la grupa del jamelgo de D. Alfonso.

Ignoramos que grave necesidad obligaria á la infanta en

XII.

En tanto, Doña Blanca y el cura, buscaban con afán al hombre del antifaz, que les causaba extraordinarios recelos. Encontráronle por fin.

—¿Qué deseáis de mi esposo? dijo Doña Maria.

—Poca cosa, repuso el enmascarado, fingiendo la voz.

—¿Pero, qué es? insistió el cura.

—Decirle llanamente que sois Angiolina Ferretti.

No acabó el del antifaz.

Doña Maria se había lanzado á él, puñal en mano.

El hombre de la máscara soltó una estridente carcajada.

El puñal se había partido en dos pedazos.

La infanta y el cura quedaron estupefactos.

Cuando al cabo de algunos segundos volvieron de su asombro, el hombre de la caretá de seda había desaparecido...



El confesor de D.^a Blanca.

Puntos de venta al por mayor en Barcelona: Pasaje de Montjuich del Obispo, 3, bajos, y Hospital, 19-Tienda.

Los pedidos de Provincias se dirigirán al administrador de esta publicación, Montjuich del Obispo, 3, bajos, Barcelona.

Los números anteriores al presente reparto se hallarán de venta en la calle del Hospital, 19-tienda.



6to REPARTO. LOS LUNES Y JUEVES. 2 CUARTOS.



Así acaban los traidores.

CAPITULO V.

Diálogo importantísimo.—El cura de Flix y el emisario.—Una carta de un desengañado.—Giacome y Ernestina.—Acto generoso.—Nuevas dudas.—¡Puigcerdá!—Primer ataque.—¡La primera herida de Saballs!!—Viage de la infanta.—Llegada al pueblo.

I

En el cortijo que ya conocemos y en la misma sala donde Miret declaró su ardiente amor á la infanta, conversaban ocho dias despues, en voz baja, dos hombres de sospechoso aspecto y terrible catadura.

Era el uno el del antifaz de seda y el otro un voluntario de Saballs á quien todavia no conocíamos.

—¿Con que Giacomo no olvida nuestro proyecto de venganza en los brazos voluptuosos de la enamorada Ernestina?

—No, monseñor.

—¿Y nada más te ha dicho?

—Las órdenes que acabo de tener el honor de comunicar á V. S. I. es la única mision que me ha sido confiada.

—Cuenta, pues, con no separarte del lado mio.

—Debo obedecer ciegamente al que así me lo ha exigido.

—Y todos los mandatos que emanen de mi, has de cumplirlos...

—Ciegamente, monseñor.

—Escucha pues. Hay que vigilar á la infanta...

—A Doña Maria...!

—Sí.

—Está muy bien.

—Hay que enviar al infante cada semana un pliego misterioso.

—¿Y bien?

—Y tu has de hacer que llegue á sus manos.

—¿Pero de qué modo?

—Eso corre de tu cuenta.

—Ha de reflexionar V. S. I. que yo...

—¡No admito réplicas!

—Soy esclavo de monseñor.

—Si hay que matar...

—¡Mataré!

—Puedes retirarte hasta dentro de dos horas.

Salió del cuarto y de lá casa el obediente soldado.

El hombre del antifaz al verse solo, descubrió su semblante.

Fisionomía estúpida, rasgos de crueldad, lábios de lujuria, ojos de soberbia.

Tal era la fisionomía de aquel hombre sobre quien reposaba todo el porvenir de la farsante Doña Blanca: de aquel ser misterioso que había venido á Cataluña desde el Norte, donde formaba parte del cuartel general de Carlos VII: tal era en fin el rostro inhumano del obispo de la Seo de Urgel, monseñor Caixal.

Cuando se hubo quitado la careta, sacó del bolsillo de su largo gaban, una carta escrita en dos de sus carillas, y comenzó á leerla con profunda atención.

II.

El cura de Flix, (Botijo por otro nombre, á quien ya de sobra conocen nuestros lectores) se separó despues de las

desastrosas acciones de Berga y Ripoll para merodear por cuenta propia, acompañado, primeramente de unos 600 hombres.

Relatar una por una las crueles hazañas que diariamente llevó á cabo, sería el cuento de nunca acabar.

Basta por lo tanto á nuestro objeto refrescar la memoria de los que nos leen que sentirán sin duda hervir su sangre al igual de la nuestra con solo recordar sus inauditos crímenes e inmundas tropelías por los que puede compararse en peor escala á muchos cínicos héroes de tradicion y de historia, siendo bastante para biografiarlo en dos plumadas recordar asimismo aquellos populares versos del inimitable Zorrilla:

*Y en todas partes dejó
memoria amarga de sí.*

Un dia, pues, el 5 de Abril y el mismo en que el intrépido y malogrado Cabrinetty llegó, siendo aun coronel, á Olot con su columna, el bandido cura de Flix que habia elegido el campo de Tarragóna para teatro de sus crueldades, que hubieran sido en mucho mayor número á no interponer en ocasiones su valedera influencia el enamorado Miret, que por aquellos dias se hallaba en el Panadés. Un dia, repetimos, tropezó la partida del obeso cura con un hombre que á toda carrera cruzaba el campo, esquivando de un modo bastante extraño, encontrarse con alguna de las citadas bandas.

Aquel hombre sin embargo, llevaba una boina en su cabeza y un escapulario en el pecho.

Vióle el cura de Flix y concibió inmediatamente una sospecha.

—¡Ese hombre es un espía! dijo á los suyos.

—Tal vez.

—Mandadle que se detenga.

—¡Alto! gritaron los carlistas!

Pero el hombre aquel en lugar de detenerse emprendió la fuga con mayor celeridad.

—¡Haced fuego sobre él!

Y sonaron cinco y seis tiros.

El hombre se detuvo, se balanceó durante algunos segundos y cayó luego al suelo.

Tenia rota la pierna derecha.

El cabecilla se acercó á él con su partida.

—¿Quién eres, le preguntó, de donde vienes y á donde vás?

—¡Me es imposible decirlo.

—¿Ignoras quién soy?

—Os conozco.

—Y conociéndome te atreves a desobedecerme.

—Sí.

—¡Que escucho!

—Os desobedezco, porque debo ciega obediencia á quién es mas que vos y cuyos secretos guardo. Conque así, en nombre de nuestro rey Don Carlos VII, y de la saerosanta religion-católica-apostólica-romana que todos defendemos, disponed que si en vuestra columna hay alguno que sepa algo de cirujía me cure y me vende esta herida y que se me dé luego un bagage para que pueda trasladarme adonde el deber me llama y con ansiedad me esperan.

—¡Já, já, já, já!

—¿Os reís, señor cura?

—¡Con toda mi alma!

—¡Pues el asunto no es para ser tomado á broma.

—Así lo creo, por tu parte.

—Y haceis bien.

—Porque inmediatamente vas á ser fusilado.

—¿Yo?

—Sí: ¿crees acaso que á mí se me engaña con una boina y un escapulario? ¿qué á mi se me asusta con frases de relumbron...? Tú eres un espía miserable de los condenados republicanos: te conozco, y... encomiéndate á Dios, porque está dicho: vás á morir!

—Mirad lo que haceis.

—Está mirado.

Y á una rápida seña del cura, que no pudo ver el herido, ocho de sus secuaces dispararon sobre él, dejándole cadáver.

Al lanzar aquel hombre su último suspiro, sacó el cura del bolsillo de su sotana un Cristo de madera y levantándolo en alto, dijo con voz de lobo:

—¡Yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu-Santo! y luego y sin soltar el crucifijo de la mano derecha, empuñó con la izquierda su trabuco y disparó en el oído del infeliz, con objeto de rematarlo.

Terminados estos actos piadosos, y señalando al cuerpo del desdichado con el crucifijo, exclamó dirigiéndose á su partida:

—¡Así acaban los traidores!

Mandó despues que pusieran sobre su ensangrentada espalda un cartel con esta inscripcion:

¡FUSILADO POR ESPIA!

Y procedió al registro del asesinado:

En el pecho, entre la carne y la camisa encontró un pliego.

Lo abrió impávidamente y leyó lo que sigue:

«Infante D. Alfonso: Tu muger es una prostituta, tu eres un cobarde! Ay de ella y de tí, si lo que espero sucede. De aquí á tres dias, grandes sucesos se preparan. Roma nos vé.»

EL HOMBRE DEL ANTIFAZ.

—¿Qué significa esto, dijo el cura de Flix, preocupándose. ¡Oh! yo he de descubrirlo ó he de morir en la empresa!

III.

La carta que el obispo de la Seo de Urgel leía con tanto interés cuando nos apartamos de su lado, decia así.

«Señor D. Martin de toda mi estimacion: El próximo dia »7 de Abril cumplirá un año de que yo me levanté en armas

»contra la liberal situacion que aborrecíamos todos, proclamo entusiastamente la defensa del Sr. D. Carlos de Borbon á quien creí digno príncipe, cumplido caballero (1) y valiente militar. Nobenta hombres nos reunimos en el paseo de Gracia de la ciudad de Barcelona, permaneciendo en él desde las once de la noche del susodicho dia hasta la madrugada que nos dirigimos en son de alzamiento á las montañas vecinas. Así pues, tuve yo el honor de mandar la primera partida catalana que inscribió en su bandera el famoso lema de *Dios, Patria y Rey*.

»Creí de este modo cumplir con mi historia con mi carácter y con mis principios.

»Gran desengaño ha sido el mio, Señor D. Martin.

»Decepciones crueles, amargos resentimientos y desdenes injustificados, cubrieron dos meses despues de horrible luto mi pobre corazon.

»No era seguramente mi mayor enemigo el coronel Casalis que con tanto empeño me buscaba, y á quien yo no huí por razones particulares de ódio que justifica sobradamente el fusilamiento de mi hijo infeliz junto al monasterio de Monte Alegre.

»Mas y mas encarnizados enemigos eran los amigos que me rodeaban.

»Un cúmulo indigno de traiciones, sorpresas viles preparadas por mis correligionarios con el villano objeto de desacreditarme á los ojos de los reyes y la preponderancia adquirida por unas cuantas fieras como Saballs y otros de cuyos nombres ni acordarme quiero me impulsaron á retirarme de la campaña, romper el sable con el que tanta gloria pensé haber ganado y retirarme á este rincón extranjero desde donde sigo y seguiré con terror asombro y asombro los diferentes episodios de guerra tan funesta y malhadada.

»Polo, y Sabariegos en la Mancha y yo en Cataluña creímos ganar partidarios para la causa que creíamos santa y

(1) Trascribimos la carta con sus faltas ortográficas, aunque en verdad no abundan.

»justa saliendo al campo del honor, como los caballeros
»cruzados de la edad media, á batirnos si así se ofrecía por
»lo que creíamos sano y provechoso para nuestra patria
»desdichada, pero no á robar, á asesinar, á incendiar á ha-
»cer odioso y repugnante para siempre el título de carlista
»como han conseguido hacerlo todos esos héroes de taberna.

»Así pues amigo D. Martin; usted que es jóven: V, cuyos
»sentimientos he tenido ocasion de apreciar y envidiar, de-
»be separarse de esas hordas de foragidos: crea V. los con-
»sejos de un anciano honrado y sacrifique hasta sus convic-
»ciones políticas en aras de la hombría de bien, del honor,
»de la moral y de los mandamientos de la ley de Dios que
»son los primeros en violar criminalmente aquellos que de-
»bian dar ejemplo para que todo el mundo los cumpliese y
»acatara.

»Porque le quiero á V., le doy consejos tales.

»V. sin embargo, hará lo que guste. Pero si insiste en
»continuar la guerra dará un profundísimo disgusto al viejo
»que desea estrechar su vigorosa mano

»Castells.»

El obispo Caixal apenas acabó la lectura de la carta, frun-
gió terriblemente su entrecejo y murmuró sordamente:

—¡Ya te ajustaremos la cuenta, viejo estúpido.

La carta estaba fechada en Perpiñan y el sobre iba diri-
gido á D. Martin Miret.

IV.

¿Que era, entretanto de Giacomo y Ernestina?

¿Donde se hallaban?

¿Que planes profundos y trascendentales llevaban á cabo?

¡Ninguno!

Se amaban verdaderamente y con esto queda dicho y es-
plicado todo.

Ernestina, violada inícuamente por aquel italiano de fuego, habia ido dando entrada en su pecho al amor.

¿Por quien?

Por su mayor enemigo: por Giacomo.

Si, Ernestina llegó á amarle apasionadamente.



¡Amor mio! continuaba Giacomo, ya que tanto te adoro poco me importa sacrificarlo todo por ti.

Y el amor surgido en el corazon de la bella Ernestina, comunicó de tal modo su fuego al alma de Giacomo que este á su vez adoraba con idolatría á la voluptuosa guerrillera.

Dicen que la música á las fieras domestica y nosotros añadimos á aforismo tan vulgar que el amor suaviza de una manera notable los malos instintos que se anidan en lo mas hondo del corazon del hombre.

Giacomo era una fiera y los besos de Ernestina lo transformaron en manso cordero.

—¡Idolo mio! solia decir á Ernestina en sus momentos de delirio: ¡Por ti falta á mis deberes! ¡Por ti dilato miserablemente la realizacion del tenebroso proyecto que me trajo á España! Por ti me veo espuesto á la cólera y al castigo de un poder más terrible que el de todos los soberanos de Europa reunidos!

Y Ernestina acariciaba dulcemente los largos cabellos de Giacomo...

—¡Amor mio! continuaba este; ya que tanto te adoro, poco me importa sacrificarlo todo por tí... hasta la vida, que puesto que tu eres vida mia, poco arriesgo por mi pasion: pero no me olvides nunca, nunca!

Y Ernestina apoyaba su linda cabeza sobre el hombro del italiano.

—Pero, dime, tesoro mio, si un dia nos sorprendieran en este nido de nuestros amores: si alguno de los muchos emisarios que andan en busca mia y á quienes hasta ahora he podido engañar, me arrastrara á la fuerza al campo de la guerra, obligándome á cumplir mi tenebroso juramento...

Y Ernestina cerraba sus labios con un beso.

¿Obraba la bella jóven impulsada únicamente por un amor inmenso y avasallador, ó habia en sus acciones otro móvil oculto?

Eso es lo que no podemos saber por ahora.

V.

Como hemos dicho antes, el dia 3 llegó á Olot la columna mandada por el valiente Cabrinetty á la que se agregaron algunos voluntarios antes de penetrar en la poblacion.

El mismo dia se escaparon de los carlistas setenta y dos carabineros de los que habian caido prisioneros en Ripoll.

El dia 6 los infantes con su numeroso acompañamiento se encontraban en San Quirico de Besora.

D. Alfonso sin poder desechar sus terribles preocupaciones: anhelando tener una violenta y terrible esplicacion con su esposa, pero temiendo al mismo tiempo su desenlace.

Porque el desdichado hermano de D. Carlos amaba con idolatría á D.^a Blanca.

Pocas horas despues de entrar en el pueblo antedicho, un peaton lleno de polvo y sudor trajo al infante una carta.

Era de Miret.

En ella procuraba disuadir con fuertes argumentos al infante de las sospechas injuriosas que en el alma de este se alimentaban sobre la procedencia y conducta de su esposa.

Como D. Alfonso es un pobre hombre y adora á Miret, comenzó á respirar despues de la lectura de la carta, pues no podia comprender que D. Martin le engañase.

Y un suceso, un episodio, á primera vista incomprendible acabó de borrar, por entonces, de su corazon todas las sospechas que como repetidas veces hemos dicho habian engendrado en él, la carta hallada en el morral, la desaparicion de Giacomo y ciertas frases reticentes escapadas á Saballs en sus momentos de cólera.

Sucedió, pues, que iban á ser fusilados dos gefes de voluntarios hechos prisioneros en la torre de Berga.

Saballs con el pecho de su garibaldina lleno de cruces, parecido á un calvario, se adelantó al frente de dos batallones, en medio de cuyas compañías iban los infelices héroes.

En el sitio señalado para la ejecucion, aguardaban un peloton de la escolta particular de los infantes.

Aplazóse el fusilamiento hasta la llegada de estos.

Por fin, una algarabía infernal de tambores y trompetas anunció que se aproximaban.

Los valientes que iban á morir, frunciéron el entrecejo, no de miedo seguramente, pues la muerte solo asusta á los cobardes, sino de cólera al considerar la ceguedad y estupidez de aquellas gentes que tal tributo de respeto y amor ofrecian á un puñado de miserables.

D. Alfonso estaba radiante.

D.^a Blanca vestida con estraordinaria sencillez.

Antes de llegar al cuadro formado para fusilar en su centro á los valientes de Berga, D.^a Maria acercó sus labios al oído de D. Alfonso, murmuró algunas palabras y este inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

Entonces se hizo oír el agudo sonido de la corneta de órdenes de la infanta.

Profundo silencio siguió á la conclusion de aquella nota prolongada y vibrante.

—General, dijo ella, dirigiéndose a Saballs, mandad que se deshaga el cuadro.

Se cumplió aquella órden.

—Que se adelanten los prisioneros.

Así tambien se hizo.

Y D.^a Maria entonces dirigiéndose á ellos, exclamó.

—¡Libres sois! ¡Podeis ir adonde os plazca!

—¡Viva la infanta D.^a Maria! gritó entusiasmado Don Alfonso.

Solo diez ó doce voces contestaron á la esclamacion.

Los carlistas no son hombres. No pueden por lo tanto comprender la caridad.

—¿Queréis defender la bandera de la monarquía pura y la religion santísima?

—¡No, señora! gritaron con entereza los perdonados.

—¡Así me gustan los hombres! murmuró D.^a Blanca.

—¡Marchaos pues!

Retiráronse alborozados en tanto que D. Alfonso pensaba:

—¡Como puede ser traidora y falsa esta muger que tan bello corazon ha demostrado! ¡Ah, no; no: calumnias y solo bastardas y miserables calumnias.

Saballs hervia en cólera y furor.

VI.

Pero duró poco la alegría del hermano del pretendiente. Otro emisario trájole un pliego del cura de Flix.

En él le advertía que recelase de los que le rodeaban y sobre todo de la muger que más quería.

Acompañaba á esta misiva el pliego encontrado al satélite del hombre del antifaz ó sea el obispo de Urgel.

Mesóse los cabellos el Infante y sus dudas volvieron con mas bríos á apoderarse de su martirizado corazón.

Pero nada dijo aun á D.^a Blanca.

VII.

¡Puigcerdá! ¡Insigne hermana de las inmortales Zaragoza y Gerona! Gloriosa valla donde por más de dos veces se ha estrellado la criminal osadía de las bandas de inmundos foragidos que asolan nuestras comarcas deliciosas, nuevos Atilas que creen como aquel ser el azote de Dios y sólo son el espanto y el asombro vergonzoso del mundo civilizado! Cuna de héroes, tumba de mártires, ejemplo de España, rayo de la justicia, admiración de Europa, modelo de valor, yo te saludo!

En tus muros ensangrentados y gloriosos, en el pecho descubierto de tus bravos hijos, en el valor indomable y en la constancia heroica de tus mugeres, nuevas Agustinas Aragon y Castas Alvarez, en las satíricas canciones con que recibian tus hijos todos el mortífero fuego de las hordas enemigas, en la desesperacion del cobarde Saballs al ver humillada ante tus pendones su astuta osadía, aprendí á ser valiente, aprendí á desafiar el peligro, aprendí á luchar con entereza y constancia, aprendí á amar la patria, á morir por su buen nombre!

¡Heroica y siempre heroica Puigcerdá! ¡Yo te saludo!

VIII.

Son las cinco de la mañana del memorable 10 de Abril.
Mil doscientos carlistas al mando del indicado D. Fran-

isco Saballs, comienzan á escalar las tapias de la histórica villa, en tanto que por su punto mas estratégico continua la escasa artilleria carlista disparando mortíferos proyectiles.

Los sitiados con el valor ya en ellos proverbial, los reciben con serenidad épica disparándoles certeros fusilazos ó gruesas piedras lanzadas con tino por la antigua honda.

Una muger aplasta á un carlista con una baldosa.

El Sr. Pedral, procurador del juzgado, muere en una garita, cayendo cadáver tambien el carcunda que le mató. Créese que ambos dispararon al mismo tiempo.

Otros mil prodigios de valor y tenacidad se suceden.

Los carlistas comienzan á amedrentarse.

Pero á las tres de la tarde logran llevar á cabo el incendio de siete casas y la puerta de España.

Y cobran mas ánimo los incendiarios.

Pero los dignos, los bravos puigcerdaneses no se abaten.

Llega la noche y 300 hombres de la partida de Tristany se unen á los sitiadores, que redoblan sus esfuerzos.

Las mugeres llevaban sacos de tierra á las murallas.

En casa Fabra se escondieron 20 carlistas y fueron muertos 19.

En una fábrica de las cercanias habia apostados ciento treinta á fin de dar traidoramente un golpe de mano que resolviese la cuestion, ¡pero cara pagaron su astucia!

Como el dia anterior la fuerza sitiadora se hallaba en Alp y en Tosas, durante la noche habia podido apoderarse de casa Mallol y de las del puente de San Martin, de la de Puigbo, obrador de Mariano y del arrabal de las Monjas.

Treinta horas duró la memorable resistencia.

Cabrinetty, el gran Cabrinetty á villa tan honrada, cogiendo prisionero al cabecilla Grau en Ribas.

IX.

Mientras esto sucedia en Puigcerdá y ante sus débiles

muros, Saballs se hallaba en compañía de D. Alfonso á distancia respetabilísima del sitio del combate.

Una bala perdida le encontró sin embargo.

—¡Ah! dijo el funesto guerrillero, cayendo del caballo.

—¿Qué es eso, D. Francisco?

—¡Estoy herido!

—¡Herido, herido el general! gritan despavoridos algunos carlistas que les rodeaban.

—¡Si, socorredle, socorredle, amigos míos!

Entre todos levantáronle del suelo.

Uno de ellos habia ido cerca del teatro de la lucha en busca de un médico.

Cuando llegó Saballs se hallaba sentado en una piedra y no completamente repuesto de su desmayo.

—¿Dónde teneis la herida, general? preguntó el médico.

—Lo ignoro.

—¿Pero dónde os duele?

—En todo el cuerpo.

—Vamos á proceder al reconocimiento.

Reconocióse efectivamente el demacrado cuerpo de Don Francisco y no se encontró en todo él, herida alguna.

D. Alfonso comenzaba á reirse.

Los soldados tambien, aunque á hurtadillas.

Uno de ellos entregó el capote del general, al infante.

Y este encontró allí la tan decantada herida, que le dolia en todo el cuerpo al valiente D. Francisco.

Efectivamente, la bala le habia atravesado.... el capote!!

X.

¿Donde se hallaba entretanto D.^a Blanca?

¿En el combate? Nadie la vió y no era muy probable.

D.^a María de la Nieves se hallaba en La Sella.

El objeto que la condujo á tal punto era tan misterioso como todo lo que rodeaba á esa muger.

Habia recibido un anónimo terrible.

El obispo de Urgel no cejaba en su empeño.

La infanta ignoraba con que hombre debía habérselas.

Acompañaba á D.^a María el cabecilla Camps, que debía luego trasladarla á Bagá (pueblo en donde nace el Llobregat) según órdenes superiores.

Ya en el pueblo buscaron la casa citada en el anónimo.

Pero en la casa no vivía nadie.

—¿Que significa esto? exclamó D.^a Blanca.

—¿Puedo retirarme, señora, preguntó su acompañante.

—Si, volved aquí dentro de tres horas para conducirme á Bagá donde debe aguardarme mi augusto esposo.

—Está bien, señora. Y Camps se retiró.



D. Juan Castells.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.—La abundancia de revelaciones que en este capítulo extractamos, nos obliga á retirar un exacto grabado representando el interior del campanario de Puigcerdá, durante el ataque. Irá en el próximo reparto.

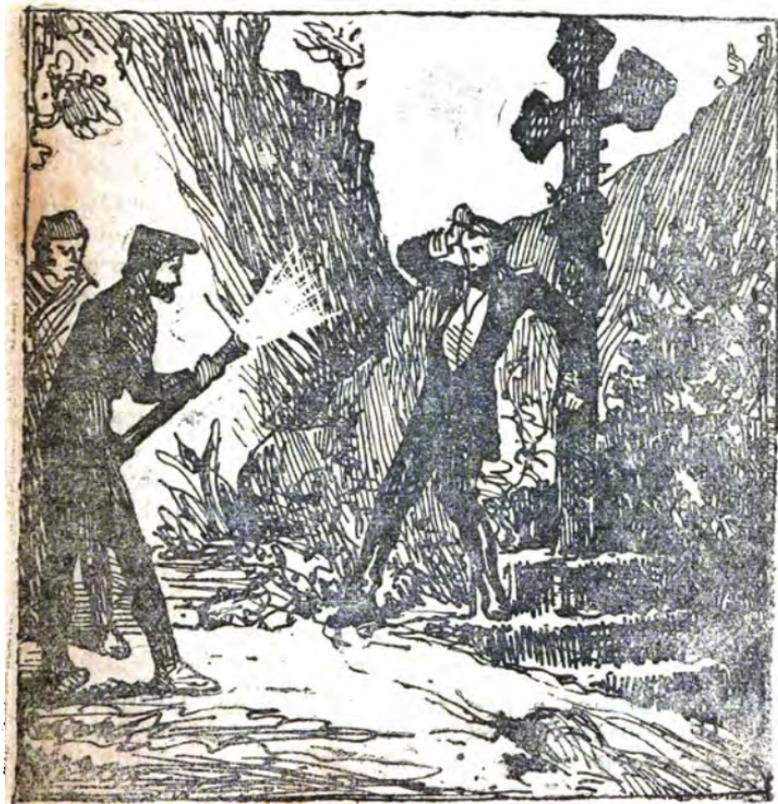
Puntos de venta al por mayor en Barcelona: Pasaje de Montjuich del Obispo, 3, bajos, y Hospital, 19-Tienda.

Los pedidos de Provincias se dirigen al administrador de esta publicación, Montjuich del Obispo, 3, bajos, Barcelona.

Los números anteriores al presente reparto se hallarán de venta en la calle del Hospital, 19-tienda.



7mo PÉDANTO. LOS LUNES Y JUEVES. 2 CUARTOS.



Y dispensacion los tractos.

CAPITULO VI.

La cita.—El lazo.—Libertad de la infanta.—Marchas y contramarchas.—La prisionera.—Una visita.—Plan misterioso.—Miret.—D. Martin y el cura.—La cita.—En Montserrat.—Nueva visita al calabozo.—Hilos sueltos.—Vacilaciones.—En la cruz de Piedra.

I.

Al ver que nadie respondia, preguntó D.^a Blanca, como ya hemos dicho, á los vecinos y estos le aseguraron que hacia mes y medio que nadie habitaba aquella casa, pero que todo ese tiempo habia permanecido abierta ignorando ellos con que objeto.

Penetró, despues de estas esplicaciones, la infanta, en el desierto casucho.

Y fué extraordinario su asombro al reconocerlo todo y no encontrar alma viviente ni objeto, ni señal, ni rastro alguno de persona.

—¿Y que debo hacer ahora? pensó para sí. Bah! Aguardaré en alguna casa vecina la vuelta de Camps.

II.

Ya se disponia á hacerlo así, cuando se sintió fuertemente sujeta por la espalda; intentó gritar pero amordazaron su boca y cegaron sus ojos con un pañuelo.

Luego le ataron los brazos.

Todo esto en medio del silencio más profundo.

Después que aseguraron su persona, sintió que la tierra se abría bajo sus pies y en compañía de los que la sujetaban, cayó suavemente sobre un suelo húmedo y lleno de guijarros.

Oyó, ya entonces, una voz ronca que decía.

—¡Dejadme solo con ella!

Y D.^a Blanca se vió libre.

III.

El cabecilla Camps acudió á la hora señalada por la princesa, al sitio de la cita.

Pero en vano penetró en la casa.

Al igual de D.^a Maria la recorrió por completo y tampoco pudo encontrar á nadie.

Ocurriósele igualmente preguntar á los vecinos y estos le respondieron sencillamente que no habiendo sin duda encontrado su compañera á las personas que habia ido á buscar allí, se habia retirado de la casa á la media hora de haber entrado en ella saliendo después del pueblo, pero que ignoraban cual era la dirección que habia tomado.

Crejó Camps de buena fé todas estas noticias y casi sin despedirse de aquellas gentes, emprendió el camino que conduce á Bagá esperando allí encontrar á los infantes.

No habria andado una hora, cuando oyó á sus espaldas una voz quejumbrosa que le llamaba.

Volvióse rápidamente.

La infanta corria hácia él.

¡Pero en que estado tan lastimoso se encontraba!

Desgraciada, pálida, ojerosa, convulsa, casi sin poder hablar, la vió á su lado el obediente Camps.

—¿Qué os há sucedido, señora?

—No lo pretendas saber...

Inclinó su cabeza aquel hombre y siguió en silencio á la infanta.

Algo grave y muy grave hubo de acontecerle á esta en la emboscada que se le habia preparado.

A su tiempo lo sabremos.

IV.

Desde el 22 de Abril en que los infantes llegaron al indicado pueblo de Bagá hasta el 31 de Mayo que hicieron su célebre escursión al monasterio Montserrat sufrieron algunos sustos en sus diferentes escursiones á Glisareny, á Suria, á Odena donde permanecieron mas de dos horas haciendo iluminar la poblacion y pidiendo 500 duros de contribucion extraordinaria.

El 4 de Mayo cerca de Igualada fueron rodeados por cuatro columnas una de ellas mandada por el general Velarde.

El 29 del mismo mes hallándose los infantes con Tristany y Camps que ya no se separaba de ellos en Oló fueron asimismo desalojados de tal punto marchándose á Monistrol de Calders.

El dia 31, por la tarde entraron en dicha poblacion, con 800 hombres y 70 caballos habiéndoseles agregado Saballs y Muxí, habiendo antes quemado la estacion del ferro carril que era magnífica, mientras una avanzada de 20 hombres entraba á practicar un reconocimiento en la poblacion.

Alojáronse D. Alfonso y D.^a Maria que en todas las diferentes escursiones que ligeramente hemos indicado casi no se habian dirigido una sola vez la palabra, alojáronse, repetimos, en una de las mejores casas de la poblacion y á las dos horas ó sea las nueve de la noche salieron para Montserrat adonde llegaron á las once.

Dejémoslos en tal sitio, adonde muy pronto hemos de

volver y ocupémonos de otros personajes interesantísimos de nuestra narracion á quienes ya parecíamos haber olvidado.

V.

Creemos fundadamente que recordarán nuestros lectores á la pobre jóven aprisionada en un sótano y á quien visitó el jesuita de nuestro prólogo.

Sus enemigos que debian ser fuertes y poderosos la tenian aun encerrada.

¡Pobre criatura!

¿Habia acaso cometido algun delito?

No, seguramente.

Inocente y vírgen era su alma como bellísimo su cuerpo y su mirada dulcísima.

¿Pues por qué tal encierro y crueldad tanta?

¡Ah! Es que habia en la historia de su vida que mediaba entre su cuna ilustre y la ambicion desmedida de una muger infame, secreto de tal naturaldza que su descubrimiento podia perturbar hondamente hasta el equilibrio de la política europea!

Y no exageramos.

VI.

En la mazmorra ya conocida de los que nos leen yacía mortificada y casi exánime la pobre niña á quien llamaremos Paula, nombre con que habia sido confirmada al penetrar por vez primera en su tenebrosa prision.

Siempre llorando, sumida siempre en inagotable dolor, no viendo á persona humana durante el trascurso de largos años, ni oyendo voz alguna que le recordase siquiera que

existía en el mundo de los hombres, pues la escasa comida del día se le enviaba por un agujero estrecho practicado en el muro y que volvía á cerrarse incontinentemente; ¿cuál no sería su sorpresa un día, al ver entrar en su encierro á una mujer, bella también, pero formando cruel contraste su fisonomía alegre y risueña con el aspecto fatal de aquel subterráneo?

—¿Qué quereis? dijo Paula al verla entrar, acostumbrada como se hallaba á ver perfectamente en la oscuridad.

—No os veo, señora, repuso la que había entrado.

—¡Ah! Lo comprendo! Yo en cambio si alguna vez llegase á ver la deseada luz del día, quedaría ciega de fijo al recibir en mis ojos la clara luz del sol.

—¿Sufrís mucho?

—¡No hay palabras para contarle!

—¡Pobre niña!

—Pero quien sois?

—Yo...

—¿Que venis á buscar aquí?

—Tal vez vuestra ventura!

—¿Mí ventura? ¿Sería posible? ¿Es cierto que os interesais por mí?

—¡Mas de lo que pensais!

—Pero con que objeto... ¿no puedo comprender...

—Habladme con franqueza, señora.

—Preguntad.

—¿Conservais como siempre en vuestro seno el documento que olvidaron recojeros al hundiros en esta mazmorra.

—Nada contestó Paula, pero se estremeció involuntariamente.

—¿No me respondeis?

—No sé de lo que me estais hablando...

—¡Oh! Comprendo! Eso es que desconfiais de mí.

—Tal vez. Pero aunque me inspiráreis ilimitada confianza, puedo aseguraros que no tengo...!

—En vano intentais fingir...

—Explicaos.

—En vuestro rostro que ya vislumbro hallarse fuertemente grabada la viva emoción que se ha apoderado de vuestra alma...

—¡Ah!

—¿Insistís en negar?

—¡Pues bien, no!

—¡Enhorabuena!

—Lo juzgo inútil, vuestro rostro encantador me revela de igual modo la pureza de vuestros sentimientos y la santidad de vuestra alma! ¡Ah, sí! ¡Teneis cara de santa! Una gran simpatía por vos inunda mi alma por entero... Si me engaño, si esa es la careta de la infancia, tanto peor para vos: yo nada debo esperar de este mundo...

—¿Quién sabe!

—¿Que habeis dicho!

—No perdais la esperanza, señora...

—¡Oh, descifrad el enigma que encierran vuestras palabras! ¡Tened piedad de mí!

—Pues bien, Paula: guardad ese documento importantísimo en el rincón más inaccesible de vuestro encierro.

—Seguro está.

—Y recordad bien mis palabras. No tardará en venir á visitaros un hombre cruel: el representante en España del que ha forjado vuestros hierros en otro país: aceptad sin vacilación alguna todas cuantas proposiciones os haga, por viles que os parezcan, que una vez fuera de vuestro calabozo, esta muger de quien habeis dudado os libraré de sus garras, proclamará vuestra bondad y vuestra existencia desvanecerá muchas calumnias y desenmascarará á muchos infames!

—¡Oh, señora, cuanto os deberé!

—Recordad bien esta seña: *Amor y gloria*. Tal vez muy pronto habreis de usarla para llamarme en auxilio vuestro.

—¡Gracias, gracias... hermana mía!

—¡Sí! Acepto con efusión ese título gratísimo.

Y cayeron las dos mugeres una en brazos de otra, llorando de placer, porque también el placer tiene lágrimas

VII.

Cuando la consejera de Paula, abandonó el encierro de esta y salió al campo encontró á un hombre que en mitad del camino le aguardaba.



El ex-carcelero de Paula.

Silbó este con fuerza y de las malezas que bordaban la senda, salieron y se reunieron en torno suyo más de ochenta hombres bien armados.

—Comenzad á andar, les dijo el que habia silbado y que parecia su jefe á juzgar por sus bruscas órdenes.

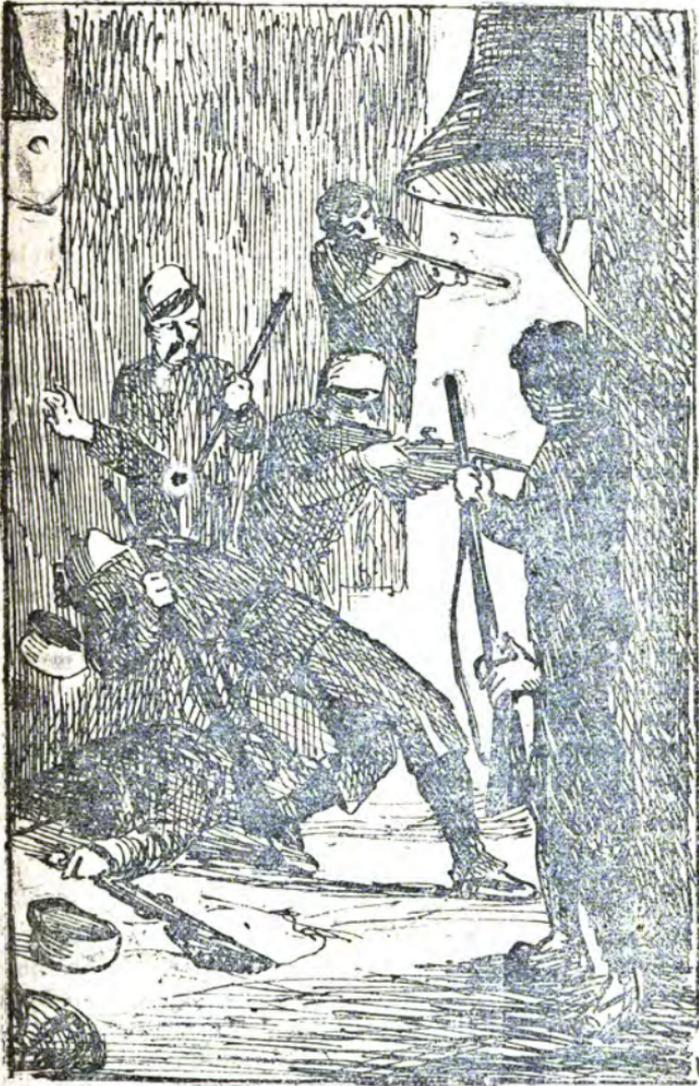
Obedecieronle. Ninguno de ellos llevaba boina. Todos cubrian su cabeza con kepis amarillos y azules.

El hombre y la muger quedaron solos.

—¿Que hay, Ernestina?

—Giacomo mio; ¡me ha creído!

—En ese caso ..



Interior del campanario de Puigcerdá durante el ataque del 10 de abril.

—¡La victoria es nuestra!
—¡Dios te oiga!
Y se alejaron de aquel sitio.

VIII.

Miret entretanto se encontraba en San Pedro de Ribas, cerca de Villanueva.

Su objeto al acercarse á dicha poblacion mas bien que la rapina, el incendio y la muerte, era alcanzar á la partida del inmundo cura de Flix que tambien vagaba por aquellos contornos.

Habia tenido confidencias de que el infante recibiera una carta suya denunciando como vil y prostituta á su enamorada D.^a Maria de las Nieves y queria curarle para siempre de avisos semejantes, escarmentándole como él suele hacerlo.

No obstante, el bueno de D. Martin comenzó, casi involuntariamente á recelar de su querida.

La facilidad, primeramente, con que se apoderó de su corazon: los insultos groseros de Saballs en su misma presencia, que fueron causa del desafio, no verificado todavia, por cierto; y por último la carta del cura de Flix, introdujeron en su corazon la serpiente de la duda.

Colocarónle en parecida situacion á la que en que se encontraba el inocente marido.

IX.

Por fin el cura y D. Martin se encontraron en el Cárme, segun órdenes de Tristany que intentaba reuniendo las tres partidas marchar sobre Capellades.

Llamó aparte el cabecilla al asqueroso *Mosen*, y le dijo:
—Si continuais entreniándoos en escribir cartas como la

última que habeis dirigido al Infante vais á quedaros sin las dos orejas.

—¡Me insultais!

—Tomadlo como os ocomode.

—Es que no me acomoda que se me trate de esa manera!

—¿Por que razon?

—Por mi carácter: soy sacerdote...

—¡Sois un asesino y un calumniador que es peor aun.

El cura de Flix algun tanto atemorizado ante el aspecto terrible de Miret ofendido, contóle punto por punto la escena de la muerte del emisario del obispo Caixal y le enseñó al acabar su relato la carta encontrada á este, puesto que la que habia enviado á D. Alfonso era una copia exactísima hecha por un falsificador de los muchos que van en aquellas partidas de ladrones, asesinos é incendiarios.

Petrificado quedó D. Martin ante tamañas revelaciones.

Pero fingió no creerlas.

Y se apartó del cura Botijo con objeto de llevar á cabo un plan que súbitamente habia concebido.

X.

Dirigíase este á obtener permiso de Tristany para alejarse de aquellos sitios por un solo dia, cuando acercándosele un hombre le dijo en voz baja estas palabras:

—Hallaos á las nueve de esta noche junto á la *Crua de Piedra*.

—¿Quien sois?

—Quien puede descubriroslo todo.

—¿Que?

—Lo que en este momento os hace dudar.

—¿Eh?

—Lo que en este instante os está desesperando.

—Pero... ¿quien sois, repito?

—Repito á mi vez que el que lo sabe todo y el que os puede dar los medios de vengaros.

—¿Vengarme de quien?

—¡De ellos!

—¡Ah! Luego son calumnias?...

—¡Y de ella!

—¡Ah! Conque es verdad!

El hombre se alejó.

Miret no intentó siquiera seguirle.

XI.

Dijimos mas arriba que los infantes llegaron á Montserrat á las once de la noche

Visitaron primeramente la célebre imágen de Nuestra Señora y luego se retiraron al aposento llamado de San Luis.

A las dos de la madrugada comulgaron, oyeron misa á las tres y despues de visitar minuciosamente y enterarse de las bellezas de la montaña, salieron á las seis y media en direccion á casa Masana.

Al llegar á ella demostraron profundo sentimiento por no haber podido disponer de mas tiempo para recorrerlo y visitarlo todo con más detenimiento y asimismo por haberles sido imposible escuchar los coros que tienen por costumbre concurrir cada año al monasterio

Entonces el cabecilla Muxí, (pués Saballs ya se habia adelantado con parte de la fuerza y con gran placer de la perseguida infanta,) en union del capitán Alavedra agregado á aquel Estado Mayor de farsa y de Carnaval, se acercó á los infantes diciéndoles respetuosamente que si tal era su deseo, podian buenamente cumplirlo sin cuidado ni temor alguno por cuanto les constaba con toda seguridad que la columna republicana que más cerca se encontraba de ellos, distaba de aquel sitio mucho mas de cinco horas.

Determinaron los infantes al oír esto, retroceder al monasterio siendo únicamente acompañados por el titulado coronel de caballería Redondo y algunos otros gefes.

Sabedores D. Alfonso y Doña Blanca de la costumbre que los romeros observan, y es depositar en la iglesia su bandera, ofreciéndola á la Virgen, al pasar estos al son de la música, salieron á la puerta de su aposento (número 6 de San Luis).

Mandó formar su guardia el infante y presentar las armas en tanto que duró el desfile.

En gran aprieto puso este acto de cortesía á los buenos romeros, excelentes republicanos todos.

Pero, prescindiendo por algunos momentos del ódio político y ante obsequio tal, se descubrieron al pasar por los infantes.

Lo cortés no quita á lo valiente.

Mucho hemos leído y hemos oído hablar acerca de este episodio y de la serenata que luego la música dió debajo de los balcones donde los carlistas habitaban.

Pero, nosotros que somos tan leales y consecuentes republicanos como el primero, no podemos tildar acto semejante.

En primer lugar, los romeros estaban desarmados.

En segundo, á un acto de cortesía respondieron, como galantes españoles con un acto de educación.

Buena prueba de todo cuanto estamos diciendo y de que la tienen en alto grado fué que despues que los coros (Aurora y Lirio) dieron la serenata, que presenciaron los carlistas desde los balcones bajos del convento que dan al pátio contiguo á la iglesia, se dieron algunos vivas por estos y otro por los romeros á la república que como es de creer no fué contestado por los carcundas.

Unica vez y escepcional por desgracia.

A las seis, emprendieron los infantes la marcha de nuevo.

Se dirigieron por San Cristóbal y pernoctaron luego en Santa Cecilia de Montserrat.

XII.

El calabozo de Paula volvió á abrirse al dia siguiente de la visita que le hizo Ernestina.

Aquella pobre niña comprendió que habia llegado el momento vaticinado por la amante de Giacomo.

Y á pesar suyo tembló.

Un hombre embozado se acercó á ella.

Iba acompañado por tres ó cuatro soldados que llevaban hachones.

El subterráneo se iluminó sobérbiamente.

Pero apesar de tanta luz, Paula no pudo comparar las facciones del desconocido con las que le habia indicado Ernestina, porque aquel no habia bajado el embozo de su larga capa.

Dió una órden á los soldados que la acompañaban y dos de estos clavaron en el suelo las teas saliendo los demás.

Entonces fué cuando cayendo el embozo de aquel hombre, pudo la prisionera ver su semblante.

—¡Pobre niña! dijo.

Y tomó una de sus manos.

XIII.

Conviene á la verdad de nuestra narracion dejar en suspenso muchos de sus mas notables incidentes.

De este modo la trabazon del argumento que seguramente no embrollamos resultará indudablemente más sólida, y luego podremos sin trabajo reunir los hilos que sueltos vamos dejando para acabar redondeada nuestra historia, satisfaciendo la curiosidad justamente escitada de los lectores.

Así, pues, con perdon de estos y ya que nos obliga tam-

bien á saltar de episodio á episodio la variedad de lugares en que la accion que dibujamos se desarrolla paulatinamente, suspendemos aquí la relacion de la entrevista entre el embozado y Paula, á los que volveremos mas tarde: de igual modo contaremos, cuando convenga, lo que ocurrió á Doña Maria de las Nieves en la Sellera; el plan que Saballs meditaba: la resolucion criminal que se apoderó del alma de D. Alfonso: los planes de Giacomo y Ernestina: la torpe conducta del cura de Flix y la intervencion no pequeña que Tristany tuvo en los acontecimientos narrados y por contar.

Ocupémonos ahora de Miret.

XIV.

Sonaron las nueve de la noche.

El cabecilla, con licencia de su general, tomó el camino que conducia á la Cruz de Piedra.

El cielo hallábase encapotado.

En aquellos campos la espantosa calma de la muerte reinaba tan solo.

Pero Miret no tenia miedo.

Una idea punzante martirizaba su corazon.

La de haber sido víctima de una muger infame.

La de pensar que tal vez un dia no lejano iba á ser el ridiculo de todos sus correligionarios, cuando el secreto que debía existir se descubriese en el campo carlista.

Y Miret se estremecia.

Y lágrimas de rabia asomaban en sus ojos.

XV.

Llegó al sitio señalado por el hombre misterioso.

Vió la Cruz de Piedra y creyó ver cruzar una ó dos sombras por ante ella...

Pero ya hemos dicho que la noche era muy oscura.

Siguió caminando y á nadie vió en el lugar de la cita.

—¿Será esto un engaño? pensó el amante de Doña Blanca. ¿Habrán querido burlarse de mi?

Miret se sentó en las gradas de la cruz.

Sonó un silbido. Despues dos más.

Involuntariamente, se estremeció el cabecilla.

Volvió la cabeza á la derecha y vió á un hombre que le apuntaba con un trabuco á boca de jarro.

Luego otro en igual actitud á la izquierda.

Dos mas; uno delante y otro detrás de la cruz en la misma terrible posicion.

—¿Qué significa esto?

—¡Que vais á morir! dijo una voz.

Y dispararon los trabucos.



Mon eñor Caix l obispo de Urgel.

Puntos de venta al por mayor en Barcelona : Pasaje de Montjuich del Obispo, 3, bajos, y Hospital, 19-Tienda.

Los pedidos de Provincias se dirijan al administrador de esta publicacion, Montjuich del Obispo, 3, bajos, Barce ona.

Los números anteriores al presente reparto se hallarán de venta en la calle del Hospital, 19-tienda.



8^{vo} REPARTO. LOS LUNES Y JUEVES. 2 CUARTOS.



CAPITULO VII.

Noche de verano.—Reflexiones de D. Martin.—Dos caminantes.—Una vision.—Un billete de amor.—Tres citas.—En la taberna del pueblo de***—Despejo de la incógnita y presentacion del incógnito.—¡Alpens y Cabrinetty!—Lucha á brazo partido.

I.

Eran las nueve de la noche.

El calor propio del mes de Julio que habia asfixiado durante el dia á los pobres trabajadores arruinados, por la rebelion carlista y el desórden que desgraciadamente reina y reinará en España; habia cedido algun tanto gracias á la bienhechora y fresca brisa, tan apetecida en las noches estivales.

Miret no habia muerto aun.

Los cuatro trabucazos disparados sobre él á boca de jarro, no le hicieron otro daño que dejarle ciego durante catorce horas.

Los trabucos estaban solo cargados con pólvora.

¿Qué intento, pues, exclamará el lector seguramente, guiaba á aquellos hombres, al dar tan tremendo susto al enamorado D. Martin?

Tal vez podamos contarlo en otro párrafo.

Decíamos que la noche era fresca y que habian sonado las nueve.

Miret, por orden recibida de Saballs, (á quien particularmente odiaba con todo su corazon, pero á quien oficialmente debia obedecer por ser superior suyo en el titulado *ejército* donde ambos sirven) hallábase en las cercanías de Alpens, en tanto que el citado D. Francisco se apoderaba de San Quirico de Besora el dia 7 del mes antedicho, dando libertad á 85 soldados del regimiento de América que se hallaban dentro de la poblacion.

Rasgo que, podemos asegurarle no fué inspiracion suya.

Habíase tenido noticia de que el intrépido Cabrinetty andaba por aquellos contornos en persecucion de las bandas carlistas, y queria afrontarse el éxito de un encuentro, sabiendo como se sabia por conductos fidedignos y multiplicados, que la insubordinacion de las tropas republicanas era un hecho y que tal vez por esa razon la victoria podria concederles sus favores.

¡En qué causa tan ruin se fundaban los asesinos!

II.

Miret dejó entregada su partida al descanso y apartándose á bastante distancia de ella, se sentó bajo un árbol.

¿A dormir?

No por cierto; á meditar.

¡A pensar en la traicion y en la vileza de la señora de sus pensamientos!

Y de algo más que sus pensamientos.

D. Martín, forzoso es decirlo, hallábase profundamente enamorado de la muger de D. Alfonso.

Habia creído hallar en ella la realizacion de sus apasionados, eróticos ensueños del seminario.

Cuando logró la mayor de las victorias que un amante puede celebrar, su alegria no tuvo límites, ni valladores sus proyectos conquistadores.

Sobre considerarse el más feliz de los amantes, se creyó el mas afortunado de los guerrilleros.

Y llegó á mezclar en sus sueños de amor, sus ilusiones atrevidas en lo que á la política concierne.

Así es que al saber por el cura de Flix y las cartas desconsoladas de D. Alfonso lo que se sospechaba, se decia, se aseguraba de Doña Maria de las Nieves, parecióle que un rayo abrasador acababa de caer á sus piés.

Y cambió por completo el curso feliz de sus ideas.

Todo lo veia antes de alegre color de rosa.

Todo lo contemplaba ahora de sombrío color negro.

Como ya creemos haber dicho, el ridículo en que se veia envuelto ante aquellos, que no eran pocos, poseedores de su amoroso secreto, le hacia estremecerse.

Y el amor se enfriaba en su corazón.

Y el ódio iba poco á poco reemplazándole.

Esto, y mucho más que omitimos, era lo que D. Martin Miret cavilaba sentado bajo un olmo frondoso.

III.

Sumergido se hallaba en tales reflexiones cuando vinieron á sacarle de ellas dos personas que sin cuidado avanzaban, sospechando fundadamente no ser vistos ni hallados por persona alguna.

Era una de ellas una muger encantadora, aunque pálida en esceso.

El otro un personaje misterioso envuelto en luenga capa. La luna derramaba pródiga sus rayos argentarios.

—Os he dicho y os repito que perdais cuidado, señora, decia el hombre de la capa.

—Mas si nos vieran....

—¿Y quién á estas horas y en tal sitio?

—Tengo mucho miedo: ¿para qué negarlo?

—Apoyáos fuertemente en mi brazo y deseched todo temor.

—Mucho debéis agradecerme que me haya fiado de vos...

—Reparad, señora, en que me debéis la libertad.

—Es cierto...

—Por lo tanto...

—Mas también sé, y con amargura indecible por cierto, que vuestro intento no es otro que hacerme cambiar de prision....

—Es exacto...

—¡Ah, Dios mio! ¡Cuán desgraciada he nacido!

—Pero debéis tener en cuenta que así lo quieren altos poderes: que no obro por propia voluntad y que la prision, que ni tal nombre merece, donde ahora voy á colocaros, lo será únicamente por brevísimos dias...

—Haced de mi lo que gustéis.

—Enhorabuena.

—¿Qué fuerza podría oponer á la vuestra?

IV.

Aquí llegaban de su diálogo los dos caminantes cuando acertaron á pasar por frente á Miret, que oculto por el profuso ramaje no podia ser visto por ellos.

Nada oyó de la conversacion que sostenian, sino un rumor vago é indeciso.

Pero un indiscreto rayo de luna cayó á tiempo sobre la muger que no cuidaba de ocultar su hermoso rostro.

Miret la vió y quedó sobrecogido.

—¡Cielos! ¡Qué veo! ¡Qué estoy mirando! ¡La infanta ya aquí! ¡Y acompañada por un desconocido! ¡Y pálida y enferma! ¡Quién será ese hombre? ¿Cómo no me ha prevenido de su llegada? ¿Serán verdades, por desgracia, lo que yo creia calumnias? ¡Oh! Es preciso seguirles á toda costa. Es nece-

sario que ella sepa que nada ignoro! ¡Es indispensable que yo abochorne cruelmente á esa indigna muger, á esa falsa princesa!

V.

Ya los viajeros ignorantes de que eran ó iban á ser espías habian avanzado gran trecho del camino.

Ya Miret se habia levantado dispuesto, segun su monólogo, á seguirlos, cuando dejó oírse un rápido toque de corneta.

Era de llamada á la carrera.

Vió entonces D. Martin penetrar á los caminantes en un casucho que se destacaba sombrío y destartelado á la izquierda del camino.

Y se oyó el galope de un caballo que ligero como el pensamiento, se acercaba al sitio donde él habia pasado mas de una hora.

Salió al camino el cabecilla.

Un ginete carlista paró su caballo ante él.

—¿Que ocurre, Mateo?

—Los infantes y Saballs acaban de llegar de San Quirico.

—¿Los infantes?

—Si señor.

—¿Estás bien seguro?

—Como que los he visto.

—Y D.^a María de las Nieves acompaña á D. Alfonso?

—He tenido el honor de besar su mano, y he merecido la honra de que me hiciera portador de un pliego para vos.

—¿La infanta?

—¡La misma!

—¿Estaré soñando? dijo para su capote D. Martin.

Alargóle el mensajero el pliego indicado: lo tomó Miret y leyó lo siguiente:

«*Ingratos! ¡Por fin voy á verte de nuevo! ¿Has olvidado aca-*

»so tus juramentos? Te aguardo. Ven, sin perdida de momento.»

Maria.»

La letra era efectivamente de la infanta.

El billete estaba escrito con lapiz y en la desigualdad de los rasgos conociase que habia sido trazado con exagerada precipitacion.

Miret creyó por un momento que se habia vuelto loco.

—¿Y sabes, preguntó de nuevo al recién llegado, cuál es el intento de D. Francisco?

—Aguardar en Alpens á la columna insubordinada de Cabrinetty para escarmentarle de una vez.

—Vamos pues allá.

—Montad en mi caballo.

—¿Y tú?

—¡Os seguiré á pié! Soy de infantería.

—Luego este corcel.....

—La infanta lo ha pedido para vos.

—¡La infanta...! ¡La infanta!...

—Yo mismo he oido dar la órden.

—¡Que significa esto! exclamó Miret confundido.

Partieron ambos y el camino volvió á quedar solitario.

VI.

No tardaron mucho en llegar al sitio donde los infantes, Saballs y sus partidas aguardaban.

Durante el tránsito, Miret no daba aun crédito á las palabras del emisario.

A semejanza de Santo Tomás queria tocar para creer.

Y cuando vió y tocó, creyó.

La primera que le salió al encuentro fué D.^a Blanca.

—¡Hace rato que os aguardábamos, D. Martin, le dijo con cariñoso acento.

Y añadió por lo bajo:

—Tengo mucho que decirte, bien mio.

No habia casi acabado de pronunciar estas palabras, cuan-



Durante la lucha, D. Alfonso, D.^a Blanca y Saballs, hallábanse en el camino de San Quirse.

do se aproximó el infante y le dijo tendiéndole la mano.

—Esta noche espero alcanzaremos una gloriosa victoria sobre las tropas republicanas.

Y le continuó diciendo en voz baja:

—Tengo mucho que contaros, D. Martin.

Apenas concluyó este aparte, Saballs, se acercó pintada siempre en su rostro su petulante y criminal arrogancia, y exclamó:

—¡Mandareis la vanguardia, valiente D. Martin.

Y repuso bajando la voz:



Lo que hicieron los carlistas con el cadáver del brigadier
Cabrinetty.

—Tenemos mucho que hablar.

Miret dirigió á los tres una terrible mirada, y exclamó á
su vez:

—¡Tres citas! ¡Juro á Dios que hé de lograr en ellas mi
propósito!

VII.

Algunos días antes de ocurrir estos sucesos, cuatro hombres de mal aspecto hallábanse reunidos en una taberna de un pueblo de la provincia de Tarragona, apurando sendos vasos de vino, consumiendo envenenados cigarros de á cuarto y agotando miserablemente el catálogo de las interjecciones más hediondas y asquerosas.

Otro hombre, de aspecto no tan siniestro, contemplábalos absorto y parecía no perder palabra de lo que tratando estaban.

—El hecho es, exclamó uno de ellos con voz ronca y avinada, que la presa se nos escapó!

—Cierto ¡voto al diablo! el que fuimos á matar, siguiendo órdenes superiores, vive todavía!

—¡Para desgracia nuestra ¡cuerpo de tal! porque si llegó á reconocernos...

—¡Me parece imposible!

—Sin embargo, todo puede ser... ¡mil cañonazos!

—Te digo que es imposible.

—¡Qué me vas á decir á mi!

—Calla y escucha ó voto al... te rompo una costilla!

—Habla.

—Después de disparar contra él nuestros trabucos á boca de jarro, echamos á correr por estos campos como alma que lleva el demonio....

—Continúa.

—Cuando corríamos, volvimos como era natural la cabeza...

—Y vimos con sorpresa...

—¡Que no me interrumpas digo... voto á San...!

—Perdona.

—Decía que vimos con sorpresa que aquel á quien creíamos muerto y bien muerto, echó á correr tras de nosotros,

disparó varias veces su reвольver, hasta que al fin cayó al suelo.

—Y entonces volvimos á creer que habia muerto.

—Justo. Lo iba á decir. Pero luego hemos sabido que cayó porque le faltó luz á sus ojos, efecto del fognazo de nuestros trabucos.

—Pero...

—Pero que en su cuerpo no habia herida alguna.

—Y que...

—Y que al cabo de poco tiempo se hallaba con la misma buena vistá de antes.

—Lo que indica...

—¡Cuando digo que no podrás callarte! Lo que indica que nuestros trabucos no tenian bala.

—Sin embargo, yo le puse dos al mio.

—Y yo al mio otras dos.

—Y yo tres.

—¿Cómo, pues, os esplicais semejante aventura?

—Muy fácilmente.

—Veamos.

—Algun enemigo del rey y de la religion se oculta entre nosotros.

—¿Bien y qué?

—Te digo por la última vez que me dejes seguir y no intentes interrumpir mis palabras, porque...

—Te juro que esta ha sido ya la última.

—Pues bien, decia que algun enemigo de nuestra caúsa, se esconde en nuestras filas. Recordareis que nuestros trabucos estuvieron, despues de la órden del Sr. Cura, dos horas sobre el establo de la casa de *Pepet*.

—Es cierto.

—Y si como yo creo, y ya he dicho repetidas veces, nos vigilan, y nos venden, el tal traidor desconocido ¡voto á quince mil republicanos! se enteraria de la órden del Señor Cura y podia facilmente, puesto que en tal casa estuvo toda la partida, quitar las balas á nuestras armas!

—¿Has acabado?

—Si!

—¿Puedo ya hablar?

—Todo cuanto gustes.

—Pues bien: ¿que debemos hacer?

—A juicio mio, debemos buscar al traidor á todo trance.

—¿Pero como?

—Eso corre de mi cuenta.

—Perfectamente. Ordena lo que debemos hacer, pues nuestra seguridad corre peligro si Don Martin Negó á reconocernos.

—En primer lugar, ir á dar parte de todo al Sr. Cura.

—Así lo haremos.

—Despues cogereis vuestras armas, os municionareis como para una escaramuza...

—Y luego?

—Luego, volved á buscarme á este sitio.

—¿Aquí nos esperas?

—Sin moverme.

—Hasta luego.

Los tres hombres salieron de la taberna. El que parecia dominarlos, quedó en ella.

VIII.

No estuvo solo mucho tiempo.

El hombre de quien hemos dicho que les observaba y habia perfectamente oido la anterior conversacion, se levantó de su asiento y se dirigió á la mesa que ocupaba el asesino.

—He oido, le dijo sin preámbulos, todo cuanto acabais de hablar.

—¿Que!

—No hay que asombrarse.

—¡Oh!...

—Quieto, quieto.

—Es que...

—Ni tolero amenazas, ni te tengo miedo. Escúchame.

—¿Qué teneis que decirme?

—Yo vengo á decirte quien fué el que sacó las balas de vuestros trabucos...

—¿Lo sabeis?

—A ciencia cierta.

—Y vais á decírmelo al momento?

—Si.

—¿Sin engañarme?

—Y con que objeto? ¿Acaso me lo has venido tú á preguntar, ni nadie me obliga á ello?

—Es verdad: con que decidme... ¿quién fué...?

—¡¡Yo!!

IX.

A las siete de la noche del 9 de Julio tuvo lugar la desgraciadísima accion de Alpens, donde murió el bravísimo, el intrépido, el honrado Cabrinetty víctima de su valor heroico, de la insubordinacion que reinaba en sus tropas y de la traicion y villanía de sus enemigos.

Poco hablaremos de este episodio sangriento y memorable.

Cáese de nuevo la pluma de nuestras manos al considerar que por razones gravísimas que deseamos omitir y callamos, muriera al frente de sus tropas, dándoles ejemplo de valor y abnegacion, el gefe sin igual que tantos láuros habia ya conquistado y estaba llamado á ser el general más distinguido entre los que España puede contar como militares generosos é hidalgos.

En Alpens hallábanse Huguet, Saballs y otros, con soldados en número de unos mil y quinientos tan solo.

Antes de llegar la tropa á las primeras casas defendidas por las fuerzas carlistas, los que encabezaban el grueso, titubearon en dar el ataque de un modo compacto.

No permitiendo el carácter dignísimo de Cabrinetty que sus soldados retrocedieran un solo paso, creyó necesario, como hemos dicho, ponerse á su frente, y emprender con guerrera decision el combate.

Animáronse los soldados de la república y todo hubiera salido á medida del deseo del insigne brigadier, si los carlistas que se hallaban al extremo de la boca-calle por donde comenzó la accion, no hubieran disparado con la pieza de Alvarez un metrallazo que derribó á Cabrinetty.

Al sentirse herido el héroe, se sentó en un banco de piedra de una casa, no teniendo tiempo más que para decir:

—¡Dios mio! ¡Soy muerto!

¡Infortunado brigadier! ¡Gloria y llanto eterno á tu memoria!

Al ver caer muerto á su gefe empezó á decaer el ánimo de la tropa. Se desbandaron en todas direcciones y con muy poca resistencia se rindió luego toda la columna, caballería y artillería; cayendo en poder de los carlistas fusiles, municiones y unos seis mil duros en metálico.

Muchísimo se ha contado de lo que con el cadáver del brigadier se hizo.

Los galones de su grado adornaron por algunos dias las boca-mangas del cabecilla Huguet que fué el que mas se distinguió en aquella jornada y á quien se los regaló como premio la infanta D.^a Blanca, despues de haberlos ella llevado unas tres horas.

Durante la lucha, D. Alfonso, D.^a Blanca y Saballs, hallábanse en el camino de San Quirse. Tras el cerro llamado *Roca de la Lluna*, de donde hubieran podido fácilmente huir si el asunto hubiera tomado otro aspecto: y no entraron en Alpens hasta que todo estuvo completamente terminado.

El 12 del mes citado salieron 600 carlistas en direccion á

Prats de Llusanés. No iba Miret, porque se hallaba herido en un muslo. Pronto volveremos á encontrarnos con él.

X.

Volvamos á las cercanías del pueblo de ***

La taberna antes citada hallábase ya enteramente desierta.

El pueblo silencioso tambien,

El vecindario encerrado en sus cascas á piedra y lodo.

A la entrada de la aldea, junto al cementerio, dos hombres luchan á brazo partido.

Tan pronto ruedan por el suelo, como se levantan más y más enardecidos para volver á caer revolcándose y mordiendo ambos el polvo.

Ni un solo grito se escapa de sus labios.

De repente, el mas alto de ellos, lanza un ¡ay! aterrador, se incorpora, se lleva ambas manos al rostro y emprende una carrera vertiginosa.

El otro síguele con igual rapidez.

Pronto va á alcanzarle.

El que vá huyendo lo comprende intuitivamente y aunque parezca extraordinario y exagerado, aumenta gigantesca-mente la velocidad de su huida.

El que le persigue parece reflexionar, se detiene, y poniendo su mano derecha junto á sus labios á guisa de bocina, exclama:

—¡Señalado vás! Pronto nos encontraremos y hé de concertar, por vida mia!

Desapareció el que escapaba.

Y el desconocido salvador y defensor de Miret, entró en el pueblo.

Se dirigió á la taberna.
Llamó, porque ya estaba cerrada.
Tardaron poco tiempo en abrirle.
En el repiqueteo de los aldabonazos adivinábase cierta in-
teligencia entre el que llamaba y los que le abrieron.
Entró en la sala.
Allí le aguardaba una muger encubierta.



Hugot.

ADVERTENCIA IMPORTANTE. — Por una imprevision, que justifica sobradamente la extraordinaria tirada de nuestra publicacion, al verificar la de la entrega anterior, advertimos, despues de terminada la de algunos centenares de pliegos, que no habian sido corregidos en pruebas, apareciendo por lo tanto con erratas de bastante consideracion. El único medio de que disponemos para subsanar esta falta, independiente de nuestra voluntad, es ofrecer á nuestros numerosos compradores una comprobadísima *fé de erratas* que se regalará al vender la última entrega de esta obra.

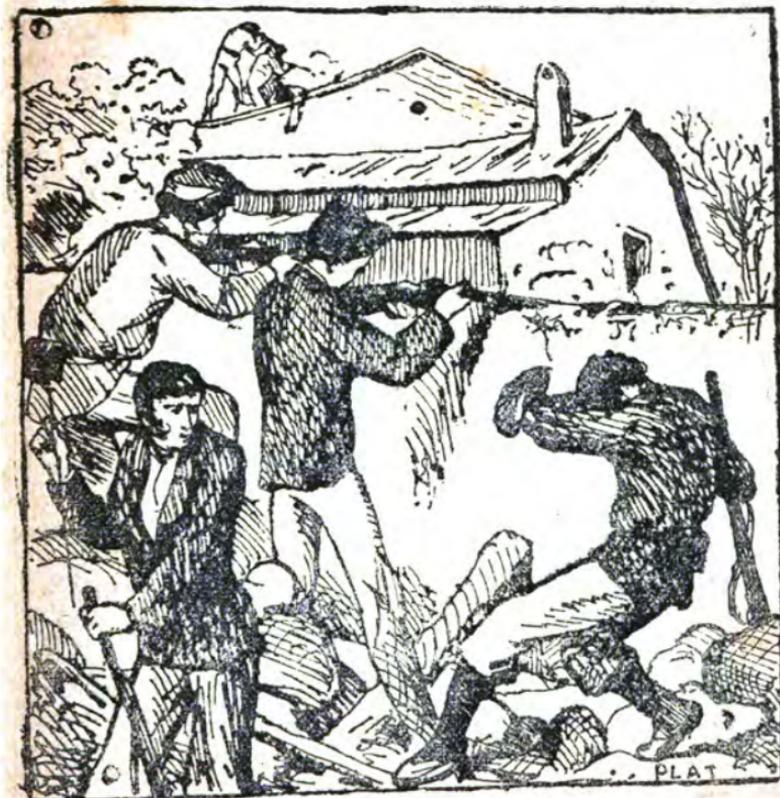
Puntos de venta al por mayor en Barcelona: Pasaje de Montjuich del Obispo, 3, bajos, y Hospital, 19-Tienda.

Los pedidos de Provincias se dirigirán al administrador de esta publicacion, Montjuich del Obispo, 3, bajos, Barcelona.

Los números anteriores al presente reparto se hallarán de venta en la calle del Hospital, 19-tienda.



9^{no} REPARTO. LOS LUNES Y JUEVES. 2 CUARTOS.



Defensa de Igualada.

CAPITULO VIII.

Revoluciones importantes.—Ataque de Igualada.—El cabecilla Nasratat.—Entrada triunfal.—Reuniones misteriosas.—Huguet, Miret y Tristany.—Saballs y D. Alfonso.—Las cartas de Giacomo.—Paula.—Los viajeros.

I.

La dama encubierta era la amante de Giacomo!

La encantadora Ernestina.

El que entró en la taberna regresando de las cercanías del cementerio; el salvador de Miret era, como es fácil comprender, el ardiente italiano.

Las causas que le indujeron á salvar la vida del cabecilla quizás las podamos descubrir en el diálogo siguiente.

—Por fin! exclamó la joven.

—Si, vida mia! Por fin vuelvo á tus brazos.

—Sano y salvo....?

—¡Sin la más pequeña herida!

—Y aquel hombre funesto?

—Le hice con mi puñal una sangrienta marca en su rostro feroz, que ha de tardar mucho en borrarse.

—¿Y podrás reconocerle en su día?

—Facilmente. Además de esa prueba terrible, tengo otras más seguras.

—¿Y son?

—Mira.

Giacomo sacó de su bolsillo un paquete de cartas.

Abrió una de ellas y la mostró á Ernestina.

Recorrieron los ojos de esta sus tórcidas líneas, y sus hermosos labios no pudieron reprimir un grito de asombro.

Las cartas de...

—Si.

—Las que prueban plenamente el asesinato horroroso cometido en Roma, la noche de...

—¡Silencio! Pueden escucharnos!

—Nada temas. Todos duermen.

—No obstante...

—Pero lo que no puedo comprender, por mas vueltas que le doy en mi mente, es como semejantes cartas, que encierran compromisos tan graves y revelaciones tan importantes, podían hallarse en poder de un asesino vulgar.

—No tanto como te figuras...

—¿Pues como?

—Ese hombre es el mismo que D.^a Blanca halló, muerto al parecer, en los alrededores de Ripoll y en el huerto por donde paseaba en compañía de D. Alfonso; ese hombre es el vivo retrato del jesuita asesinado por la infanta en Metz; ese hombre es el que bajo pretexto de servir á las órdenes del cura de Flix le domina y le aconseja; ese hombre es igual ó superior en poder y jerarquía á Monseñor...

—A...?

Si. Ese hombre es el que, en Bagá, en compañía de Monseñor, hizo que D.^a Blanca á trueque de no ser descubierta en su ridículo fraude, prestase un juramento horrendo para cumplir una venganza cuyo día esta próximo: ese hombre es el que ha dispuesto que la infortunada Doña... Paula cambiase de prision, comisionando para ello á Monseñor y haciéndonos asimismo emisarios suyos, comision que cumplimos, como recordarás, gustosos, á fin de enterarnos de todo y trabajar en contra de los terribles poderes europeos que hoy se valen de la causa carlista para perder á España, haciendo juguete de sus maquiavélicas combinaciones á una

princesa inocente y desventurada y palanca de ellas á una ramera vil, á cuatro bandidos desalmados y á muchos san-dios que fácilmente cayeron en las redes: ese hombre por fin conseguirá la ruina y tal vez la muerte del hermano de D. Carlos: ese hombre es terrible, avasallador, poderoso, ese hombre, en fin, és.....

Y Giacomo receloso tal vez de que el fin de su revelacion fuese escuchado por otros oidos que los de su amada, aplicó á ellos sus labios y murmuró un nombre...

—¡¡Ah!! gritó Ernestina, espantada al oirlo pronunciar.

Un largo silencio siguió á estas confidencias.

—Una duda me asalta, Giacomo mio.

—Dí.

—Como es que conociendo tú á ese hombre maldito, fingiste creerle un vulgar y feroz voluntario del carlismo, le señalaste en el rostro con ánimo de reconocerle en su dia y te atreviste á reñir con él en despojado?

—En primer lugar, porque así convenia á mis planes y á la proteccion secreta que dispenso á D. Martin Miret, cuyo corazon he tenido ocasion de sondear hallando en él algo de noble y generoso, aunque su cabeza no prometa mucho que digamos.

—Me parece que te engañas.

—Podrá ser, pero ya veremos.

—Luego salí á luchar con él, para ver de arrancarle las cartas que sabia estaban en su poder, durante una lucha á brazo partido, esponiendo bárbaramente mi vida.

—Y despues?

—Le señalé en el rostro, fingiendo siempre no conocerle, para servir mejor de ese modo mis propósitos y porque sabe esesujeto disfrazarse de tal modo que únicamente la cicatriz de mi herida podrá denunciármelo en caso oportuno.

—¡Ah! Comprendo!

—Y ahora, Ernestina mia, que todo lo sabes: ahora que te hallas al corriente del motivo que inspiró nuestras correrías y rápidos viajes, hagamos uno de importancia.

—¿Donde nos llama ahora el deber, ídolo mio?

—A Igualada.

—Partamos cuando gustes.

II.

A las siete y media de la mañana del 17 de Julio comenzó el ataque de la importante villa de Igualada, que no acabó hasta las diez de la noche de igual día.

Importante por muchísimos conceptos, fué tal hecho de armas.

Murieron en él varios cabecillas y un capitán de zuavos al tomar una de las *cuarenta barricadas* que los Igualadinos levantaron.

Los soldados del regimiento de Navarra, y los voluntarios se batieron como leones, y apesar de que los carlistas sitiadores pasaban de 4.000, les tuvieron á raya con indomable valor por espacio de quince horas.

¡Llor á aquellos valientes!

Las primeras que sufrieron el ataque, fueron las calles de la Soledad y de Manresa, y una vez en posesion de los carcundas, taladrando las casas, lograron posesionarse de un lado de la Rambla, y atacaron el cuartel que allí se encuentra, disparando sobre él incalculable número de granadas y hacinando á sus puertas enormes haces de leña empapados en petróleo.

Corriéronse luego hacia la parte antigua de la villa en donde se habia reconcentrado la resistencia, hasta que reducida esta únicamente á la Iglesia y al cuartel donde se habian encerrado gran número de sitiados que denodadamente se batieron, rompieron la escalera del campanario, teniendo que rendirse al cabo, más que ante el valor carlista, ante el fuego avasallador que desmoronaba las paredes, abriendo ancha brecha á la furia de los sitiadores.

Doña Blanca y D. Alfonso impertérritos, desde una bentina presenciaron los robos, saqueos é incendios.

Saballs se paseaba tranquilamente, fumando un tabaco.

Las únicas fuerzas que acudieron en auxilio de Igualada, fueron los voluntarios del valiente Xich de la Barraqueta, que llegaron despues de sostener varios sangrientos encuentros con fuerzas carlistas, junto á las tropas mismas de la villa, y la deshonra de una vergonzosa rendición á un peloton de soldados que ocupaban una próxima colina.

Despues del ataque y como insigne refuerzo, acudieron de la provincia de Tarragona varios cabecillas con sus partidas, entre ellos Vallés.

III.

El cabecilla Nasratat es hijo de Igualada, siendo el que mas se distinguió en su ódio hacia la saqueada villa!

¡Dignisima empresa!

¡Noble accion!

¡Generoso ardimiento, digno de un defensor del nieto de Carlos V!

Segun se cuenta, años atras, tuvo el tal Nasratat que huir de Igualada por cuestion de *distracciones* en las que el Tribunal tuvo que entender.

No respondemos de la verdad de este último dato que nos fué contado en la misma poblacion, pocos dias despues de su desgracia.

IV.

El dia 18 á las nueve de la mañana, hicieron su entrada triunfal en la villa el infante Don Alfonso y su esposa.

Los carlistas tenian puestas avanzadas á cuatro leguas de Igualada.

Si el intrépido Xich de la Barraqueta hubiera solamente

tenido dos cañones, (y cuéntese con que los carlistas llevaban cinco) habria indublemente salvado á la noble villa.

V.

El dia 21, procedentes de Igualada llegaron á Moyá 3500 carlistas, 200 caballos y tres cañones, todo mandado por D.^a Blanca y D. Alfonso.

Moyá es una poblacion situada en el cruce de la carretera de Vich á Manresa con la de Barcelona.

Distá siete horas de Vich y seis de Manresa.

En la noche, pues, de ese dia, y mientras Saballs platica secretamente con D. Alfonso que ha podido burlar la vigilancia de D.^a María de las Nives, que con mucha razon desconfía del *héroe del capote*, tres cabecillas de los diez que con sus partidas acompañan á los infantes sostienen asimismo conversacion animada en una casa del pueblo, corcana á la antigua iglesia de San Sebastian y en otra próxima y muy próxima á ella de la plaza contigua, Giacomo y Ernestina que asistieron á la toma de Igualada conversan tambien con sobrada animacion con un personaje que seguramente no nos es desconocido.

Enterémonos, ya que somos curiosos de las tres conversaciones citadas, comenzando por la de los tres cabecillas.

VI.

Eran estos, Miret, ya curado de su herida, y vistiendo un lujoso traje de coronel de ejército del que se hizo dueño en el último ataque narrado.

Huguet en cuyo rostro parece pintarse la hombría de bien y la candidez.

Y Tristany, militar ordenancista, aunque carcunda acér-

rino y á quien en lástima cuentan en sus hediondas filas los defensores del odiado absolutismo.

Hállanse los tres, sentados alrededor de una ancha mesa, tomando sendas tazas de café.

—Preciso es desengañarse, D. Martin, dice Huguet: esto no es lo que muchos creíamos.



D. Rafael Tristany.

—Esto es una gavilla de perdidos, exclama Tristany.

—Convengo con Vds... pero... ¡que remedio!... *som al ball y hem de ballar!* (1).

—Es decir que V. conviene en que para salvar nuestras vidas que serian perdidas indudablemente, por una delacion de *tibieza* por parte nuestra, hemos de imitar las ferocidades de ese Saballs, deshonor no del partido, sino de España entera, de ese cura de Flix ó del otro de Prades á quienes

(1) Histórico.

—si un dia me cogen de mal humor, les mandaré dar una paliza?

—No digo eso, pero...

—Pero que?

—Aguardemos con prudencia á que las cosas tomen otro rumbo...

—¿Eso es andarse en paños calientes, repuso Huguet.

—Pero ¿qué determinacion hemos de tomar?

—Irnos á Francia?



Una espia carlista.

—¡De ningun modo!

—¡Hacer causa comun con los republicanos?

—¡Menos!

—Ni ellos nos querrian, ni nuestra historia puede consentirlo!

—Entonces...

—Repito que debemos aguardar.

—Pero creis, D. Martin, en la posibilidad del triunfo de nuestra causa.

—*¡La creo perdida!* (1).

—No doy entonces con la solución de este enigma.

—Creedme, D. Martin, lo mejor que podemos hacer para bien de la España que tan mal parada vamos dejando, es largarnos á Francia con viento fresco: porque ni lo que hacemos hoy está bien hecho; ni ningun partido por reaccionario que sea puede admitirnos en sus filas.

—Es cierto.

—Por lo mismo...

Aqui llegaban de sus reflexiones, cuando las cortó un voluntario carlista que traía una carta para Miret.

Era de Giacomo y en ella, le encargaba que se avistase con él á toda prisa.

D. Martin saltó, pues, de aquella casa, dirigiéndose á la designada en la carta.

VII.

—Saballs, no puedo creerte, decíale D. Alfonso.

—Serenísimo señor, es lo juro,

—¿Sin prueba?

—Existen.

—¿En tu poder acaso?

—No en el mio.

—¿Ves como me engañas?

—Pero si en el de un voluntario que sirve á las órdenes del cura de Flix y que me las prometió para dentro de tres dias en Caldas de Montbuy.

(1) Histórico tambien.

—Pues dentro de tres dias te creeré.

—Es que, señor, yo...

—Ni una palabra mas.

—Está bien.

—Harto han agitado mis celos y mi furor las delaciones del tal cura, los misterios, los anónimos y las revelaciones no pedidas acerca de la identidad de mi augusta esposa. Nada quiero saber.

—Como guste V. A.

—Si dentro de tres dias me presentases pruebas solemnes, justificadas, el castigo para ella será atroz y premiaré, como debo, tu lealtad y tu cariño; pero como si sospecho todo ello es obra de pérfidos enemigos y nada puedes probar, tendré el sentimiento de contarte en su número y te haré fusilar.

—Acepto tan dura alternativa.

—Asi me das gusto.

Esto era lo quo misteriosamente platicaban D. Alfonso de Borbon y de Este y D. Francisco Sabalis.

VIII.

Cuando Miret llegó á la casa donde incidentalmente habitaban Giacomo y Ernestina, encontró á estos, esperándole con anhelo.

—¿Qué ocurre, amigo Giacomo? dijo despues de haberle abrazado, pues ya ambos se estimaban.

Enteraos de algunas de esas cartas.

Y tendióle el paquete consabido.

—¡Oh, dijo D. Martin, despues de haber leído algunas: nada me estraña: seguro estaba ya de que es una impostora.

—¡Me alegro!

—Pero... ¿la verdadera?

—Está en España!

—Callad... ¡ah! si, si: no cabe duda alguna: es la que yo ví pasar, cuando oculto bajo el árbol...

—Sin duda seria ella.

—Por eso, cuando atónito aun, fuí llamado por los infantes, Blanca me dió una cita en voz baja...

—Y la visteis á solas?

—Si.

—¿Que deseaba?

—La necia se vendió. Me dijo que corrian voces acerca de la identidad de su persona; que no creyese nada de cuanto oyese decir...

—¡Entendido!

—Y creyó ¡la infame! acallar mis recelos con una entrega más de la pérvida novela de su lúbrico amor!

—¡La reconozco en ese detalle!

—Luego, el infante me dió otra cita, tambien bajando la voz...

—Y qué?

—Me manifestó, pues, siempre, aunque ridículo parezca, me elige para confidente de sus dudas y recelos, de sus ilusiones y esperanzas, que desconfiaba mucho, muchísimo de su esposa y que debía ayudarle á descubrir la verdad.

—¿Y vos?

—¡Vaya si le ayudaré! ¡Con toda mi alma! Me va en ello un interés tan grande como el suyo!

—Asi es, en efecto.

—Y el infame Saballs, finalmente, me pidió otra tercera cita!

—¿Y qué queria?

—Lo ignoro, puesto que no asistí á ella.

—¿Por qué?

—Porque media entre nosotros un lance no acabado todavía.

—Pero que acabareis, no es cierto?

—A no dudar, y muy pronto.

—Así me gusta.

—Con qué, qué mas teneis que decirme?

—Entrad conmigo en este gabinete.

—Ya os sigo.

—En él os enteraré sin temor de ser molestados por alguno, del plan que me he propuesto para descubrir la verdad en día no lejano.

—Vamos pues.

—Esperad. Ernestina, escribe lo que te hé encargado.

—Voy á comenzar al momento, dijo la jóven.

Míret y Giacomo entraron en el gabinete indicado y Ernestina comenzó á escribir con admirable rapidez, en la primera hoja de un voluminoso libro de memorias.

IX.

Paula continuaba completamente incomunicada en su segundo encierro.

Tan solo de semana en semana recibia la visita de su inundo carcelero que le llevaba alimento para los siete dias.

Y de mes á mes á su protector en apariencia y su verdugo en realidad.

El carcelero era el cura de Flix, cuyo exacto retrato dimos en otro reparto.

El protector era Monseñor Caixal.

¡Dignos el uno del otro ambos sacerdotes!

Dignos representantes en verdad del Dios de la paz, de la mansedumbre, de la hermosa caridad!

¡Horror y abominacion eterna para ellos!

X.

Al caer de la tarde del 22 de Julio, dos ginetes montados en corceles enjaezados ricamente, dirigen al casucho que

servia de carcelera morada á la desgraciadísima Paula.

Ni la mas mínima palabra cambian entre sí los dos viajeros.

Pero, mirándolos atentamente puede observarse que en las miradas del uno hállase impreso el respeto más profundo.

Las del otro no pueden observarse porque, apesar del calor, propio del mes de Julio en que camina la accion de nuestra historia, cubre un abrigo ú hopalanda de ancho vuelo su cuerpo todo, incluso su rostro.

Caminan á trote sostenido los arrogantes caballos.

El silencio no es turbado por el ruido más insignificante.

Ni el chirrido de un grillo.

Ni el roce de un insecto por la yerba.

Ni la menor brisa que agite las hojas de los árboles.

Por fin, divisase la casa susodicha.

—¿Llegamos ya? dice el misterioso personage.

—Si.

—¿Es aquella la casa?

—Si,

—¿Dejaste á *Pepet* el encargo que te dí?

—No.

—¿Razon tendrias para ello!

—Si.

—No pretendo saberla.

Nuevo silencio.

La casa distaba ya pocos pasos.

—¿Puedo temer, dijo el encubierto, el espionage de algun enemigo?

—¡No!

—¿Estás seguro?

Silencio por parte del segundo ginete.

—¿Estás seguro? te he dicho.

—¡Si!! dijo entonces con fuerza.

—Estraño que nadie salgã á recibirme. ¿Has justificado mi ausencia de la partida, como tú sabes hacerlo, ó dejaste el encargo al cura?

Otro silencio.

—¡Ah! vamos: le dejaste la comision á *Jaume*, haciéndole ver quo habia yo salido de avanzada.

—Sí.

—Perdona mis preguntas. Me vá la vida en la empresa y es muy justo que tome cuantas precauciones me sugiera mi prudencia.

A todo esto habian ya llegado á la casa.

Desmontó el personaje de los monosílabos y ayudó á hacer igual operacion al de la hopalanda.

Enseguida el lacónico sugeto, sacó de su faltriquera un pito de plomo.

Lo llevó á sus labios y sacó de él un sonido agudo y estridente.

Luego esperó un minuto.

Lanzó otro silbido.

Al cabo de sesenta segundos, otro y finalmente un trino estenso.

Fué contestado de igual modo por una invisible persona y los dos que habian llegado adelantaron hacia la casa.

Sus férreas puertas se abrieron de par en par.

Y del fondo de un patio sombrío salieron otros dos sugetos.

El uno era el carcelero de Paula.

El otro su endemoniado protector.

Al ver al recién venido descubriéronse respetuosamente.

Inclinaron con humildad sus cuerpos hasta el suelo y le hicieron á la vez señal de que podia pasar sin recelo alguno.

Murmuró algunas palabras ininteligibles.

Hicieron lo propio, como en contestacion formularia, e cura y el obispo, y las puertas de la casa, volvieron á cerrarse sin estrépito.

Quedaron en el patio los cuatro personajes.

—Guiadme á su aposento, dijo el desconocido.

—Seguidnos.

—Y le llevaron al encierro de Paula.

Volved á buscarme al cabo de media hora.

Los tres servidores se retiraron, volviéndose á inclinar.

El desconocido entonces se descubrió.

Una ancha cicatriz que partiendo [de la frente terminaba junto al lado izquierdo de la boca, hacia horroroso su semblante.



D.^a Blanca y D. Alfonso desde una ventana presenciaron los robos, saqueos é incendios.

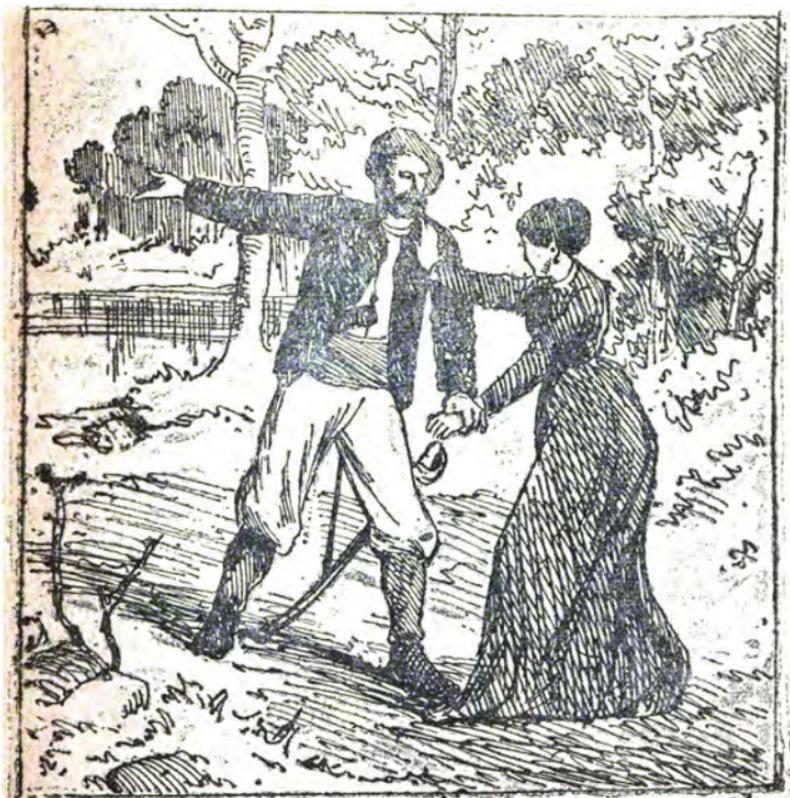
Puntos de venta al por mayor en Barcelona: Pasaje de Montjuich del Obispo, 3, bajos, y Hospital, 19-Tienda.

Los pedidos de Provincias se dirigirán al administrador de esta publicación, Montjuich del Obispo, 3, bajos, Barcelona.

Los números anteriores al presente reparto se hallarán de venta en la calle del Hospital, 19-tienda.



DEPARTO 10. LOS LUNES Y JUEVES. 2 CUARTOS.



—Huye conmigo no solo de estos lugares sino de España, de Europa.

CAPÍTULO IX.

Paula y el desconocido.—Asombro de Paula.—El carcelero y la prisionera.—La espía.—Libertad de Paula.—El jesuita burlado.—Una carta comprometedora.—Nueva burla.—Cólera y venganza.—El cura y D.^a Nicolasa.—Situación de otros personajes.—Noticia de sensación.

I.

El hombre de la cicatriz tomó asiento al lado de la desdichada Paula.

¡Hermosa, en verdad, estaba la pobre criatura!

Tanto más, cuanto que el dolor, el constante dolor que sufría, había dado angélica expresión á su resignada mirada; mate palidez á su cutis distinguido; cristiana y pura elevación á su hermosa frente.

Tanto más, repetimos, cuanto que aquella sublime hermosura, contrastaba notablemente con la antipática, repugnante, repulsiva, asquerosa fisonomía del hombre que tan marcadas y señaladísimas pruebas de humilde respeto había recibido del de Flix y del de Urgel y que como hemos dicho ya, acababa de sentarse al lado suyo.

Después de un corto silencio, tomó el desconocido, como meses antes lo había hecho monseñor Caixal, aunque en prision distinta, y en otra situación, las manos de la joven, y estrechándolas con aparente cariño, exclamó:

—¡Pobre niña!

Igual tambien habia sido la exclamacion del obispo, con que terminamos en otro reparto uno de nuestros párrafos.

Pero la entrevista de Mr. Caixal que no hemos relatado todavía, pero cuyo objeto habrán ya fácilmente adivinado nuestros lectores, se redujo únicamente á noticiarla su cambio de morada, por altas razones de política, y la del hombre de la cicatriz encerraba motivo mas trascendental.

—¿Quien sois? repuso Paula.

—Eso os importa poco, hija de mi corazon!

—¿Qué decís?

—Bústeos saber únicamente que soy vuestro mas decidido y cariñoso protector!

—¡Vos!

—Yo, si, hija mia!

Con palabras tan melosas el hombre misterioso no podia negar su procedencia.

—¿Y acaso, continuó diciendo Paula, me hallo desde hace tanto encerrada y padeciendo, por órden vuestra?

—Era necesario para el triunfo de nuestra santa causa.

—¡Ah! ¡Ahora os reconozco. Vos sois el que en mi antigua prision de Metz, me visitasteis, sin que lograsen conmoveros mis llantos, ni mis súplicas.

—El mismo.

—Vos sois aquel á quien yo, desesperada, pedí la muerte...

—Justamente.

—¡Ah! ¿Y por qué no accedisteis á mis ruegos! ¡Cuan dulce considero la muerte al compararla á mi encierro, y á los dolores que en él sufro!

—¡Morir! ¡Morir tú, pobre niña, cuando te aguarda un deslumbrante y envidiado porvenir?

—¡Callad, por Dios! ¿Que debo esperar?

—¡Todo!

—Pero, ¿quien sois vos, que así me habláis y prometeis con tanta seguridad?

—¿Quieres conocerme?

—¡Oh, sí!

—¿Y si te llegase á pesar?

—¿Por qué motivo?

—Por muchos que ahora no te puedo decir, infortunada criatura!

—¡Decídmelo! ¡Decídmelo!

—¡Mas tarde!

—¡Oh, sois cruel en demasía!

—Abordemos, por fin, el objeto principal de mi visita.

—Hablad. Os escucho.

—¿Conservas en tu poder un famoso documento que acreditando tu identidad y la posesion de un bello título, puede en su dia desbaratar los planes mejor trazados de ciertos importantes personajes?

—Yo?

—Dime la verdad, sin rodeos. Mi poder es infinito y seria inútil negar.

—Pues bien, si; lo conservo.

—¡Oh dicha! vas á entregármelo al momento.

—De ningun modo.

—¿Qué dices?

—He dicho que de ninguna manera.

—¿Te atreves á resistirme?

—Si!

—¿A desafiar mi cólera?

—¡Poco me importa!

—Tengo mil tormentos á mi disposicion!

—Quien como yo, espera con ánsia la muerte, puede fácilmente burlarse de ellos.

—¿Y de mi?

—Podeis ordenar que me atormenten.

—Oh! Asi lo haré, y muy pronto!

—¡Todo quiero arrostrarlo! Habeis hablado de la muerte y os repito que la deseo con todo mi corazon!

—Calma, hija mia, calma, por Dios. Comprendo que he hecho muy mal en irritarte con terribles amenazas.

—¡Ah! ¡Huyó mi esperanza!

—Tranquilízate, y piensa que si ansío la posesion de do-

cumento semejante es tan solo por tu bien; por tu ventura únicamente!

—Yo os juro que no saldrá del poder mio!

—¿Desdeñas de ese modo tu dicha?

—Ne os creo, y basta!

—Pues bien: ya que tanta es tu tenacidad: ya que ni amenazas ni halagos, consiguen arrancarte el papel que anheló, voy á usar para conseguirlo del extremo último, el mas terrible.

—¿Cual es?

—Decirte el nombre mio!

—Y creéis que de ese modo...

—¡No tengo duda alguna!

Paula le miró atentamente.

Aquel hombre con satánica satisfaccion pronunció un nombre sonoro.

La inocente jóven, al oirlo, cayó de rodillas.

Inclinó sumisamente la cabeza.

El desconocido continuaba sonriendo infernalmente.

Paula se inclinó mas al suelo, levantó un ladrillo y sacando de él un pliego se lo entregó respetuosamente al de la cicatriz.

Disponíase este á abrirlo, cuando entrando en el cuarto, el obispo convulso y agitado exclamó, dirigiéndose al hombre misterioso:

—Huid, huid, sin demora alguna: una columna se aproxima! ¡Tal vez estemos cercados á estas horas. Esta casa ha sido siempre sospechosa y no tardarán en registrarla minuciosamente y... ¡ay de vos... y ¡ay de nosotros si llegasen á encontrarnos!

Antes de que Monseñor acabase de pronunciar estas palabras, el desconocido se hallaba en el campo. Montó un brioso caballo que preparado le tenían y seguido de su fiel compañero, el hombre de los monosílabos, se alejó á galope tendido á campo-traviesa.

II.

Paula quedó sola y abatida.

Lloró durante algunos minutos.

Luego, mirando al sitio donde habia levantado un ladrillo, se estremeció, prorrumpió en mas abundoso llanto y tomando otro papel que habia allí quedado, comenzó á examinarle atentamente!

¡Pero, cual no sería su asombro, al reconocer que aquel era el documento con tanta insistencia solicitado por el de la cicatriz!

Este se habia en su lugar llevado una carta que Ernestina habia escrito á Paula en su prision!

Paula se alegró extraordinariamente.

Pero luego tembló.

Comprendia el furor de aquel hombre al verse engañado y temia su venganza, pues conocia su poder inmenso!

III.

En tal estado se encontraba, cuando la puerta de su prision volvió á abrirse.

Ya la pobre niña habia vuelto á ocultar el famoso pliego, en otro sitio no menos seguro.

El que entró en la habitacion era su carcelero, el odiado cura de Flix.

—¿Que venís á buscar?

—Paula, es preciso huir.

Y sin decir mas palabra arrastró fuera de la prision á la jóven que en su sorpresa no supo resistirse.

—¿A donde me llevais?

—Lo ignoro! ¡Por el camino he de recibir órdenes!

—¡Oh, dejadme por piedad!

—Pero ¿no sabes que se acercan los republicanos?

—¡Y qué me importa?

—¡Ah, traidora!

—¡Me espanta vuestro rostro! ¿Que os dá?

—¡Paula! ¡ Hermosa Paula! ¡ Hechicera, encantadora niña!

—¡Oh! Deteneos!

—Los momentos son preciosos!...

—¿Qué quereis decir?

—Huye conmigo, no solo de estos lugares, sino de España, de Europa!

—¿Estais loco?

—Yo muero de amor por tí! Por tí, hermosa, incitante criatura lo olvidaré todo. El Dios á quien sirvo, el rey á quien desiendo, la patria á quien esploto! Acepta, mi amor; mírame de rodillas á tus piés encantadores; dicten tus rojos labios, una palabra, una sola palabra de amor y se abrirá ante tí un eden de verdaderas delicias! Yo soy rico; mis actos militares me han hecho poderoso! Todo será tuyo! ¡Yo tu esclavo! Tú, mi única y verdadera reina!

—Apartad! ¡Os detesto!

—Paula!

—¡Os odio!

—¡Paula, Paula!

—¡Os abomino! ¡Me dais asco!

El cura carcelero echando espuma por los labios y fuego por los ojos dió un paso hácia la prisionera.

Esta retrocedió espantada.

Siguió él avanzando y logró ceñir con sus brazos el hermoso talle de Paula.

Lanzó un grito estridente.

Los lúbricos labios de él habian manchado de espuma su fresca boca.

Tristísima hubiera sido aquella hora para la angelical

niña, si no se hubieran oído algunos tiros y cercanos toques de corneta.

Presentáronse algunos carlistas armados, anunciando al cura que la columna estaba encima.



—Qué es esto? dijo el jesuita.

Este, se lanzó seguido de sus soldados á la montaña.
Paula corrió á la prision y cerró la puerta tras sí.

IV.

Al frente de los soldados liberales que se apoderaron de la casa, marchaba una mujer.

Era una espia carlista, que continuaba su vil oficio entre las tropas del gobierno, y que habia denunciado la existencia de carcundas en aquel casucho.

Era el ama (*majordona*) del cura de Flix que se vengaba, en la creencia de que Paula era la querida de su señor!

¡Inestimable mujer!

V.

La tropa entró en la casa, la registró habitación por habitación y encontrando á Paula abatida en el sucio cuarto



El cabecilla Messeguer.

que la servia de cárcel, le indicaron que se dispusiera á seguir al destacamento.

La jóven no supo por entonces si debía entristecerla ó alegrarla, áquel incidente.

Pero siguió docilmente á los soldados que con palabras corteses la animaban.

Habian adivinado en ella una víctima.

Tratáronla por lo tanto con muchos miramientos.

Y se pusieron en marcha.

No tardaron en llegar adonde el resto de la columna se hallaba estacionado.

Hicieron los soldados entrega de aquella mujer á su jefe.

Luego se tocó llamada.

La columna se puso en movimiento, conduciendo á Paula.

Cuando ya se hallaban muy distantes del casucho, recordó esta, que se habia olvidado en él, el célebre documento.

Se desesperó, pero el caso no tenia remedio.

La espia se habia fugado.

¿Se quedaria, acaso, oculta en el casucho?

VI.

Cuando el hombre de la cicatriz, (ó el carlista muerto en una huerta de Ripoll, ó el voluntario de la taberna, ó el contendiente de Giácomo, ó Aroldo el jesuita, pues bajo todos estos aspectos le hemos visto y le conocemos), se creyó en seguridad, detuvo su caballo, y ordenó á su acompañante que vigilase aquellos alrededores.

Desmontó del corcel, entró en una granja cercana y allí á solas sacó de su pecho el preciado é importante papel, disponiéndose á examinarlo atentamente.

Pero si no fué pequeño el asombro de Paula al notar el cambio de documentos, grande, extraordinaria fué la estupefaccion del personaje misterioso al ver que no era aquel el pliego deseado y si una carta con letra de muger.

Miró al punto la firma.

Era de Ernestina.

—¿Qué es esto? exclamó

Y dejando para otra ocasion que estallase la rabia de que se hallaba dominado al contemplarse burlado por la prisionera, comenzó á leer la carta, lectura que una ardiente curiosidad, hizo rápida como una exhalacion.

Decia así la epístola:

VII.

«Hermana mia, Paula idolatrada: No pases cuidado alguno; disipa todo temor; ¡el día de tu libertad se acerca á pasos agigantados».

«El único miedo que aun podia agitar tu corazon inquieto desaparecerá cuando sepas que al llegar de nuevo á España el agente misterioso de tanta venganza terrible, ha «comisionado á mi buen Giácomo, de quien tuvimos ocasion de hablar».

«Giácomo antes era una fiera».

«Hoy es incapaz de hacer daño á una mosca».

«Mi amor ha conseguido domesticarle».

«Y por lo mismo, antes trabajaba en obsequio del mal y hoy únicamente en pró del bien».

«Por consiguiente, burlará los planes de tus enemigos, y la victoria será nuestra».

«D.^a Blanca volverá á Roma».

«Tú irás... demasiado sabes adonde».

«Por eso lo callo con prudencia en esta carta».

«Adios, mi buena amiga, mi dulce hermana, adios: vive alerta sobre todo y no entregues el precioso documento que en tu poder conservas y que es la máquina del desenlace de tu desventura».

«Ernestina».

—¡Ira de Dios! exclamó aquel hombre terrible. ¡Me han burlado! ¡Cómo se habrán reido de mí! ¡Ah! Giácomo, Ernestina y Paula, pronto, muy pronto os acordareis de mí!

Llamó enseguida á su acompañante, al hombre de los monosílabos.

—Volvamos de nuevo al casucho donde se halla Paula.

—Pero...

—Nada de objeciones. La columna ya no estará allí. Partamos. ¡Quiero jugar al todo por el todo!

Y partieron.

VIII.

No habrían caminado media legua cuando tropezaren con la partida del cura de Flix.

—Señor... dijo este reconociéndole, aunque había vuelto a cubrirse perfectamente.

—Seguidme con vuestra tropa.

—¿Dónde vamos?

—A la prision de Paula.

—Pero reflexionad...

—No admito reflexiones!

—Está muy bien.

Siguieron avanzando.

Nadie salió á impedirles el paso.

La noche comenzaba á caer y las precauciones adoptadas para evitar una sorpresa, fueron muchas.

El personaje incógnito, su acompañante y el cura no cambiaron entre si una sola palabra.

Por fin, llegaron de nuevo al abandonado casucho.

Había cerrado completamente la noche.

El de la cicatriz ordenó al cura que con algunos de los suyos entrase en la casa y apoderándose de Paula, la llevase á su presencia.

El cura obedeció.

Penetró en la habitacion de Paula.

Sobre su lecho distinguió un bulto.

—¡Paula! ¡Paula! exclamó.

—¿Qué me queréis? dijo una voz débil y angustiada.

—Levantáos y seguidme.

—Adónde?

—Ya lo sabréis.

—Os obedezco, porque... os amo ciegamente!

—¡Oh! ¡Qué has dicho! ¿Qué venturosa trasformacion se ha apoderado de tu alma?

¿Me amas, me amas, Paula?

—Por qué negarlo?

La oscuridad era grande.

Ni el cura, ni sus acompañantes habian llevado luz alguna.

—En ese caso, Paula mia, repuso ébrio de alegría el cura: sígueme que hás de presentarte ahora á un gefe, y luego...

—¡Luego, bien mio, tuya para siempre.

—¡¡Para siempre, si!!

La muger se rebujó en un manto y siguió á aquellos hombres.

Cuando llegaron á presencia del jesuita este se hallaba rodeado de algunos voluntarios con hachones.

Descubrióse la muger, ante una órden terminante, y.....

Y el jesuita lanzó un grito de rabia.

Y el cura una interjeccion sonora.

¡Habia reconocido á D.^a Nicolasa su ama!

IX.

Calculen nuestros lectores la ira que se apoderaria del alma del jesuita.

Pero logró dominarla ante aquellas gentes y penetró él solo en el casucho, llevando una tea en la mano.

Levantó el ladrillo.

¡El sitio donde habian estado los pliegos, hallábase vacío!

Sin despedirse de nadie y siempre seguido de su perro de presa, el hombre monosilábico se dirigió á marchas forzadas al sitio donde se hallaban los infantes.

La cólera ardia en su corazon.

La venganza se maduraba en su mente.

X.

D.^a Nicolasa abrió los brazos á su señor.

Este la rechazó con rabia.

Pero ella sonriendo astutamente, le dijo:

—Si supieras lo que tengo en mi poder!

—El demonio!

—Algo menos que eso.

—¡Que me importa!

—Escúchame.

—¡Nada quiero escuchar!

—Pues bien, ingrato: yo que delaté el sitio donde os alojábais por poner en planta la venganza que mis celos me inspiraban, cuando vinieron las tropas republicanas y se llevaron á Paula:..

—¡Los soldados se han llevado á Paula!

—Si ¡fastídiate!

—¡Oh! calla!

—No quiero. Continuo. Cuando se la llevaron, yo, que sabia que habias de volver á esta casa, en busca de tu nuevo amor; infame! determiné quedarme á esperarte... ¡y mira como no me ha salido mal mi propósito!

—¡Te aborrezco!

—No será así cuando sepas otra cosa.

—¡Valiente cosa será!

—Casualmente, tropee con un escondrijo de esa niña...

—¿Y qué?

—¡Y encontré un precioso papel!

—Enséñamelo.

—Poco á poco!

—¡Te adoro, Nicolasa! Enséñame el papel!

—Já, já! Ya decia yo bien que volverias á caer en mis brazos! Pero con cuanto ardor me estrecharás en ellos, si supieras lo que el papel contiene...

—Veamos...

—¡Cuidado! ¡No nos precipitemos, amor mio.

—Pero...

—Calma, calma. Cierra aquella puerta.

—Ya estás obedecida.

—Ahora, dame un abrazo!....

—¡Ahora léel!

XI.

D. Alfonso estaba desesperado.

El paquete de cartas prometido por Saballs había llegado en su poder.

En otra entrega las insertaremos, sin dejar una sola.

Contentémonos ahora con conocer la desesperación del infante.

Doña Blanca ignoraba que su esposo se hallase ya al corriente de todo.

Giacomo y Ernestina presentían el próximo triunfo de la verdad y la virtud, personificadas en la infeliz Paula.

Miret, como sabemos, hacia causa común con ellos.

XII.

El jesuita llegó al pueblo en que momentáneamente residían los infantes.

Era el 26 de Julio y se hallaban en Centellas.

Cuando Giacomo vió al hombre de la cicatriz, fuese á él en derecha.

Así mismo él venía en busca del italiano.

A igual tiempo, se pusieron respectivamente las manos sobre los hombros.

Miret se acercó á turbar la escena terrible que entre ellos iba á tener lugar.

Y la situación de ambos se hizo difícil.

Doña Blanca llegó entonces á dificultarla más y más todavía.

Porque al reconocer á aquel hombre, exclamó:

—¡Aroldo! ¡Oh, rabia!

—¡El de las cartas! oh ventura, dijo Giacomo.

—El de los trabucazos! dijo Miret con ímpetu.

—El rayo de la venganza, dijo á su vez el jesuita.

¿Qué iba á pasar entre aquellos cuatro personajes?

Cuando las tormentas que rugían en aquellos corazones, iban á estallar condensándose en una, pero terrible, cruel, espantosa, una voz que corrió por el pueblo como un reguero de pólvora inflamado, pudo disraerles por un momento:

—¡Don Alfonso se ha suicidado!

—El hermano de D. Carlos se ha disparado un tiro.

—¡El infante ha muerto!

Esto se oía por todas partes.



—D. Alfonso se ha suicidado.

Puntos de venta al por mayor en Barcelona: Pasaje de Montjuich del Obispo, 3, bajos, y Hospital, 19-Tienda.

Los pedidos de Provincias se dirigirán al administrador de esta publicación, Montjuich del Obispo, 3, bajos, Barcelona.

Los números anteriores al presente reparto se hallarán de venta en la calle del Hospital, 19-tienda.



REPARTO 11.

LOS LUNES Y JUEVES.

2 CUARTOS.



- ¿Y quien sois vos, señora?
- Una mujer desgraciada como vos.
- ¿Será posible?

CAPITULO X.

Tentativa de suicidio.—Tortellá.—Se empeora la situación del infante.—Volvamos á Paula.—Encuentro fatal.—Nueva prisión.—El duelo pendiente.—Aparición del terrible personaje.—Catástrofe inesperada.—Venganza.—Espionaje.—Sorpresa espantosa.—Monólogo del hombre de los monosílabos.—Sospecha de un crimen.—Desaparición inconcebible.

I

Cuando D. Alfonso recibió de manos de Saballs el paquete de cartas consabido, se puso fuera de sí.

Aquel mismo día, casualmente, cumplía el mes que la partida había pasado sin cobrar un céntimo.

Habían llovido reclamaciones de los voluntarios.

Los oficiales, si así pueden llamarse, murmuraban en alta voz.

Los gefes habían noticiado á los infantes que si aquella suspensión de pagos duraba mucho tiempo, no serían dueños de contener la insubordinación que comenzaba á despuntar en las filas absolutistas.

Todo esto, como era natural, apuraba á don Alfonso.

Y en el momento en que más desesperado se hallaba, el infame Saballs con su imperturbable sangre fría le entregó las fatales cartas (aunque no todas) que á él le habían sido ofrecidas por Giacomo, al noticiarle que Aroldo le había dado tal encargo.

Quedó solo el infante.

Abrió los pliegos y leyó con avidez.

Dos de aquellas epístolas iban firmadas por un tal Rodolfo.

Seis por la marquesa de T.***

Y las restantes por Angiolina Ferretti.

Tan grave era lo que por ellas se descubria, y cuyo contenido cónocerán mas tarde los lectores, que se colmó la desesperacion del infante, y mucho más, al comparar aquellas cartas con la encontrada en el morral del carlista, muerto al parecer, en el huerto y que conservaba todavía, inspirado por sus furiosos celos.

Lloró, gimió, gritó, se mesó los cabellos.

Y en el desbordamiento de su cólera apercibió sobre la mesa un revolver que apuntó á su pecho.

Disparó y cayó revolcándose en su sangre

Pero la bala, como se vió luego, no habia causado en el cuerpo de D. Alfonso, más que una levisima herida.

II.

Han pasados ya muchísimos dias desde los sucesos anteriormente relatados.

Nos hallamos á fines de Agosto.

Los carlistas entran en el desdichado pueblo de Tortellá y reducen á cenizas la calle entera de la Amargura y la rectoria: cinco casas de la calle de Besalú; una de la calle de la Fuente; y muchas más entre las calles de San Juan, San Pedro, Salas, Franca, plaza de Avinyonet y plaza Mayor.

Horribles incendios que pintan, mejor que cualquiera de sus enemigos podria hacerlo, el carácter feroz y salvaje de esas hordas de caníbales que infestan malaventuradamente las mas preciosas comarcas de nuestro pais desventurado.

Sigamos adelante.

III.

El cura de Flix cuando terminó su entrevista con doña Nicolasa, la envió bien escoltada al pueblo mas cercano.

Despues determinó mandar un nuevo emisario á D. Alfonso.

Y le entregó, falsificado tambien, como la carta que recordarán nuestros lectores, el documento encontrado por su ama y en mal hora olvidado por la desdichada Paula.

El emisario cumplió perfectamente su difícil comision.

Llegó sano y salvo despues de un largo viage, á presencia de los Infantes á tiempo que D. Alfonso totalmente repuesto de su leve herida, volvía á meditar un nuevo suicidio, ofuscado completamente por el cúmulo fatal de sus desventuras.

Inútil es añadir que la nueva del cura Botijo aumentaría atrozmente el número de sus pesares.

Porque aquel documento sintetizaba las falsedades todas de D.^a Blanca.

Pero ¿por qué razon, el infante no se decidía á tomar una determinacion enérgica con respecto á su esposa?

Misterios y mas misterios.

IV.

Abandonando, aunque por corto tiempo sea, á muchos de nuestro más interesantes personajes, como son Ernestina, D.^a Blanca, Aroldo el jesuita, Miret y D. Alfonso, volvamos á encontrarnos con Paula, á quien el gefe de la co-

lumna, que nunca havia visto á D.^a María de las Nieves, dió libertad en medio del campo.

¡Desventuras y mas desventuras llovian siempre sobre la niña infeliz!

V.

Al verse sola, tuvo miedo.

Y la primera idea que ocurrió á su inquieta mente, fué en verdad profunda y amargamente desconsoladora.

—¿Donde voy ahora?

Sentóse agoviada á la orilla del camino.

Media hora pasaria, como un segundo para Paula, completamente entregada á sus pensamientos sombríos.

Despues, apareció en lo alto del camino una muger que avanzaba.

Era de edad madura, pero muy mal conservada.

Fuese acercando poco á poco adonde hallábase la jóven.

Y al reconocerla su desdentada boca dibujó una sonrisa indefinible.

Cuando llegó á su lado, exclamó:

—¿Padeceis, pobre niña!

—¿Dejadme! ¡Proseguid vuestro camino!

—¿Por que?

—Muchas y grandes son mis desventuras, y poco deben importarles por lo mismo, al primer pasajero indiferente.

—¿Indiferente? ¡No por cierto! Creedme: adivino en vuestro rostro marchito inmensos y crueles sufrimientos!

—¡Oh, sí! ¡Muy crueles!

—¿Porque no los depositais en un pecho amigo y generoso?

—¡Ah, señora, y donde hallarlo?

—Escéptica sois en demasía.

—¿Y quien sois vos, señora?

- Una muger desgraciada como vos.
—¿Será posible?
—Una muger engañada desde su edad mas tierna en sus más puros sentimientos y en sus ilusiones mas risueñas!
—¿Puedo creerlos?
—¿Porque no?
—Ese acento me inspira confianza.
—Podeis tenerla completa.
—Sin embargo, abunda tanto por el mundo la maldad!
—Cierto es eso, aunque triste en demasia.
—Pues os creo.
—Venid, seguidme. En el pueblo de Montclar tengo mi casa.
—¿Teneis familia?
—Ninguna. Mis hijos han muerto en defensa de su patria y de su rey legitimo...
—¿Eh? Conque...
—Si. Mi única mision hállase ya reducida á hacer el bien por todas partes, donde veo triunfante el mal!
—Vamos donde gustéis.
—Las dos mugeres se pasieron en camino, dirigiendo sus pasos al pueblo inmediato.
La vieja era D.^a Nicolasa.
Como se vé, pues, la oveja inocente, habia vuelto á caer en poder del lobo carnicero.

VI.

Descansando de una de sus sangrientas correrías, hallábase el inhumano y feroz cura de Flix, precisamente en el pueblo mismo adonde D.^a Nicolasa condujo á Paula y justamente tambien en la misma casa.

Pero no fué advertido de la llegada de su ama.

Y ni siquiera humeó su terrible olfato de tigre la presa que se llevaba.

¿Para satisfacer su lúbrica gula?

De ningún modo.

Otras eran las intenciones de D.^a Nicolasa.

Así es que encerró a su presa en una segura habitación, más oscura y miserable que la que ocupaba en el casucho.

Y no lograron conmoverla ni apiadarla los sollozos y las súplicas de la joven infortunada, que hubieran ablandado á las piedras.

D.^a Nicolasa, aunque inútil parezca decirlo, no tenía corazón.

Paula comprendió al oír cerrarse la puerta de su nueva prisión, y lo comprendió muy tarde, por desgracia, que había caído en un espantoso lazo.

VII.

Saballs y Miret volvieron á encontrarse frente á frente.

El bravo D. Francisco había sido nuevamente insultado por el amante de Doña Blanca.

Pero cosa estraña en el infame vencedor de Alpens!

Hemos dicho vencedor sin subrayar la palabra, porque demasiado se habrá comprendido la ironía de la frase.

El ilustre D. Francisco se arrodilló ante D. Martín.

No había téstigos en el lance.

—No me mateis, por Dios, exclamó: ¡tengo muger! ¡tengo hijos!

—¡Cobarde!

—Mañana debo hallarme sin falta en Camprodon.

—¡Y á mi que me importa...!

—Llega mi familia, procedente de Francia...

—Pues no te verá, distinguido asesino.

—Ah! ¿Por qué?

—Porque si no te bates, voy á matarte como á un perro, tigre sangriento, espantosa hiena, asco y horror de la humanidad entera...!

—Ah! Defendeis á Doña Blanca con mucho ardor, é ignorais...

—Nada ignoro: lo sé todo absolutamente.

—¿Y os atrevéis á seguir defendiéndola? En verdad que no os comprendo!

—No! No quiero ahora batirme por ella.

—Entonces...

—Deseo medir mis armas con las tuyas, honrándote mucho, porque tú eres la causa de nuestro mayor desprestigio en todas partes, porque eres tan cobarde como sanguinario porque.... porque en fin ¡te detesto! y ¡ya lo he dicho! ¡son vanas las palabras! ¡Disponde á reñir ó encomienda tu alma á Dios!

—Apiadaos de mi, D. Martin: yo os revelaré lo que contiene el documento que hoy ha sido remitido al infante y que fué arrebatado á Paula la prisionera que es...

—¿Un documento, decís? ¡Cielos! ¿Seria posible?

—Pero, puesto que procede del cura de Flix, sospecho como otros muchos habrá sido hábilmente falsificado y que el verdadero existirá en su poder.

—¿En poder del cura?

—Si.

—Te perdono la vida.

—Ah! Gracias!

—Con una condición.

—Disponed de mi.

—Que el citado pliego se halle pasado mañana á mis manos.

—Sin falta alguna.

—Vé con Dios.

Iba á retirarse D. Francisco, contento de haber librado así el pellejo, cuando un hombre surgió de repente entre ambos, exclamando:

—¡Deteneos! Todo lo he escuchado!

Era el hombre de la cicatriz, era Arelido.

VIII.

Terrible escena debió suceder, á la que acabamos de indicar.

Y tan corta como terrible, porque al cabo de media hora escasa, Miret y Saballs se separaban del lado de Aroldo con la cabeza baja, y tembloroso el cuerpo.



Horrores de Tortellá.

En cuanto á este, dió un grito parecido al de la lechuza, y del mismo sitio de donde el habia salido para interponerse entre D. Martin y D. Francisco, salió un hombre.

Era el de los monosílabos ó lo que es lo mismo el cabe-
cilla Messeguer, que este era su nombre.

Aroldo le habló algunas palabras al oído.

Pusiéronse ambos en marcha y pronto llegaron á la casa
donde vivían incidentalmente Giacomo y Ernestina.

Apenas llamaron, fué introducido en una sala baja el de
la cicatriz, quedándose Messeguer á la puerta.

IX.

Ernestina estaba muriéndose.

Una aguda y rápida enfermedad acababa con ella.

Giacomo se hallaba desesperado.

Y cuando vió á Aroldo, y apesar de que entre ambos me-
diaba una historia terrible, la escena de la cuchillada jun-
to al cementerio de Segur y el robo de las famosísimas car-
tas, y aunque todavía no habia mediado entre ellos explica-
cion alguna, pues Doña Blanca y Miret llegaron á estorbarla,
como recordarán los que nos leen; ni Giacomo se estreme-
ció al contemplar ante sí á su enemigo, poseedor del secreto
de lo que pudiera ser una grave traicion, ni Aroldo tuvo
miradas mas que para la jóven tendida en el lecho del dolor.

Una escena muda, imponente, tenia lugar en aquella sala.

Ernestina, como ya hemos dicho, con la garra de la muer-
te impresa en su lívido semblante.

Hundidos los ojos, contraídos los labios y retorciéndose
en la agonía horrorosa de una enfermedad cruel é impre-
vista.

Arrodillado junto á la cabecera del lecho, Giacomo ago-
viado de dolor, llorando á lágrima viva y retorciéndose las
manos, poseido de una desesperacion sin límites.

Aroldo contempládoles y sonriendo como siempre.

¡Con la sonrisa que hace espantoso al ángel de las ven-
ganzas!

—¡Giacomo! dijo por fin la moribunda, haciendo un supremo esfuerzo.

—¡Vida mía!

—Sufro dolores inaguantables....

—Oh! Dios mío!

—Conozco... que voy á morir...

—¡Morir! ¡Tú! ¡Consuelo de mi vida! ¡Alma de mi alma! ¡Corazón mío!

—Sí! y oye... ¿estás ahí? ¡no te veo!

—Aquí! arrodillado ante tí... ¡vida mía!

—Escucha... muero... lo comprendo muy bien... muero... envenenada!

—¡¡Envenenada!!

—Sí: por Doña Blanca!

—¡Oh!

—Por Angiolina Ferretti... que descubrió... ayer nuestra infidelidad.

—¡Qué horror!

—¿Y sabes quien le inspiró la idea... del veneno?

—¿Quién?

—Aroldo el... ¡¡Ah!! exclamó la que moría diviso en este momento la siniestra figura de aquel hombre.

Habia lanzado un grito horrible.

Giacomo se alzó como impulsado por un oculto resorte.

Inclinó su rostro hasta tocar el de Ernestina.

Y á su vez lanzó otro grito de horror y espanto.

La pobre niña acababa de espirar.

Aroldo permanecía en pié en medio de la habitación, con los brazos cruzados y la sonrisa infernal en sus labios.

XI.

El primer impulso de Giacomo fué lanzarse sobre aquel hombre.

• Pero el cadáver de Ernestina inspirándole amargura atroz,

pudo dominar sus coléricos instintos, volvió, pues, á arrojarse, y oró.

—¡Estoy vengado! ¡Mi sexta víctima acaba de sucumbir, murmuró sordamente.

Luego, alzando la voz, continuó, dirigiéndose á Giacomo.

—Tomad esta carta encontrada en la prisión de Paula y añadidla al paquete que me robasteis junto á las tapias del cementerio de Segur.

Y le tendió la carta de Ernestina.

Giacomo no le contestó.

Habíase su dolor apoderado de su alma toda.

XII.

Pasó una hora escasamente.

El italiano volvió en sí.

Besó, aun llorando, el cadáver de su amante idolatrada: sacó de debajo de su almohada el libro de memorias donde en otro capítulo hemos visto escribir á Ernestina; lo guardó en su bolsillo y salió en busca de Miret.

Dejóle encargado de todo lo concerniente al entierro de la santa jóven y se dirigió adonde suponía debía hallarse el hombre de la cicatriz.

Este viajaba en compañía de un hombre obeso y de su constante escudero.

En cierto sitio del camino el escudero se apeó del caballo y teniéndole de las riendas se sentó sobre el follage.

Aroldo y el hombre obeso anduvieron algunos pasos más.

Giacomo les seguía sin que ellos recelasen su espionaje.

Llegaron por fin á un sitio escondido entre la maleza.

Allí se sentaron, continuando un diálogo, importantísimo sin duda alguna.

Giacomo lo oía todo perfectamente.

Pero lo que con mas fuerza hirió sus oídos atentos, fué lo

que sigue, pronunciado con vos ronca y terrible por Aroldo:

Hoy ha sido Ernestina. Mañana será Giacomo. Luego Angiolina y más tarde...

—Si! ¡La hija de D. Miguel!

—Me habeis entendido, monseñor!

XIII

Al cabo de algunos minutos se separaron ambos personajes.

El de Urgel volvió á salir al camino, montó en el caballo que de las riendas tenia el cabecilla que aguardaba, y partió al galope.

Entonces Giacomo, armado de un revolver se abrió paso por entre el follage.

Pero tan abstraído se hallaba Aroldo en sus meditaciones que no oyó el ruido de las hojas movidas por las nerviosas manos del italiano.

Este se colocó frente á frente de su terrible enemigo.

Le contempló con vengativa satisfaccion durante algunos segundos.

Luego, apuntóle el revolver al pecho.

Y cuando hubo asegurado bien su puntería, le llamó por un nombre que todavía no conocemos nosotros.

El de la cicatriz levantó su cabeza.

Y vió con espanto el cañon del revolver á un palmo de distancia de su corazon.

—¡Giacomo! exclamó aterrizado.

Y tendió los brazos hácia él.

Pero el italiano, dijo:

—Ni un movimiento tan solo!

—Pero...

—Ahora... es preciso que nos entendamos, señor mio!

XIV.

El hombre de los monosílabos esperaba aun sentado sobre la fresca yerba á que sumisterioso señor apareciese en el camino y le hiciese señal para seguirle.

Pero aguardó mucho rato en vano.

Por fin la impaciencia le acometió.

Calculó que el objeto de todo no podia ser muy santo en verdad.

Pero como al fin, era fanático, al igual de todos los suyos y habia recibido órdenes muy superiores y habia jurado obediencia ciega y sin límites, tuvo que contentarse con sus enojosas reflexiones nada más.

Empero aquel silencio y aquella tardanza en aparecer su amo, inquietáronle de un modo extraordinario.

El tal Messeguer, así como nunca dejaba salir de su boca, hablando con otra persona más que monosílabos por toda respuesta á las preguntas que se le hacian, era en cambio muy aficionado á monologear, cuando se hallaba solo.

Asi es, que pensaba:

—¡Que demontre hará ahí dentro mi señor! Hace ya más de un cuarto de hora que Monseñor ha salido y él... ¡nada! ¿Se habrá tal vez dormido? ¿Habrà con él alguna persona que yo no haya visto? Si entrase á pedir órdenes?... Pero ¡cá! sería capaz de echarme con cajas destempladas!....

Aquí llegaba de su monólogo, cuando se oyó una detonación dentro del bosque.

XV.

Dió un salto el cabecilla y quedó de pié, estático!

—¿Que es esto? ¿Que quiere decir ese tiro? ¿Será una señal? ¿Nos habrán acaso sorprendido?

Vaciló durante algunos segundos.

Después, y cuando ya se decidía á penetrar en el bosque, vió por el lado opuesto al en que se hallaba, salir un hombre corriendo.

—¡Alto! le gritó.

Pero el que huía no detuvo su veloz carrera.

Y Messeguer, disparó su carabina.

Pero con desgraciada puntería, porque el fugitivo tampoco se detuvo.

Entonces volvió á reflexionar y se dijo:

—¿Qué habrá sido de mi señor? Entremos á buscarlo.

Penetró en el bosque.

No se oía dentro de él grito ninguno, ni rastro alguno de persona.

Ni el menor quejido turbaba su misteriosa soledad.

XVI.

Cuando el hombre monosilábico llegó al sitio que habia ocupado el Aroldo, no encontró á nadie en él.

Solo si junto á un pedrusco un ancho charco de sangre.

Miró, buscó, registró.

En vano.

Recorrió casi todo el bosque, observando atentamente rincon por rincon, arbusto, por arbusto.

En vano tambien.

Entonces con estentórea voz llamó por su verdadero nombre á su terrible amo.

Solo la brisa suave moviendo blandamente las hojas de los árboles, respondia á sus feroces gritos.

¿Que horrible drama habia pasado en aquellos sitios?

Messeguer se cansó de llamar y decidió salir del bosque.

Ya se disponía á abandonar aquel sitio, presa su corazon de horribles presentimientos que el charco de sangre, sobre todo, inspiraba, cuando junto á él, encontraron sus ojos asombrados un voluminoso libro de memorias.

Lo levantó del suelo, lo abrió por su primera página y leyó lo siguiente.

Mis memorias.

Luego la siguiente firma: *Maria de las Nieves de Braganza.*
Guardóse aquel libro en el bolsillo, y salió del bosque.



La pobre niña acababa de espirar.

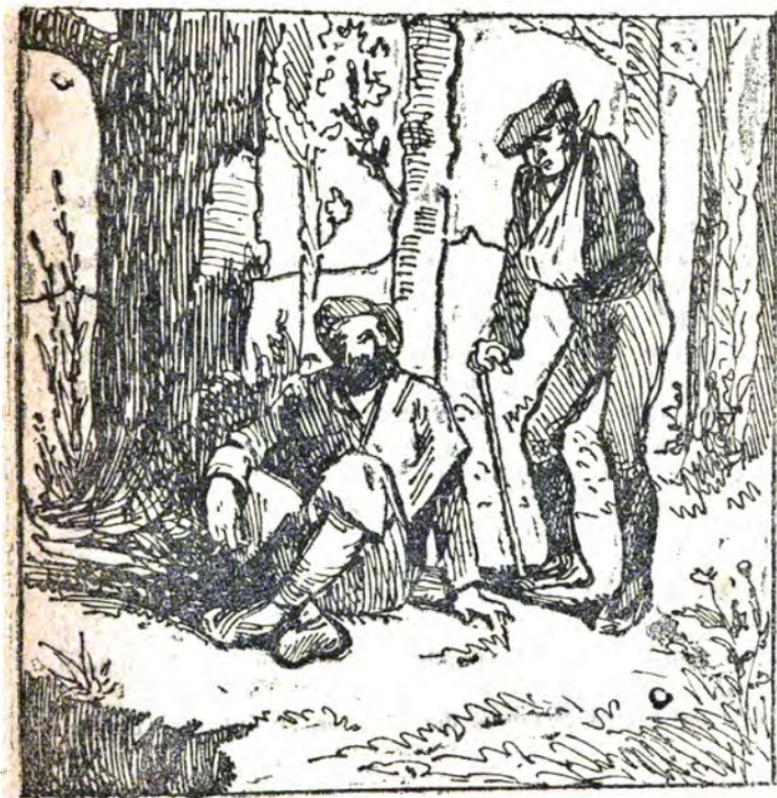
Puntos de venta al por mayor en Barcelona: Pasaje de Montjuich del Obispo, 3, bajos, y Hospital, 19-Tienda.

Los pedidos de Provincias se dirigirán al administrador de esta publicación, Montjuich del Obispo, 3, bajos, Barcelona.

Los números anteriores al presente reparto se hallarán de venta en la calle del Hospital, 19-tienda.



REPARTO 12. LOS LUNES Y JUEVES. 2 CUARTOS.



Y vió junto á sí un vejete vistiendo el traje del país.

CAPITULO XI.

La curiosidad del nombre de los monosílabos.—Secreto acerca de lo que el libro de memorias contenia y revelacion de otro secreto.—Monólogo.—Sobresalto.—Nueva aparicion del de la cicatriz.—Giacomo fugitivo.—Trasformacion.—Encuentro con el que huia.—Planes de venganza.—Doña Nicolasa y Giacomo.—Angiolina y el misterioso Aroldo.—La familia de Don Francisco.—Un misterio más.

I.

Una vez fuera del bosque, preparóse el hombre monosilábico á enterarse de lo que aquel libro contenia.

Convencido ya de que todas cuantas pesquisas hiciera en busca de su amo y señor, habian de ser completamente infructuosas, determinó poseido de mugeril curiosidad enterarse como hemos dicho de lo que decia aquel elegante libro de memorias encontrado por él en el fondo del bosque y en lugar del sugeto á quien buscaba.

Para ello, sentóse, en primer lugar, cómodamente.

Encendió un cigarro y comenzó á leer pausadamente.

II.

Lejos, muy lejos estamos de la idea que en este momento preocupa de seguro á nuestros lectores.

Por cierto podemos dar que, en su inmensa mayoría

creen, aunque sin fundamento que vamos á esplicarles hoja por hoja, línea por línea y letra por letra todos los pensamientos escritos por mano de Angiolina y comentados por la de Ernestina en el famoso libro.

Pero todo menos eso.

Como esperamos al fin de esta obra poder hácerlo ámpliamente lo llamamos por ahora.

Y para que la curiosidad del lector no quede burlada, hazaña perjudicial para un autor, esplicaremos sucintamente, mientras el hombre monosilábico lee, lo ocurrido en el bosque, escena que por su misterio debe seguramente haber escitado asimismo y poderosamente la tal curiosidad: escena, que por otra parte no podemos dejar de reseñar ya que el fin de esta historia se acerca y es preciso á toda costa ir atando bien los cabos sueltos.

Cuando Aroldo se encontró con Giacomo que le apuntaba el revolver al pecho se lanzó sobre su enemigo impetuosamente, logrando agarrarle por la garganta.

Giacomo á su vez se agarró, como meses antes á la del de la cicatriz y ambos tambien como en otro tiempo no lejano, rodaron por el suelo.

Prodigáronse respectivamente las injurias más groseras y los epítetos mas infames y vergonzosos.

Durante esta nueva lucha á brazo partido, disparóse el revolver que el italiano no habia abandonado.

E hirió aunque no muy gravemente á Aroldo.

Creyóle muerto Giacomo y salió corriendo del bosque, segun le habia visto el perro de presa del de la cicatriz.

En cuanto á este, apenas volvió en sí del aturdimiento que le produjo el golpe, ó mejor dicho la herida, por la que derramó abundante sangre, que formó el charco de que ya tienen noticia los lectores, se internó en el bosque y no tardó en llegar á un apartado escondrijo de donde salió un chicleo andrajoso que le hizo seña de que podia entrar sin cuidado alguno.

Aroldo se introdujo en aquella covacha, como la serpiente en el agujero de un muro.

Ya sabemos que las heridas de la cabeza ó matan ó no tienen significacion alguna.

III.

Mucho debia interesarle al hombre lacónico la lectura del cuaderno, porque casi no pestañeaba, ni movia miembro alguno de su cuerpo.

De repente y cuando mas embebido se hallaba en la lectura, alzó la cabeza, hizo con los labios un gesto de estupefaccion, y exclamó:

—¡Demonio! ¡Esto es grave! ¿Cómo puede ser esa muger la verdadera infanta? ¡Sangre real lleva en sus venas y es incapaz por lo tanto de crueldades y maldades de calibre semejante!

Recuerde el lector que á Messeguer gustábale sobremana-
ra monologear.

Continuó, pues, diciendo para su capote:

—¿Habremos hecho alguna barbaridad?

Y se rascó pausadamente la cabeza.

—¿Estaré yo sirviendo con ciega lealtad á torpes maqui-
naciones y á planes profundamente inmorales?

Continuó rascándose con más brio.

—¡Pues juro que así fuera! ¡Voto á catorce mil granadas
y ochocientos mil botines de soldado republicano!

A estos juramentos siguió un fuerte puñetazo que no hi-
zo ruido alguno por haber sido dado sobre la fresca yerba.

—No hay mas! ¡He de aclarar este misterio! Yo me pre-
sentaré á ella, le diré que conozco ce por be sus anteceden-
tes todos y que es preciso que me diga sin rodeos....

IV.

Aquí llegaba de su monólogo el asombrado cabecilla, cuando oyó á sus espaldas una voz cascada y nasal que le llamaba por su nombre.

Cerró el libro de golpe, guardólo en su bolsillo y volvióse para conocer al que le llamaba.

Y vió junto á sí á un vejete, vistiendo el traje del país.

Llevaba un brazo en cabestrillo.

Y toda la cara llena de vendajes.

Apoyábase tambien en un nudoso garrote que sostenia además del peso de sus años, el de la debilidad que indicaban los movimientos todos del anciano.

—¿Queréis indicarme, buen Messeguer, el camino de***

—¡No!

Volvemos á recordar al lector que el tal individuo era tan pródigo en sus monólogos como parco en sus diálogos.

—Muchas gracias.

(Silencio por parte de Messeguer.)

—Soy muy viejo: estoy lleno de heridas, que esos malditos republicanos me han causado y conozco poco estos sitios. Con que, de veras: ¿insistís en no acompañarme?

—¡Si!

—¡Ah! vamos! Estabais muy distraído con la lectura del libro que ví en vuestras manos! Soñ unas *Memorias* preciosas ¿no es verdad?

—¿Eh?

—Pues procurad leerlas de cabo á rabo, antes de que vuestros gefes lleguen á enterarse de que en vez de defender, como habeis jurado, la bandera de la legitimidad, las pretensiones de nuestro monarca y señor D. Carlos VII, os ocupais en viajar por estos andurriales, asesinando inícua y villanamente en vez de defenderle á*** conocido vulgarmente por Aroldo!

—¡Oh! exclamó Messeguer poniéndose de pié.

Y acometido repentinamente por extraño vértigo; echó ó correr como alma que lleva el diablo, sin volver la cabeza y lanzando espantosos gritos de terror y angustia.

Cuando el vejete quedó solo, lanzó una horrible carcajada.

V.

Algunos días despues ó sea el 9 de Setiembre, los infantes con Saballs y Miret que habia llegado precedente de Igualada, se encontraban en Camprodon.

Miret no perdiendo nunca de vista á D. Francisco,

Conviene decir que ya habia celebrado los funerales de Ernestina con toda pompa, segun el encargo de Giacomo.

Y que no cesaba, como hemos dicho, de importunar á Saballs en demanda del documento de qué ha sido cuestion en varios capítulos.

Pero Saballs no podia complacerle.

Porque el de Flix no se dignaba contestar á ninguna de sus innumerables embajadas.

Al lado de D. Alfonso se hallaba Aroldo, ó sea el hombre de la cicatriz!

¿Que habia sido de este hombre?

¿Como vivirá aun?

¿Qué es lo que habia sucedido en el bosque?

VI.

¿Y Giacomo? ¿Y el interesante italiano?

Apenas hubo llegado al inmediato pueblo, despues del misterioso desenlace de su aventura en el bosque, pálido

con el cabello erizado, llamó á la puerta de una de las primeras casas.

Nadie respondió á los aldabonazos.

Se internó en la aldea.

Y en una de sus mas apartadas y sucias callejuelas, gritó, aunque no en muy alta voz, y al llegar junto á una bonita casa, pintada de blanco, estas palabras en italiano:

—*¡Troppo, tardi!*

—*No*, respondióle una voz que salía de la casa.

Entonces se abrieron las persianas verdes del balcon y asomó un hombre, que se retiró despues de haber reconocido satisfactoriamente al fugitivo Giacomo.

Al cabo de algunos segundos, se abrió asimismo la puerta de la casa.

Giacomo entró en ella.

La puerta volvió á girar sobre sus goznes.

La calle quedó desierta.

VII.

No habia pasado una hora, cuando de aquella casa salió una muger.

Esbelta fornida, de elevada estatura.

Cubria su rostro, que debia ser hermoso á juzgar por el aspecto general de la indivisa, un espeso velo.

El traje que vestia era elegante.

Su modo de andar vacilante, incierto.

Parecia que aquella muger temia un mal encuentro.

Ó sospechaba ser reconocida por alguien que no debiera quererle muy bien.

Cuando se vió en la calle, sola, un estremecimiento har- to visible recorrió su cuerpo todo.

Sin embargo, siguió andando.

Pasó por las calles más retiradas del pueblo.

Las mugeres del mismo que sentadas á las puertas de sus casas respectivas se hallaban, ni siquiera se fijaron en ella.

Esto, pareció tranquilizarla algun tanto.

Así es, que prosiguió con mas decision su camino.

Cuando salió al de la carretera, respiró fuertemente.

Dilatóse su pecho.

Y quedó detenida, inmóvil, entre dos sendas, ignorando al parecer por cual de ellos se habia de decidir.

Aquella muger era Giacomo.

VIII.

Dosconocia el buen italiano aquel terreno y encontraba para el logro de sus planes un obstáculo, que aunque leve en apariencia, dificultaba y mucho por el pronto el feliz éxito de sus designios.

Para conseguirle, para llevar á cabo la rehabilitacion de la verdadera princesa, y hundir en el lodo del desprecio á Angiolina, vengando al propio tiempo á su idolatrada Ernestina, víctima de la ferocidad de la guerrillera, habia ideado vestirse con aquel trage de otro sexo, que no denunciaba el suyo, pues tanto la figura del italiano como su rostro, se prestaban fácilmente á vestirlo.

Parado, como decíamos, se hallaba cuando vió venir hacia él, corriendo y desolado, á un hombre.

Dudó entre si ocultarse ó esperarle.

Al fin se decidió por lo último.

Le aguardó llamando en su auxilio á toda la serenidad y sangre fria de que podia disponer.

El que corria, llegó al fin.

Era el cabecilla Messeguer.

Giacomo le reconoció fácilmente.

En cambio él no conoció á Giacomo.

Se detuvo el asustado campeón del absolutismo y preguntó á aquella muger si habia visto por aquellas cercanias á un hombre cuyas señas le dió.



Giacomo llamó á la puerta de una de las primeras casas.

Eran las de Aroldo.

Dijole que si el taimado Giacomo y añadiéndole que iba herido en el pecho y que se habia dirigido á la aldea inmediata.

Gozoso quedó el de los monosílabos.

Sacó entonces del bolsillo su pañuelo para limpiarse el sudor que abundante corría por su rostro.

Y no advirtió que el libro de memorias había caído al suelo.

A poco rato, señaló á Giacomo la dirección que debía seguir para encaminarse al pueblo que deseaba y desapareció, corriendo como había venido.

Cuando le vió alejarse, cojió Giacomo frenético de alegría el perdido libro, cuya desaparición en tanto cuidado le había puesto y exclamó:

—¡Ah! ¡Irremisiblemente había de volver á mis manos. ¡La Providencia no se equivoca nunca en sus altos designios!

Luego comenzó á andar á grandes pasos por la senda indicada.

IX.

Grandes planes de venganza meditó durante su viage.

Sonreíase á veces triunfalmente, como si ya los viese lo-grados, y fruncia el entrecejo muy amenudo como si á sus piés tuviera ya, á los que tanto mal causaban á Paula, á los asesinos de Ernestina y á sus feroces enemigos.

Pensando en esto, no se le hizo muy largo el camino apesar de serlo con entremo.

Por fin, aunque cansado en demasia, llegó al pueblo donde D.^a Nicolasa, guardaba en rehenes á la desventurada Paula.

X.

El de Flix no se hallaba por entonces en el pueblo.

Doña Nicolasa era por consiguiente, entonces, el ama de situación.

Martirizaba con desconsoladora frecuencia á la pobre niña.

Prometíase para el día de su libertad un pingüe beneficio.

Y gracias á sus halagos y persuasiva charla, el documento justificativo de la identidad de Paula como hija legítima y verdadera de D. Miguel de Braganza, habia vuelto á su poder, entregado por el de Flix.

Giacomo llegó á la casa.

Preguntó por D.^a Nicolasa y fué introducido en su presencia.

—¿Que me queréis, buena muger? dijo, engañada, al verle la astuta ama.

—Hablaros un momento sin testigos.

Efectivamente aquella muger hallábase rodeada de tres ó cuatro vecinas entremetidas y bachilleras.

Y viejas, por supuesto.

A una seña de D.^a Nicolasa, sus amigas se retiraron aunque no sin refunfuñar y mirar de piés á cabeza á la recién venida.

Cuando quedaron solos, Giacomo tomó asiento.

Pasados algunos segundos, dijo con voz femenil perfectamente fingida y manera mugeriles admirablemente imitadas:

—Señora, yo soy la sobrina de V.^{***}

—Ah, si!

—Y traigo para vos de su parte esta carta y este bolsillo.

—Dadme.

La letra de la carta estaba soberbiamente falsificada.

En ninguna partida carlista faltan falsificadores.

En ella se le decia que admitiera en su casa como guardiana de Paula á aquella jóven, por la que recibiria siempre órdenes.

Que confidencialmente habia llegado á saberse que ella guardaba en su casa á la prisionera, libertada por los republicanos.

Que real y verdaderamente, merecia por ello un fuerte castigo.

Pero que comprendiendo, igualmente, que todo lo habria hecho en pró y enaltecimiento de la causa legítima se le perdonaba aquella omision.

Que aceptase además como regalo, los quinientos duros que llevaba la sobrina y que cada mes mientras durase el cautiverio de Paula, recibiria por igual conducto, la misma cantidad.

Que cuanto mejor se portase, mas se aumentaria la cantidad regalada.

Y por fin, que respetase como autoridad legítima á la doncella enviada.

Y que ella fuese la única y esclusiva carcelera de la detenida.

D.^a Nicolasa presentó Giacomo á la prisionera y recibió órdenes de este á quien alojó espléndidamente.

¿Ahora bien: por quien sabia Giacomo que Paula se hallaba en poder de D.^a Nicolasa?

Vamos á saberlo.

XI.

Cuando Angiolina encontró á Aroldo frente á frente de Giacomo, suspendiendo ambos ante ella sus odios reconcentrados, el de la cicatriz se dirigió con la falsa infanta á la

casa donde vivia y allí tuviera el siguiente diálogo, del que el italiano no perdió una palabra sola:

- ¡Angiolina! ¿Me guardas mucho rencor?
—¡Te odio mas que nunca!
—¡Y yo te adoro como siempre!
—Insensato!
—¿Cual de ambos es digno de mayor lástima.
—¿Porque dices eso?
—Yo te idolatré.
—¡Ah!
—Y tú, sin embargo, disparaste sobre mi en Metz...
—¡Cierto!
—Me creiste muerto!
—Es verdad!
—Y hoy, resucitado, me presento ante tí...
—¡Maldita sea, pues, esta hora!
—Y en lugar de vengarme...
—¿Porque no lo haces?
—En lugar de vengarme, te abro de nuevo los brazos, perdonándote y amándote más que nunca. porque estoy loco por tí!
—Repito y repetiré mil y mil veces que te abomino!
—Pues bien: escucha.
—¡Nada quiero escuchar.
—Escúchame, Angiolina.
—¡No!
—Va en ello tu posicion!
—Reniego de ella!
—La estimacion del infante tu esposo!
—¡Le odio como á tí!
—Reflexiona, Angiolina, vá tu vida, tal vez!
—Morir por morir, sea al filo de un acero!
—¡Oh! Pero no será así!
—Pues como?
—Maldita, odiada, aborrecida del mundo todo!
—¡Nunca!
—Miserable, escarnecida , humillada!

—Nunca, nunca!

—Así te quiero, erguida, altiva, orgullosa, vengativa!

—Oh! Pero nunca vencida de nuevo por el amor!

—¿No, Angiolina?

—¡No y mil veces no!

—Mírame de rodillas á tus piés.

—Levantaos y salid.

—Así lo haré, señora.

—Gracias al diablo.

—Pero oidme el último consejo.

—Acabad pronto.

—El poder de que me hallo revestido ha determinado cesar de protejerlos...

—¡Enhorabuena!

—La verdadera hija de D. Miguel de Braganza, ese ángel de bondad á quien teníamos prisionera para que no os pudiera desenmascarar, á vos que usais su nombre pero á cuya jóven no hicimos desaparecer de la tierra, por si algun dia vos, faltando á vuestros solemnes juramentos os hicierais indigna de nuestra proteccion, caso que llegó y que os tuvo que castigar el de V*** en la cueva de la casa de la Sella: la verdadera hija, pues, de D. Miguel, á quien libertó una columna liberal, ha vuelto á poder nuestro y la guarda severamente una señora, llamada D.^a Nicolasa parienta de un célebre cabecilla en el pueblo de***.

Talvez hoy mismo sereis envilecida y destituida. Ella será la verdadera esposa de D. Alfonso y la legítima infanta que defendamos. Adios, para siempre, Angiolina!

—Haced cuanto gustéis! ¡Me hallo dispuesta á todo!

—¡Sea! dijo Aroldo.

Giacomo no quiso oír mas y salió de su escondite.

Sabia ya bastante.

XII.

D. Francisco Savalls recibió con toda pompa á su familia en la citada villa de Camprodon.

Por la noche ordenó que se le diera una serenata.



Aquella muger hallábase rodeada de tres vecinas
entremetidas y bachilleras.

Hubo baile, refrescos y vino.

Mucho vino á los voluntarios.

Al dia siguiente, estos supieron y se contaban entre si con profundo asombro una noticia singular.

Un misterio mas.

XIII.

Los infantes acompañados de D. Francisco habían salido del pueblo y de España.

Y habían penetrado en la frontera.

¿Que significaba esto?

¿Que causa había motivado tan grave y trascendental determinación?

Aroldo había quedado en España.

Puntos de venta al por mayor en Barcelona: Pasaje de Montjuich del Obispo, 3, bajos, y Hospital, 19-Tienda.

Los pedidos de Provincias se dirigirán al administrador de esta publicación, Montjuich del Obispo, 3, bajos, Barcelona.

Los números anteriores al presente reparto se hallarán de venta en la calle del Hospital, 19-tienda.

MEMORIA DE BLANCA

A black and white woodcut-style illustration of a woman's face and upper torso. She has dark hair and is wearing a light-colored dress with a dark bow at the neck. A simple circular halo surrounds her head. The background is filled with dense, dark cross-hatching.

REPARTO 15. LOS LUNES Y JUEVES. 2 CUARTOS.



Y el de Aroldo parecía el ángel de las tinieblas derrotado por la mano
de la verdadera justicia.

mano

CAPITULO XII.

Rápida ojeada á multitud de acontecimientos.--Sigue la somera reseña.--Termina la parte militar de nuestra obra.--Proyectos de Aroldo.--Citas estrañas.--Reunion terrible.--Catástrofe inesperada.--D. Martin salva á Paula.

I

Han pasado muchos meses desde los acontecimientos anteriormente narrados.

Los infantes han vuelto á entrar en España, aunque por poco tiempo.

Los carlistas han tomado á Valls el 2 de Octubre, siendo completamente derrotados por el valiente batallon Fijo de Ceuta, al mando del bravo teniente Coronel Picazo.

El hermano del general Baldrich se defendió como un héroe, valiéndose únicamente de proyectiles de mano.

El dia 14 consiguen asimismo reunirse en Borredá, tomando determinaciones que mas tarde habian de producir actos vandálicos y sangrientos.

El 20 es derrotado el batallon cazadores de Reus, muriendo su jefe, el valiente Maturana.

Tristany con 2500 hombres lo derrotó tomádoles un cañon y haciéndoles 150 prisioneros, 20 muertos y 24 heridos.

El 6 de Noviembre atacan las facciones á Cardedeu, defendido solamente por cuarenta voluntarios.

Murieron 12 en la contienda y fueron fusilados 19 cerca del cementerio de San Pedro de Vilamajor.

De estos, tres fueron salvados por Miret.

Justo es decirlo en elogio suyo.

Se resistieron aquellos valientes voluntarios diez y ocho horas en el campanario sin tener más que un poco de pan y no disponiendo de una gota de agua, por no haber podido subirla á causa de la precipitacion del ataque.

El 7 de Enero de 1874 ó sea el siguiente al en que ocurrieron los sucesos anteriormente narrados, atacan las facciones á Vich.

Todos recordamos aquel acto sangriento.

El 3 de Marzo de igual año sufre Vendrell igual suerte, defendiéndose heroicamente los voluntarios, ocasionando pérdidas horribles á los sitiadores.

Una barricada hecha con sacos de harina, frente á casa Escarré, no lejos del convento de madres Escolapias y defendida bravamente por voluntarios, contuvo por largo tiempo á los carlistas dando ocasion á preparar una terrible defensa.

Un muchacho de ocho años se atrevió á resistir solo y un antiguo liberal que habia servido en las filas de los constitucionales durante los siete años de la primera guerra civil, mantuvo en alto grado la resistencia.

Este habia asistido á la accion de San Lorenzo dels Pitets, habiendo guerreado á las órdenes del entonces capitán, D. Juan Prim y Prats.

Los carlistas lograron apoderarse de dos cañones que fueron últimamente rescatados cerca de la Bisbal á cuatro leguas de la citada villa de Vendrell.

Una vez posesionados de la poblacion incendiaron siete casas, saqueando antes todo cuanto contenian, entre ellas una muy bien provista de ropas que sirvieron luego para vestir á las desharrapadas huestes del absolutismo, siendo vendidos los géneros que no les aprovecharon al décimo de su valor en la Bisbal y pueblos de las cercanías y por las mugeres de aquellos villorrios, carlistas casi todos.

Además saquearon otras cinco casas.

Moore y Baró dirigieron el ataque.

Tristany que llegó despues contuvo el furor de sus satélites.

Pernoctaron en aquella villa las facciones.

Cuéntanse un mayor número de escesos que no nos atrevemos á estampar en nuestra verídica publicacion por temor á incurrir en una notable falsedad.

II.

Continuando con la misma rapidez que en el primer párrafo hemos hecho la descripcion de los principales ataques y sorpresas de las facciones á las villas de mayor importancia relativa del suelo catalan para venir á parar al dia en que los infantes abandonaron por vez segunda la tierra española, prosiguiendo así la historia que hemos escrito y dejando para los próximos repartos los acontecimientos más señalados y notables, que han de acabarla dignamente, diremos que el dia 14 del antedicho Enero quedó prisionera de Saballs la columna de Nouvilas.

Cerca de Castellfullit y en terreno muy escabroso, con la roca cortada á pico, pasa la carretera por una hondonada.

Al encontrarse toda la columna en medio de ellas aparecieron los cerros circunvecinos coronadas de carlistas.

Aquello más que un ataque fué una espantosa carnicería.

300 víctimas sucumbieron.

Lo restante de la columna se rindió á discrecion.

Olot, pueblo valeroso que se hallaba decidido á sostenerse á todo trance al conocer la derrota de Nouvilas, se rindió asimismo deponiendo las armas los voluntarios, aunque saliendo el batallon de Manila con armas y á banderas desplegadas por entre las filas carlistas.

Al llegar este batallon á Gerona fué objeto de una inmensa ovacion.

Sin el célebre alcalde Deu, que era el nervio de la defensa, tampoco hubiera resistido mucho tiempo.

Este alcalde fué muy criticado por sus procedimientos, pero conociendo que tenia que habérselas con salvages, quiso hacerles una guerra, digna de ellos.

Es decir, una lucha de esterminio.

Mucho habria que discutir sobre este punto, pero nos abstenemos con prudencia, tanto para no herir dignas susceptibilidades como para no provocar ódios que duermen muy callados.

Y no es esa en verdad nuestra mision.

Tiene un objeto mas noble y mas civilizador.

III.

Terminemos, pues, á grandes rasgos la reseña ó revista de los acontecimientos militares que hemos prometido, ya que la parte privada, digámoslo así, del argumento de nuestra historia está reclamando toda nuestra atencion.

El 3 de Mayo las facciones en número de mas de 7.000 hombres, al mando de D. Alfonso esperaron en las posiciones del Grau y Prats de Llusanés el regreso de las columnas mandadas por los brigadieres Estevan y Cirlot, procedentes de Berga, cuya guarnicion habian relevado.

Miret fué herido en un brazo.

El cura Galcerán en un costado.

El 27, Saballs con 2.500 hombres y 170 caballos trató de sorprender á Figueras, pero siendo descubierto por un carabinero, que dió aviso al castillo con grave esposicion de su vida, tuvo que contentarse con cañonear la villa, que se defendió con bravura y lealtad, obligando al cabecilla á retroceder cobardemente.

A últimos de mes los infantes pasaron á Ripoll donde habia reunidos varios cabecillas entre ellos, Huguet, Muxí, Tristany, Miret y hubo solemne besamanos que renunciamos á describir.

Pidió despues Donya Blanca voluntarios realistas que la siguieran en su escursion al Maestrazgo ofreciéndose tan solo algunos zuavos.

Siguió la marcha despues de haber paseado soberbiamente sus miradas por los balcones de Vich todos llenos de colgaduras é iluminados profusamente, pasando por Prats, Avia, Gironella, Solsona, Balaguer, descendiendo despues segun el curso del Segre y atravesando el Ebro por Flix.

Cucala al saberlo mandó fijar los siguientes mandos.

Yo, el manador machor del Maestrazgo, mano á tots los llauraors y llauraores, ricks y pobres, del exercit del centro que fassin lluminaries pels carrers porque arriba la principa Donya Blanca en companyia del seu marit Alfonso.

Per tant posareu cobrellits y llansols a les finestres y fareu rams de cert.

Vostre Cheneral,

CUCALA.

Los llauoreors y llauoreores que se permeten insultar á la principa serán afusellats.

Los campaners que repicant no trenquen les campanes serán afusellats.

CUCALA.

El 4 de junio las columnas del bravo Despujols y del no menos valiente Delatre desalojaron de Gandesa á las fuerzas carlistas de Segarra, Vallés, Panera y Polo, causándoles numerosas pérdidas y obligando á los infantes á escapar á uña de caballo, como suele decirse.

A primeros de Julio las facciones de Cataluña atraviesan por una nueva crisis.

Al intentar D. Alfonso marcharse al Maestrazgo, deseó por lo que más tarde verán los curiosos lectores, que le acompañase Tristany.

Este se negó por razones fáciles de comprender y fué des-
terrado á Francia.

Sustituyóle en el mando Lizárraga, que fué nombrado por
el pretendiente Don Carlos.

A los pocos dias hizo su entrada en Cataluña, por el pue-
blo de Camprodon.

El despecho de Saballs no tuvo límites.

Mil ideas de venganza y rencor acudieron á su conturba-
da mente.

La desmoralizacion de las fuerzas carlistas aumentaba
cada dia escandalosamente.

Las presentaciones á indulto menudeaban.

El feroz cabecilla presentia su trágico desenlace á sus
aventuras.

Así es que aquello y esto, lograron decidirle á partir.

Pidió, pues, licencia para internarse en Francia.

Pero no logró el permiso.

Y creció naturalmente su rencor y su visible descontento.

Miret entretanto se hallaba en Igualada.

Y era ya poseedor de las famosas cartas que mediante la
recomendacion de D. Francisco, le habían sido enviadas por
el de Flix, á quien todos los suyos engañaban como á un
chico de la escuela.

Por fin, el 12, **ataca Saballs** á la invicta villa de Puigcerdá
con 1500 hombres.

Le desmontan los sitiados un cañon, á los primeros dis-
paros, y se retira.

Y el 19 del mes en que narrando vamos, enfurecido por
tanta y tan sucesiva contrariedad, desahoga el cruel guerri-
rillero su ódio y su veneno por tanto tiempo comprimidos
haciendo fusilar en Vallfogona á doscientos cinco infelices
Prisioneros de entre los que conservaba hechos á la colum-
na de Nouvilas.

¡Que la sangre de aquellas víctimas leales, cáiga sobre su
vil cabeza!

No relataremos minuciosamente ni una siquiera de las
sangrientas escenas ocurridas en el ataque de Cuenca, ni en

muchas de las varias acciones que los infantes dirigieron mientras su estancia en el centro.

Sobre no ser de nuestra incumbencia, por habernos fijado exclusivamente en sus hazañas durante su permanencia en Cataluña, falta espacio á nuestra narracion y hemos de concluir el relato interesante que comenzado tenemos de varios



A una seña del de la sicatriz tomaron todos asiento excepto Paula.

hechos aislados, pero muy dignos de ser conocidos, que atañen á los infantes y á los personajes que presentados tenemos en escena.

Hechos, por otra parte, cuya narracion acabará muy pronto, coincidiendo con la entrada en Francia de Doña Blanca y D. Alfonso, la muerte histórica de algunos personajes que tal vez hayan conseguido interesar grandemente á nuestros lectores, y abandonando á sus futuros crímenes y hazañas á los demás que para desdicha de la pobre España corren

aun por la montaña catalana siendo el espanto y la muerte de sus antes tranquilos moradores.

IV.

Aroldo, por un misterio comprensible en su carácter había desaparecido después del juramento de amor arrancado á Doña Blanca.



Los voluntarios habían rociado la casa con petróleo.

Hemos de recordar á nuestros lectores que el tal hombre de la cicatriz en su entrevista con el de U***, había prometido solemnemente la muerte de D. Martin, y la de Giacomo.

Y sobre todo la de Paula.

Esta era la que más singularmente le convenia.

Pero precisamente era esta la que mas lejos se hallaba de sus garras.

Giacomo la vigilaba atentamente.

Y el disfraz de muger que le encubria, servia admirablemente sus planes.

El de la cicatriz, deseando á toda costa vengarse cruel y despiadadamente de Angiolina, determinó, con el mismo disfraz de que se habia servido para sorprender al de los monosílabos en la lectura del famoso libro de memorias, reunir en la casa donde sabia se hallaba prisionera la infortunada Páula á casi todos los actores que han tomado parte y siguen tomándola en esta trágica, y, en verdad, desconsoladora historia.

Para ello y valiéndose de emisarios leales, citó para la casa de Doña Nicolasa donde sabemos que se encontraban Paula y Giacomo, aquella muy alegre y esperanzada al ver á su lado á un amigo leal y este esperando una ocasion oportuna para vadirse con la prisionera, citó, decimos, á las siguientes personas:

V.

A Miret que se estaba curando de su última herida.

Para este se sirvió de una seña especial entre ciertos aliados á una secta que no es del caso nombrar en este libro ni conviene á nuestra relacion.

A Saballs, si posible le era.

Al de U*** que hacia algun tiempo parecia retraido y con razon de figurar como actor en los sucesos que refiriendo estamos.

Al de Flix que continuaba merodeando por el campo de Tarragona.

Y por último al engañado marido de Angiolina.

Miret acudió á la reunion solicitada.

Don Francisco se escusó con la guerra que le retenia en

parages lejanos, pues por aquellos días intentaba el ataque á Figueras.

El de U*** envió una comunicacion diciendo que desde la conferencia del bosque habia decidido partir para el Norte, dejando de tomar parte en todos los sangrientos episodios de Cataluña.

Y en efecto, á los pocos días salió para las Vascongadas.

Gracias á Dios, ya no nos encontraremos mas con él en este libro.

El de Flix hizo oídos de mercader.

Tambien respiramos satisfechos, enviándole nuestra despedida.

Finalmente, al infante no le fué posible acudir, aunque lo sintió profundamente, pues deseaba con toda su alma, poner un término á las dudas que le asaltaban y á las sospechas, y casi certitudes que no le abandonaban nunca haciendo de su vida un cruel suplicio.

VI.

Llegó el día señalado.

Doña Nicolasa se puso los trapitos de cristiana.

Giacomo se caracterizó mejor, por decirlo así, logrando trasfigurarse de tal modo que ninguno de los concurrentes, enemigos terribles suyos, pudo reconocer en aquella tímida mozueta al valiente italiano.

Paula no sabia si temblar ó dejarse seducir por la sonrisa de la esperanza que la brindaba alegre un porvenir halagüeño.

Aroldo llegó por fin.

Pocos minutos despues que él, presentóse el cabecilla Don Martin.

A una seña del de la cicatriz, tomaron todos asiento, excepto Paula.

Por indicacion de Aroldo se retiró á una habitacion inmediata.

—Las cosas van llegando á un punto en nuestro partido, exclamó el amo del hombre de los monosílabos, que es ya preciso tomar una determinacion decisiva!

—¿Y á qué se debe el mal giro de nuestros asuntos? dijo bruscamente Miret.

—Escusado parece decirlo.

—Pues yo no lo veo claro.

—Ni yo! refunfuñó Doña Nicolasa.

—Ni yo tampoco, murmuró Giacomo.

—Voy á esplicarme con toda claridad.

—Veamos.

—La intervencion de una muger fatal en la guerra de Cataluña, me ha revelado hace ya tiempo, nuestra destruccion y nuestro esterminio

—¿Aludís á la infanta?

—No digais la infanta, Sr. Don Martin.

—Pues quién es?

—Vos lo sabeis mejor que yo.

—Tal vez no.

—¿Iguorais acaso quien es Angiolina, cuales son sus antecedentes y su historia y el mal que produce á nuestra causa?

—Sé que no es la hija de D. Miguel, en efecto.

—¿Y que mas quereis saber?

—Quiero poseer las pruebas.

—Tomad.

—¿Qué es esto?

—El documento que identifica la persona augusta, hija de Braganza en la desdichada prisionera, en la infeliz Paula.

—Verdad es.

—Las cartas de Angiolina.

—Cierto.

—Otra carta dirigida á un tal Giacomo.

—En efecto...

Y en este libro de memorias, dijo tímidamente Giácomo que un campesino se encontró en el fondo del bosque y que entregó ayer.

—¡Dios mio! Cuanta prueba!

—Todas son muy necesarias!

Y el documento, las cartas y el libro fueron á parar á manos de Miret que inadvertidamente tal vez los guardó en un bolsillo de su pantalon.

—Todos esos papeles, siguió diciendo Aroldo, que tantas manos han corrido, tantos sustos han dado y tantos ódios han levantado, servirán hoy para ejecutar el acto mas grande de justicia que nuestro partido debe tributar á un ángel que gime bajo la opresion de tiránicos engaños!

—¿Aludís á Paula, no es cierto?

—Aludo á la verdadera infanta, que es ella.

—¿Y que hay, pues, que hacer?

—Mañana será presentada por nosotros al infante: las pruebas de su rango le serán asimismos entregadas, y al par que se verifique la santa union que todos deseamos, si así es gusto del infante y de ella, conseguiremos desenmascarar por completo á la traidora Angiolina y hundirla en el polvo de donde ha salido ó cortar su villana existencia, si así lo determina el fallo del tribunal que llegemos á constituir.

—¡Así me place! dijo Giacomo sin levantar los ojos del suelo y siempre fingiendo admirablemente la voz!

—Sea, pues, así! dijo, aunque no muy satisfecha, D.^a Nicolasa.

—¡No me fio de vosotros! pensó Miret, aunque aparentemente hizo con la cabeza una señal de asentimiento.

—Id á buscar á la augusta señora.

Miret se dirigió al cuarto donde Paula esperaba.

VII.

En aquel momento comenzó una escena horrible.

Gritos y alaridos, sollozos y blasfemias mezclados en horrible confusión dejaron oírse por toda la casa.

Ladridos angustiosos de perros.

Y fuera, en el pueblo, una vocería inmensa que aplaudía y chillaba frenéticamente.

¿Qué ocurría?

Que la casa estaba ardiendo.

La insubordinación creciente en las filas carlistas había inspirado odio en los corazones de la tropa absolutista, cansada de engaños y misterios de sus gefes, contra las personas precisamente, excepción de una ellas, que en el edificio se albergaban en aquel momento.

Los que debían guardarles las espaldas, fueron precisamente los que se convirtieron en sus verdugos.

Los voluntarios borrachos y escitados habían rociado la casa con petróleo, habían tapiado puertas y ventanas con trapos y maderas resinosas y luego habían prendido fuego á todo.

Las llamas comenzaron á devorar el edificio.

¡Figúrense nuestros lectores el espanto que se apoderaría de todos los personajes de quienes acabamos de hablar!

Cuando al intentar asomarse á las ventanas vieron que ya por ellas era imposible la huida, antes bien mayor el peligro: cuando oyeron los gritos salvajes de venganza y furor de los soldados, á quienes ninguna voz simpática podía contener en su obra de esterminio, el ángel terrible de la muerte se les apareció vengador y espantoso.

Había sonado para todos la hora de dar cuenta al Dios justo de sus crímenes innumerables.

Aroldo de satánico y sombrío que era, se volvió humilde, cobarde y lloroso como la muger mas débil.

Arrodillábase, suplicaba, gemia, imploraba, prometia...

¡Gasto inútil de palabras!

¡Lágrimas tardías!

¡Arrepentimiento vano y nada sincero, por otra parte!

Giacomo, en cambio, sin acordarse ya para nada del trage que vestía, intentó poderosos esfuerzos para salvar aquella horrorosa situación.

Aroldo le reconoció con terror.

Doña Nicolasa se habia verdaderamente desmayado.

Unas cinco horas tardó en quemarse por completo la casa.

Al reconocer sus tizones, los habitantes de la poblacion encontraron tres cadáveres completamente carbonizados.

El de Giacomo que ni forma de cuerpo humano tenia.

El de Doña Nicolasa.

Y El de Aroldo que parecia entonces mejor que nunca al angel de las tinieblas derrotado por la mano de la verdadera justicia.

Aquella vez estaba bien muerto.

Aquella vez, como el *Tossut*, habia sido de veras!

VIII.

Los aldeanos que horrorizados salieron del pueblo á contar el hecho por las aldeas vecinas, encontraron á una media legua de la suya á las partidas que habian cometido aquel acto, mas alegres y alborozadas que nunca.

Al frente de ellas marchaba á caballo un cabecilla llevando á la grupa una muger.

Eran Miret y Paula.

Miret que al comenzar el incendio se habia dejado ver por

los suyos que le proporcionaron facil salida asi como á aquella muger angelical.

Miret que poseedor, como sabemos de todos los documentos necesarios, partia en busca del infante para hacer justicia á Paula y á Angiolina!

¡Oh! traidora y vil muger! Tu castigo no está lejos!



Miret salvando á Paula del incendio.

Puntos de venta al por mayor en Barcelona: Pasaje de Montjuich del Obispo, 3, bajos, y Hospital, 19-Tienda.

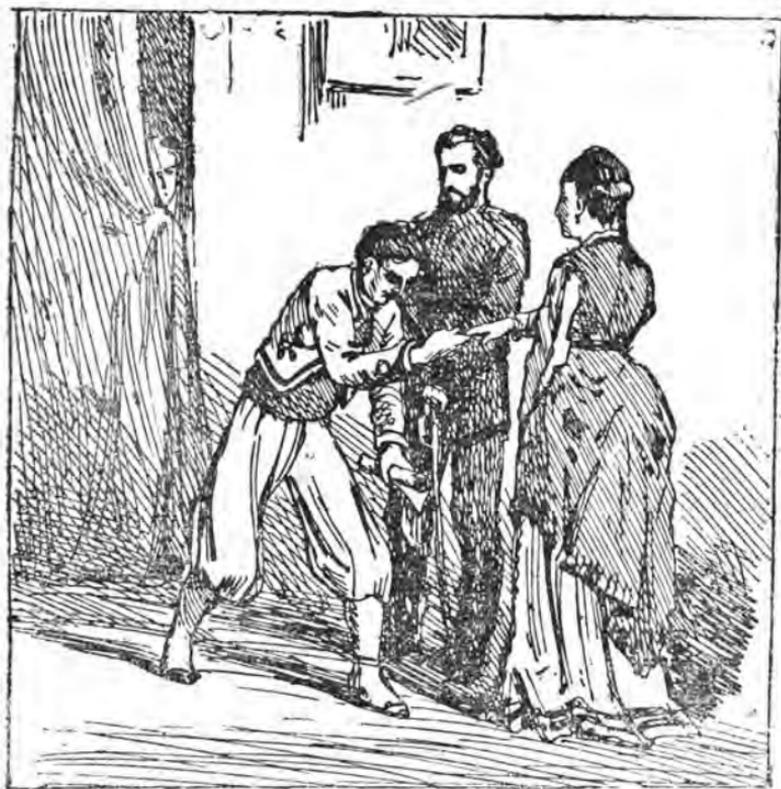
Los pedidos de Provincias se dirigirán al administrador de esta publicación, Montjuich del Obispo, 3, bajos, Barcelona.

Los números anteriores al presente reparto se hallarán de venta en la calle del Hospital, 19-tienda.

MEMORIA DE DA BLANCA



DEPARTO 14. LOS LUNES Y JUEVES. 2 CUARTOS.



Luego se inclinó, tomó una mano de Paula y la besó con amoroso respeto.

CAPÍTULO XIII.

D. Alfonso toma por fin una determinación.—La señal encontrada en el brazo derecho de la mujer traidora.—Muerte de Angiolina ***.—Reconocimiento de la verdadera infanta.—Justo regocijo.—Consejos caritativos.—Regreso á Francia.

1.

Entretanto, el bueno del infante hallábase como siempre en una situación desesperada.

Sus dudas tomaban ya cuerpo de verdades.

Impedido, como es lógico comprender, para intentar un nuevo suicidio, que colocándole en una situación ya verdaderamente ridícula, le impediría llevar á cabo los proyectos que fraguados tenia para ayudar á su hermano el pretendiente en la lucha sangrienta que ha emprendido, no sabia, en realidad que giro dar á sus pensamientos, ni que solución á las ideas de venganza que sus celos le inspiraban.

Habia leído y releído pruebas palpables contra la virtud de Doña Blanca, su esposa.

Se habia enterado hasta la saciedad de los documentos, é copia exacta de ellos donde se probaba la ilegitimidad del título de princesa, así como la de su casamiento que como en *Eugénie* del inmortal *Beaumarchais* habia sido celebrado por cuatro pillos en sacrílega connivencia.

Pero al hermano de Don Carlos le faltaba resolución.

Y lo que otro cualquiera, dotado de más vigor y energía, hubiera llevado á cabo en un segundo de rápida meditación, él lo rumiaba, digámoslo así, durante días enteros, al cabo de los cuales, quedaba de igual modo perplejo é irresoluto.

Es seguro que de nuevo hubiera sido engañado por la sagacidad, astucia y mala intencion de Angiolina, si, esta ignorando la muerte de Arede y temiéndolo todo de él, y comenzando por ende á tejerle más artificiosos lazos y amorosas cadenas, no hubiese sido sorprendida por la brusca aparicion de D. Martin Miret que acompañaba respetuoso á la bella y desventurada Paula.

Solicitó el cabecilla una audiencia del infante, que al punto mismo fué concedida.

Y presentáronse á él, la ex-prisionera y el ex-seminarista. Angiolina lo escuchaba todo, escondida.

II.

—Señor, dijo Miret al presentarse: el asunto que me trae á vos, es grave en demasía....!

—Esplicáte Miret.

—Quisiera evitar rodeos.

—No menos lo deseo.

—En ese caso, dignaos pasar vuestra vista por esos documentos.

—¿Quién es esta señora?

—Por ellos lo sabréis.

—¿Y qué es esto? Un pliego...

—Un paquete de cartas y un libro de memorias.

—¡Ah!

Despues de prorrumpir en esta exclamacion, el infante tomó asiento en su sillón no sin mirar antes con muchísima

atención á Paula, cuyo exacto parecido con Angiolina, se lo revelaba todo, le esplicaba el tenebroso misterio en una sola y purísima mirada de aquellos ojos de ángel.

Poco tiempo empleó el infante en la lectura de los documentos de sobra conocidos de nuestros lectores.

Pero no perdió ni una sola letra de ellos.

Cuando hubo terminado la lectura, se levantó solemnemente y dijo con pausado acento, aunque con voz conmovedora:

—Con qué, es decir que vos, señora...

—Soy la hija de D. Miguel de Braganza, Maria de las Nieves...

—Ah! Perdonadme, señora, si una fatal equivocacion por parte mia ha podido causaros tanto daño...

—Comprendo que soy inocente..!

—Y la semejanza de vuestro rostro con el de esa infame muger debe haceros comprender asimismo el amor que vive y alienta en mi corazón. Comprendo, aunque demasiado tarde, que un lazo, inútil y nulo por lo sacrílego, me une á esa vil traidora: si vos, pues, consentís, Doña Maria, seréis mi esposa ante Dios y ante los hombres: lo reclaman así mi alma enamorada y la conveniencia política que siempre lo ha aconsejado.

Breve silencio siguió á estas palabras.

—¿Consentís, señora? añadió el infante.

—Salvo ligeras condiciones.

—Que estoy dispuesto á admitir terminó diciendo D. Alfonso.

Luego se inclinó, tomó una mano de Paula ó sea de Doña Maria de las Nieves y la besó con amoroso respeto.

—En cuanto á esa infame... repuso luego.

—Serenísimo Señor, con vuestro permiso, corre la tal muger de cuenta mia.

—¡Y los que intervinieron en el sacrílego matrimonio?

Ya á estas horas habrá dado cuenta á Dios de sus pecados y crímenes espantosos!

—¡Como! ¡Qué decís!

—Hace tres días, perecieron abrasados, por haberse incendiado la casa donde se reunían en el pueblo de ***

—¡Dios es justo!

—Así pues, señor, si dejais á mi cargo el merecido castigo de Angiolina que como sabeis, ese es el verdadero nombre de la muger asquerosa que ha estado á punto de precipitaros en el lodo de la infamia, yo os juro que será terrible y cruel, aunque digno y aun escaso para sus merecimientos.

—Haced de ella lo que gustéis.

—Gracias, señor.

—Ni verla quiero.

Yo pido su perdón. Tal vez algún día un sincero arrepentimiento...

—Todo menos eso, María.

—Pero observad...

—¡En vano es que insistais. Pedidme, y hoy con mayor motivo cuanto se os antoje, menos el perdón de esa criminal.

—Voy á buscarla, señor, dijo Miret, y perdón no habrá en verdad para ella, pero antes...

—¿Por qué te detienes?

—Es que...

—Prosigue sin cuidado alguno.

—Es necesario probar una vez más que es la llamada Angiolina y de ninguna manera la augusta hija de D. Miguel.

—Harto me lo han probado los documentos que en la mano conservo.

—Sí: pero...

—Pero qué?

—Falta una prueba mas.

—Díla al punto.

—Recordad que en uno de esos papeles se cita la señal que en el brazo derecho de Angiolina fué hecha en la noche de *** despues de cometido el horroroso asesinato que espantó á la Italia entera.

—Cierto es.

—Pues bien: voy á buscar á esa muger..!

—No es necesario...

—Dispensadme que insista de ese modo.

—Te repito...

—¡Dejad tranquila á mi conciencia!

—¿Qué deseas, pues?

—Voy al punto mismo en busca de Angielina.

—¡Oh! ¡Traerla aquí!

—Siento repetiros que es preciso.

—Sea!

—Veremos todos esa marca infame...

—Y despues...

—¡Despues que Dios tenga piedad de su alma!

Dicho esto, salió Miret en busca de la falsa Doña Maria.

Sabia de sobras donde se hallaba.

Habia visto brillar un ojo iracundo y vengativo á través del tabique que separaba el cuarto donde la escena antes referida tuvo lugar, en un gabinete oscuro.

Entró pues, con ademán resuelto.

Angielina se hallaba tendida en el suelo, víctima de un horrible ataque de nervios.

Miret logró hacerla volver en sí.

Entonces ella se abalanzó á la garganta de su antiguo amante.

Pero sus fuerzas, eran, como fácilmente ha de suponerse, muy inferiores á las de D. Martin.

Éste, por lo tanto logró dominarla enseguida.

Y arrastrándola con ímpetu febril hasta el cuarto donde Don Alfonso y Doña Maria se hallaban, la arrojó desdeñosa y enérgicamente en medio de la habitacion.

Las miradas de Angielina, parecian las de una loca.

Doña Maria se cubria el rostro con las manos.

Lloraba, conmovidísima.

—Aquella muger, que tanto daño la habia hecho, lograba entonces escitar poderosamente su piedad.

El infante la contempló aterrado.

Miret, al punto, sin cesar en su propósito decidido se arrojó de nuevo sobre ella y desgarrando violentamente el

cuerpo de su vestido, dejó al descubierto la parte superior del mórvido brazo.

Sobre él grabadas á fuego se veían dos iniciales:

A. F.

y debajo, un puñal cruzado con una tea.

El asombro del infante fué doble.

Era la primera vez que veía el hermoso brazo de la que había pretendido hacerse su esposa.

Y por primera vez le veía en toda su *horrible* desnudez.

La repugnancia de Angiolina á desnudárselo en la intimidad de las caricias conyugales, había sido la primera sospecha que había incendiado su alma en el terrible fuego de los celos.

Una vez verificada la última y solemne prueba, Angiolina que se retorcia en horrible convulsión, aunque sin preferir palabra alguna, fué sacada de la habitación por cuatro voluntarios, á las órdenes de D. Martín y conducida al sitio que él, en voz baja, les indicó.

Doña María continuaba llorando.

Don Alfonso tardó mucho en reponerse de la emoción que aquella horrible escena le había causado.

III.

Cuando Angiolina conducida por los cuatro hombres, á quienes hemos visto apoderarse de ella en la habitación del infante, fué depositada en el sitio designado misteriosamente por Miret, sufrió una tremenda crisis que á haber tenido mortal resolución la hubiera librado de un suplicio infame que no tardó muchas horas en sufrir.

En efecto, á eso de las cuatro de la tarde, bajaron los mismos hombres á buscarla á la prisión que incidentalmente se le había destinado.

Ella, comprendiendo su situación, se resistió primeramente á seguirles.

Pero contra la fuerza no hay resistencia posible.

La maniataron y la condujeron á una habitación lúgubre y sombríamente amueblada.

Una imágen de Cristo, alumbrada por cuatro cirios sobre una mesa enlutada: este era en realidad todo el mueblage.



Al día siguiente los infantes dejaron la tierra española.

Un sacerdote la esperaba allí.

Con palabras suaves y conmovedoras, con frases de afecto y de paciencia, con la sublime elocuencia que la religión cristiana emplea para convencer á los corazones mas duros y empedernidos en el crimen, aquel buen pastor de almas, aquel excelente misionero, aquel buen sacerdote logró ha-

cer vibrar en el alma de la criminal Angiolina una de las cuerdas mas sensibles del corazon humano. Hasta de rodillas la rogaba el cura.

Aquella criatura, se arrojó á los piés de su confesor.



Niño que se distinguló sobremanera en la defensa del Vendrell.

Lloró ante el divino Cristo.

Y por fin hizo una confesion general y circunstanciada de todas sus falsedades y delitos.

De todos sus crímenes horrosos.

A las cuatro horas, salía el buen cura de aquella casa.

No tardó en llegar á ella una fuerte escolta.

No la mandaba D. Martin Miret.

Un oscuro comandante era el encargado de la ejecucion.

Sacaron á la prisionera de su improvisada capilla.

Por las calles mas solitarias del pueblo la llevaron al campo.

Y una vez llegados al sitio donde el suplicio debia verificarse, se formó un reducido cuadro, poniendo á la muger junto á unas tapias recién-construidas.

Abundante llanto brotó entonces de sus ojos.

Imploró al jefe que mandaba el piquete un corto momento para recogerse y orar por última vez en la tierra.

Y así lo hizo, y mientras sus labios murmuraban contritas oraciones, no dejaban de destilar sus ojos abundante lluvia de calientes lágrimas.

Por fin el jefe se impacientó.

Hizo seña á Angiolina de que se dispusiera á morir.

Después, le vendó él mismo los ojos.

Y colocada de rodillas, de espaldas al piquete que debia disparar sobre ella, cruzó sus manos sobre el pecho, y esperó...

Sonó una descarga.

La sentenciada abrió sus brazos y cayó al suelo.

Después, la fuerza misma de la agonía la hizo incorporarse.

Dió un pequeño, horrible salto...

Y volvió á caer, chocando su espalda contra la tierra.

Pero la infeliz aun se movia.

Entonces, el jefe de aquellos hombres, se acercó á la moribunda y le disparó su revolver en su oido.

Ella lanzó el último suspiro.

—¡Muera Angiolina! dijeron entonces á voz en grito los hediondos carlistas.

—¡Viva D.^a Maria de las Nieves! exclamó con voz robusta, estentórea su comandante.

—¡Viva! contestaron todos entusiasmados.

Y un oficial á caballo llegó entonces al sitio de la ejecución.

Era un edecan del infante, que á ruegos de Paula, había concedido el perdon de la desdichada Angiolina.

Ya no era tiempo.

Cuando el ayudante se enteró, volvió grupas al caballo y se alejó á todo escape de aquel lugar.

Al poco rato hicieron lo propio los carlistas.

El cadáver quedó abandonado.

Unas personas piadosas lo recogieron á las pocas horas dándole sepultura en el cercano cementerio.

IV.

Al dia siguiente Paula ó sea Doña Maria de la Nieves, ó Doña Blanca, como queramos llamarla, pues bajo todos esos nombres hoy se la conoce, celebró solemnemente su enlace con el infante, uniéndolos el mismo ejemplar sacerdote que ayudó á bien morir á Angiolina.

Pocas horas despues tuvo lugar el reconocimiento oficial de la verdadera infanta.

Todos admiraban su casta hermosura.

El infante estaba gozoso.

Todas sus inquietudes habían realmente desaparecido.

Su dicha aparecióle ya radiante.

Presentia un porvenir de ventura.

Y solo le amargaba la idea de tener que sostener la guerra civil segun las órdenes de su hermano D. Carlos.

V.

Hubo en las facciones de Cataluña con motivo de tan singulares acontecimientos muchos días de regocijo.

Miret tomó parte, siendo victoreado por todos.

En cuanto á Saballs no las tenia todas consigo.

El tigre feroz, que ni calificativo alguno de hombre merece, temia que estuviera cercano el día en que se tratase de ajustársele las cuentas pendientes.

Por eso, procuraba alejarse, en cuanto podia de las varias y obligadas residencias de los infantes.

VI.

A los pocos días de los sucesos que hemos relatado, decia Doña Blanca á su idolatrado esposo:

—Alfonso, un favor hé de pedirte.

—Habla, Maria.

—Es que es un favor muy grande.

—No importa.

—Tal vez un sacrificio penoso.

—¿Qué no haré yo por tí?

—¿De veras?

—¿Qué no mereces tú, ángel mio?

—Pues bien, voy á decírtelo.

—Sí: dímelo sin cuidado alguno.

—Pero; ¿me lo otorgarás?

—Si está en mi mano, cuéntalo por concedido.

—¿En tu mano?... ¡de fijo!

- Pero... por Dios... satisface mi curiosidad.
—Escúchame.
—Oigo atento.
—¿Por qué no abandonamos á España?



Hasta de rodillas le rogaba el cura.

- ¿Qué he oído?
—¿Te asombra?
—¿Y era eso lo que tenias que pedirme?
—Si, esposo mio.
El infante tardó algunos minutos en contestar. Luego,

lanzando un fuerte suspiro, repuse, fijándome atentamente en Doña Maria de las Nieves:

—¿Y qué motivos te impulsan á pedirme favor semejante?

—¿Son acaso pocos motivos los que todos los días presenciarnos?

—Explícate mejor.

—Debieras entenderme.

—No obstante...

—Escenas de sangre y de luto por todas partes...

—¿Y bien?

—¿Crees acaso, que si un día triunfásemos, podrian ser parciales y súbditos nuestros, los industriales empobrecidos, los agricultores hambrientos y los comerciantes arruinados y todos por causa nuestra?

—Pero has de reparar...

—Yo no reparo sino en que nuestros partidarios por imbeciles los unos, por crueles y sanguinarios los más, en vez de trabajar por nuestra causa, la desacreditan lastimosamente y hacen imposible el triunfo que en otros dias seguro creisteis.

—Cierto es todo eso, mas...

—Nada: no hay inconveniente que oponer á mis palabras.

—Maria... ya...

—Deja que tu hermano se deje conducir por odiosos consejeros.

—Y si luego...

—Está otorgado ¿verdad?

—Si.

—¡Oh! Al fin he podido convencerte. No puedes figurarte la alegría que hoy recibo. Mañana saldremos para Francia.

—Dispon, pues, lo necesario.

—¡Gracias; mil gracias, esposo mio!

Doña Maria abrazó tiernamente á D. Alfonso.

VII.

Al día siguiente por la mañana los infantes dejaban la tierra española.

Aquí en donde tanto entusiasmo y veneración hallaron á su llegada ahora la indiferencia y no más que la indiferencia les acompañaba.

Doña María de las Nieves marchaba tranquila, casi alegre.

Don Alfonso triste y pensativo.

Regresaban á Francia, por el mismo camino precisamente que antes había seguido el hermano de D. Carlos en compañía de la traidora Angiolina.

Escusado parece pintar el efecto que este inesperado y trascendental viaje produjo en las filas carlistas.

Miret sobre todo no sabía qué pensar

Cuando oficialmente lo supo, temió y con motivo un misterio más.

Y en pos de él, alguna grave complicación.

Algun suceso nuevo y trascendentalísimo para la causa que con tanta incredulidad como valor defiende, según ya hemos tenido ocasión de observar en algunos capítulos precedentes.

Los infantes además no lo extrañaba en gran manera y no se habían despedido de él.

Ni siquiera le habían dejado un recado de atención.

Esto llegó á exasperarle.

Y hasta llegó á enfurecerse, víctima como siempre de su genio indómito.

Pero á los pocos días se calmó por completo.

Recibió una carta.

Escusamos pintar las emociones por qué pasaría el alma de Miret al ver en sus manos aquella carta.

Perplejo no sabia determinarse á abrirla temiendo descifrar algun otro enigma.

Por fin rompió el sobre.

Temblaba como un azogado.

Que contendria aquella carta.

.....

La firmaba la infanta Doña Maria.



Y logró hacer vibrar el alma de aquella criatura.

Puntos de venta al por mayor en Barcelona: Pasaje de Montjuich del Obispo, 3, bajos, y Hospital, 19-Tienda.

Los pedidos de Provincias se dirigirán al administrador de esta publicación, Montjuich del Obispo, 3, bajos, Barcelona.

Los números anteriores al presente reparto se hallarán de venta en la calle del Hospital, 19-tienda.

MEMORIA DE DOÑA BLANCA



REPARTO 15. LOS LUNES Y JUEVES. 2 CUARTOS.



Doña Blanca, obedeciéndole, empezó á leer lo que sigue.

CAPITULO XIV.

Los infantes en Francia.—Memorias de la fusilada.—Sus primeros años.—Aventura misteriosa.—Precocidad.—Mal corazón.—Primer amor.—Diálogo sorprendido á altas horas de la noche.—Rapto y escándalo.—El teniente de zuavos.—Miseria y libertinage.—La vieja sin dientes.—Descaro y osadía.—Hallazgo fatal.—Comentarios de los infantes.

1.

Una vez ya en Bayona los infantes, Doña María, por consejo de su esposo, ocupóse con preferencia á todo, en escribir una larga epístola al cabecilla Miret, al famoso ex-seminarista generoso algunas veces, sanguinario las más.

Al fin de la obra, daremos á conocer dicha carta á nuestros lectores.

Remitida que fué á su destino, tuvo Don Alfonso curiosidad de conocer lo que el famoso libro de memorias de Angiolina contenía, y rogó á su esposa que comenzase su lectura en alta voz.

Doña Blanca, obediéndole, empezó á leer lo que sigue:

II.

MIS MEMORIAS.

ANGIOLINA F*****

*Acudo á la verdad desnuda
para reseñar la mentira triunfante.*

A.

«A tí, oh sombra ensangrentada del mas terrible personaje que este siglo ha creado!»

«A tí, víctima ilustre de un odio gigantesco, fantasma espantosa de mis sueños, delirio constante de mi imaginación calenturienta!»

«A tí, el mas vil de los hombres y la mas triste de las víctimas!»

«A tí, mi pesadilla, á tí mi agonía, á tí mi suplicio, dedico las páginas de este libro escrito por la misma mano que hundió el puñal alevé en tu pecho desnudo!»

«No imploro en mi dedicatoria tu perdon, no busco en estas revelaciones la piedad que nunca de nadie he solicitado ni á nadie he de pedir; quiero, antes bien, revolcarme en la sangre que mana aun de tu ancha herida, con la misma voluptuosidad con que el tigre lame los rojos huesos de su presa, restos asquerosos de su repugnante banquete!»

«Gozo con la ferocidad de tu recuerdo, y recordarte quiero, por ello, á todas horas!»

«A tí pues, dedicado va este libro, prosigue, en tí estoy siempre pensando».

III

«Poco importa al que me lea, si alguno ha de leer este libro, que no lo ansío, saber cual fué el lugar de mi nacimiento, el nombre de mis padres, ni la calidad de mi apellido».

«No me bautizaron con el que firmo, ni es tampoco el de mis padres el que á continuacion inicio con una sola letra».

«Italiana soy y sangre de fuego corrió por mis venas desde el dia en que al mundo me echaron».

Entregóseme al cuidado de una pobre muger de la campiña de Roma, pues mi madre no pudo consentir en modo alguno que mi lactancia ajase su célebre hermosura y á mi padre preocupábanle en demasía altos y trascendentales negocios, para que pudiera dedicar una hora tan solo al dia, para hacer una caricia al ser que, segun su frase, en mal hora habia nacido».

En cambio prodigaba caricias de otro género».

La pobre aldeana que se encargó de darme la vida en la leche de sus pechos, me cobró el apasionado cariño que suele distinguir á esas infelices madres de alquiler, cariño que, á juicio mio, es una solemnísima protesta contra el abandono de las verdaderas madres, abandono que si no es justificado por razones de salud, no tiene perdon ni aun de las fieras como yo».

IV.

No recuerdo por qué motivo, el marido de mi nodriza tuvo que ausentarse de la aldea donde fuí criada.

Tenia yo apenas cuatro años.

Poco puede ayudar mi memoria á la aventura que voy á relatar y mi corta edad lo justifica, pero los hombres que luego han hecho de mi su brazo vengador, me lo han contado detalladamente y la verdad está en su puesto.

Hallábame yo sola en casa.

Mi nodriza habia salido á comprar no se qué.

La noche habia cerrado completamente.

Como la puerta de la casa se hallaba abierta, entraron fácilmente cuatro hombres enmascarados que violentamente se apoderaron de mí:

Me sacaron, usando de gran cautela á la calle donde esperaba un coche herméticamente cerrado.

Introdujéronse en él todos llevándome en brazos y cerrando la portezuela, se dió en voz baja la orden al cochero para que partiese á todo escape.

Muchos dias duró el viage.

Al cabo de ellos, llegamos á una ciudad populosa y magnífica.

En Milan.

Aquellos hombres cuyo gefe era conocido por el nombre de Aroldo, aunque no era este el suyo, ya que, por convenir á sus planes, no pudieron cambiarme el sexo me trocaron el traje, haciéndome pasar á los ojos de todo el mundo por un travieso muchacho.

Y yo justificaba completamente el adjetivo.

V.

En este estado llegué á los nueve años.

Ignorando yo, como todos, escepto mis secuestradores, el sexo á que pertenecía, y creyéndome, pues aun mi inocencia no habia sufrido menoscabo alguno, jugaba alegremente con los muchachos de mi edad, vecinos míos, y era sin disputa el más alborotador y pendenciero de todos ellos.

Por lo mismo y por hallarme dotada de fuerzas impropias á mi sexo, era temida cobardemente por mis compañeros.

Y asimismo eran todos mucho mas cándidos que yo.

Yo, porque sorprendia á vccas conversaciones entre mis tutores forzados, ó porque muchas veces jugando en la calle, detenia mis juegos para enterarme con ávida curiosidad, de lo que hablaban los transeuntes indiscretos, comenzaba á conocer suficientemente lo que á esa edad debe ignorarse.

Daba parte de ello á los muchachos mis amigos, los cuales tardaban á enterarse mucho mas tiempo que yo, y casi siempre quedaban enterados á medias.

Y mi precocidad asustaba á las personas mayores que por casualidad me escuchaban.

VI.

En otro terreno sobresalía tambien grandemente.

En el de hacer todo el daño posible á mis semejantes y en martirizar cruelmente á los animales más inofensivos.

En esto si que no tenia rival.

Gustábame sobremanera arrancar los ojos á los pájaros, clavar alfileres en el corazon de las mariposas, poner fuego

dentro de las orejas de los perros y cortar los rabos á los gatos pequeños.

Otro de los juegos que dirigia con satisfaccion era clavar á un murciélago en la pared y quemarlo á fuego lento.

Y creía escuchar pronunciadas por su lengua palabras é interjecciones obscuras que yo á mi vez había aprendido de memoria.

Como ya he dicho antes, todos [los chicos del barrio me temían.

Así es, que cuando alguno me desobedecía, yo, pequeño general en jefe, ordenaba para él un cruel castigo.

Un dia hice que á uno de ellos le abriesen con un cortaplumas las yemas de los dedos de la mano derecha: eché en las heridas sal, vinagre y pimienta y despues se las cerré yo misma con gotas de lacre hirviente.

Y no habia que resistir á mis mandatos.

En cada muchacho encontraba un verdugo dispuesto á complacerme con tal de no verse convertido en víctima.

Los chicos son como los hombres.

VII.

Uno solo de todos los chicuelos que siempre me rodeaban logró adquirir mi simpatía.

Llamábase Giácomo.

Desde el dia primero en que le conocí, sentí por él irresistible cariño.

Conducíame á él poderosa atraccion.

Seguia anhelante sus miradas y cada vez que estrechaba sus manos recorria mi cuerpo todo un fuego misterioso, pero devorador é inquietante.

Yo, por mas que cavilaba, no podia explicarme la causa de aquel extraño sentimiento.

Aunque como hé dicho antes, sorprendiendo conversaciones y soñando cosas inverosímiles, producto de mi naturaleza ardiente, hallábame con escasa candidez en el alma, no llegaban sin embargo á tanto mi educacion libertina,



Yo era su general en jefe.

ni mi precocidad, que supiese distinguir perfectamente de sexos, ni saber á cual verdaderamente pertenecia, ni si el de mis compañeros era realmente distinto del mio.

Así es que creyéndome igual en un todo á Giácomo, á juzgar por nuestros trages, carácter y costumbres, no dejó de estrañarme, como tambien repito, en modo extraordinario aquel amor que surgia avasallador en mi sangre, ya que no en mi alma, incapaz de puros sentimientos.

Porque aquello no cabia duda; era amor.
Y amor de los sentidos.

VIII.

Una noche, por fin, escuchando, como lo tenia por costumbre, detrás de una cortina la conversacion que mi secuestrador Aroldo sostenia con una muger, llegué á enterarme de todo por medio del diálogo siguiente:

—¿Y piensas descubrirle pronto el engaño?

—No han de pasar muchos dias.

—¿Y nada ha sospechado ella?

—Ni por asomo. Ayer cumplió 13 años y hora es ya de que sepa el sexo á que pertenece y conozca su nombre verdadero.

—¿Y la mision que se le ha de confiar? ¿Y el objeto para que fué robada?

—No. Eso todavia no.

—¿Por qué razon.

—Es muy niña.

—No lo creo así. Trece años.... recuerda que á los trece años yo...

—¿Y vas á compararte con Angiolina?

—Mucho que sí.

—Eres demasiado modesta.

—Di mas bien pretenciosa.

—No te comprendo.

—Pues es muy sencillo. Angiolina tiene un carácter indomable; instinto de fiera, precocidad asombrosa...

—¿Y bien, qué?

—Que con todas esas condiciones, los trece años que ayer cumplió representan para nuestro objeto veinte ó más, en otra criatura.

—No razones mal, pero...

—¿Pero qué?

—Créeme. Dilatemos por un año más la solemne revelacion.

—Sea como quieras. Mas no he de acceder sin hacerte antes una última y tal vez trascendental observacion.

—Te escucho:

—¿No has observado la aficion que se demuestran Angiolina y ese muchachuelo llamado Giácomo?

—Algo he notado.

—Y no temes...

—¿Temer? ¡Locura! Tengo perfectamente tomadas mis medidas...

—Pero recuerda, que aunque niños todavía, el hombre, sin embargo, es fuego, la muger estopa...

—Sí; ya sé el resto del refran.

—¿Y convienes conmigo?

—En nada absolutamente. Sigo en mis trece.

—Haz lo que gustes.

Callaron las voces.

Yo sabia todo cuanto necesitaba para burlar cruelmente los planes ignorados del astuto Aroldo y podia ya explicar perfectamente la razon de la profunda simpatia que Giácomo me habia inspirado.

IX.

Al dia siguiente cuando le ví, sin poder contenerme me lancé resueltamente á sus brazos.

Sorprendido quedó él en demasía.

Pero acabó su sorpresa al oír de mis labios la confesion de quien yo era que entre ruborizada y descarada le hice.

Confuso quedó al principio.

Pero luego mis encantos, que entonces eran muchos, pudieron mas en él que el temor de un castigo si á saberse

llegaba lo que proyectábamos, y decidimos para aquella misma noche nuestra fuga.

Sin saber por qué también odiaba yo más que á nadie á mi primer raptor:

Y la idea de escapar á su poder, que hacía tiempo acariciaba, unida al bello cuadro que en mi imaginación formaba, pasando mi vida, es decir la *eternidad de los amantes*, en brazos de Giácomo, me animaron á que la fuga con él proyectada no se dilatase ni un solo día.

Aquella noche, pues, huimos, dando el consiguiente escándalo en la vecindad, que por boca del mismo Aroldo se enteró al fin de que no era yo lo que aparentaba.

A los pocos días nos hallábamos en Roma.

X.

Pasaron cuatro ó cinco meses sin que nada ocurriera digno de contarse.

Giácomo me amaba con delirio.

En cambio, mi amor hacia él había ido enfriándose notablemente.

Escusado parece decir que desde el día siguiente al de mi fuga, recobré el trage de mi sexo, llamando en todas partes la atención por mi desenvoltura é impúdica hermosura.

Comprendiendo Giácomo que mi pasión por él había dejado de existir, sufría de una manera horrible.

Y cuanto más aumentaba mi desden, más y más crecía su amor.

Y era una vida frenética la del pobre muchacho.

Yo bien me hubiera separado entonces de él, pero aguardaba para hacerlo una ocasión favorable.

Y esta no tardó mucho en llegar.

Un día ví pasar, por debajo de los balcones de la casa

donde vivíamos, á un apuesto oficial de zuavos, acompañado de dos amigos suyos.

Oí que estos, italianos, le llamaban *Francesco*.

Pero él no era italiano.

Oyéndole hablar, comprendí por su acento que habia nacido en España.

Al primer golpe de vista, me sedujo.

Sus largos bigotes daban á su dura fisonomía un aspecto cruel y terrible.

Sus pobladas cejas, velando casi los ojos, aumentaban el rencor de su mirada.

Aquel hombre era, decididamente, el que me convenia.

Determiné reemplazarlo en mi favor por el italiano de la voz su ave y de la dulce mirada.

Y á los seis dias habia huido de su casa en compañía de Francisco Saballs el oficial de zuavos.

XI.

Prolijo seria enumerar detalladamente todas las escenas de amor que siguieron á mi última fuga.

Y sobre prolijo escandaloso.

Pero aunque á mi no me asusta nada, abandono tan innecesaria relacion para ocuparme en seguida de más interesantes episodios.

Basta decir y asegurar, que al libertinage masasqueroso, succió la miseria mas espantosa.

Que al fingido amor de Francisco siguió su desdafiñoso abandono, sin dignarse siquiera inventarle un pretesto.

Que yo por lo tanto me encontré completamente abandonada y que á no ser por la interesada proteccion de una vieja hedionda, no sé en verdad lo que entonces hubiera sido de mi.

La vieja me recogió en su casa.

XII.

Era la tal muger como ya he dicho asquerosa y hedionda y repugnante.

Vivia en una calle algo apartada y su fama era mala en demasia, pero al ir á su casa yo no supe adonde me condujo mi destino.

Ojos traidores, sin pestañas, verdes: nariz casi tocando con la barba y una boca sin dientes, espantosa: tal era el rostro de la infame vieja que encontré por mi mal en mi camino y que logró con sus consejos viles llenarme el corazón aun mas de lodo.

Llamábase Vicenta; era de España, mas vivia en Italia hacia tiempo, enredando en sus lazos seductores, muchos honores y conciencias débiles.

Yo al saber el oficio de Vicenta, quise marcharme de su odiada casa, mas mi genio brutal y decidido, en ella me detuvo trece meses, en los que tales cosas aprendí por cierto, que comprendí, al saberlas, lo inocente que era, al marcharme de Milan con Giacomo.

Tambien renunció á reseñar por ahora las escenas horribles que ocurrieron en esos trece meses desdichados.

La vieja me tendió tan bien sus redes, que por más que insistí en abandonarla, me forzó la justicia en favor suyo, á proseguir mi vida escandalosa.

Una noche, por fin, hallé camino para burlar á vieja y alguaciles; y rabiosa, harapienta y casi loca, tomé el camino de Florencia, hallando en compañía de un audaz mendigo. libertad, nuevo amor y cien doblones.

XIII.

Muchas escenas podría también seguir relatando, ocurridas en el camino real y en las que no dejé de tomar parte muy activa.

Despojábamos á todo vicho viviente en compañía de cuatro ó cinco mendigos en apariencia, pero ladrones en realidad. y aquellos caminos no estaban seguros para nadie.

En realidad teníamos aterrorizada la comarca.

Así, sin saberlo, hice mi aprendizaje para cuando fuera á España fingiéndome la hijá de D. Miguel de Braganza.

La verdad es que entre aquellos mendigos y los carlistas que luego conocí hay poquísima diferencia.

Es decir, hay alguna. Nosotros en Italia, no degollábamos á nadie, ni incendiábamos nada, ni gritábamos: ¡Viva la religion!

Teníamos la franqueza del crimen.

Algo es algo.

Éramos osados pero con valor.

Criminales, como he dicho, sin apariencias de honradez.

Y los carlistas españoles alzados en armas, son precisamente lo contrario.

Osados sin valor.

Criminales con apariencias de defender alguna cosa honrada.

XIV.

Entre los muchos robos que hicimos, fué el más notable de todo por un trágico desenlace que acabó con nuestra banda, el de una diligencia atestada de viajeros.

Mis compañeros y yo á su cabeza dimos el grito de alto, encarando nuestros fusiles al que la guiaba.

Pero la respuesta no se hizo aguardar.

Una detonacion espantosa dejó oírse.

Luego ayes y quejidos.

Tres de mis amigos yacían por el suelo.

Los restantes se habian pronunciado en vergonzosa retirada.

(Tambien en esto se parecian á los carlistas.)

Habiendo quedado dueños del campo los viageros, que no otros fueron los que dispararon, dos de ellos, se apoderaron de mi.

Me ataron fuertemente y habiéndose reunido en consejo para decidir de mi suerte, cuando ya la palabra *muerte* vagaba por todos los labios, apareció ante mi la figura terrible y sombría de mi primer secuestrador.

De Aroldo.

¡Júzguese de su asombro y de mi espanto!

Caí de rodillas ante él.

Hízome alzar, dijo en voz baja algunas palabras á los viageros: estos demostraron con un gesto su asentimiento y fui conducida junto á un árbol.

Uno de los compañeros de Aroldo, me ató á él.

Otro, á una seña de mi antiguo protector, colocó el cañon de una pistola sobre mi pecho y...

XV.

—¡Espántanme tales aventuras! exclamó D. Alfonso sin poder contener su estupefaccion!

—¡Gran Dios! ¡Con qué muger has vivido, Alfonso mio!

—¡Y como trata á nuestro partido!

—¡Era una hiena!

—En ella no habia sentimiento alguno de sér humano.

—Cierto, déjalo comprender hasta su mismo descaro en confiarlo al papel.

—Prosigue, prosigue leyendo, María: pues aunque tal historia me horroriza, no deja por ello de interesarme en sumo grado.

—A mi me sucede lo propio, pero hay momentos...

—Tienes razón como este en que hemos quedado.

—Es horrible!

—Te escucho.

La infanta volvió la hoja y continuó leyendo:



El vizconde Bonald.

Puntos de venta al por mayor en Barcelona: Pasaje de Montjuich del Obispo, 3, bajos, y Hospital, 19-Tienda.

Los pedidos de Provincias se dirigirán [al administrador de esta publicación, Montjuich del Obispo, 3, bajos, Barcelona.

Los números anteriores al presente reparto se hallarán de venta en la calle del Hospital, 19-tienda.

MEMORIAS DE BLANCA



REPARTO 16. LOS LUNES Y JUEVES. 2 CUARTOS.



Aroldo había sido mi libertador.

CAPITULO XV.

Continúan las MEMORIAS DE ANGIOLINA.—Resultados del encuentro con Aroldo.—El companero de este.—La sociedad terrible.—Juramento prestado por Angiolina.—Suplicio y pacto.—A la espera.—Crimen frustrado.—Reaparicion de otro amante.—Nuevo paréntesis de los infantes.—La carta que Paula escribió á D. Martin.—Prosigue la lectura del libro de memorias.

1.

Y una mano caritativa desvió la direccion de la bala que fué á clavarse en el tronco de un árbol inmediato.

Yo lancé un grito de espanto y terror.

Aroldo habia sido mi libertador. A él debíale la vida.

Y aun mas que la terrible muerte que tan de cerca ví, me horrorizaba la idea de volver á ser su esclava.

De volver á la vida de mis primeros años.

El hombre que habia disparado y que se llamaba Genaro (nombre de guerra, por supuesto) miró á Aroldo sorprendido.

—¿No me comprendéis? le dijo este.

—A fé mia que no.

—Pues es muy sencillo.

—Explicaos.

—Voy á hacerlo.

—¿No habeis dado vos mismo la órden para hacer desaparecer del mundo á esta criatura?

—Es verdad.

—No acabais de encargarme tambien vos de la ejecucion de ese sangriento proyecto.

—Así es.

—Entonces...

—Pero, de sabios es mudar de opinion.

—¿Habeis, pues, elegido un momento para cambiar!

—Efectivamente, al ir á salir el tiro, he pensado que íbamos á cometer...

—¿Un crimen?...

—No. Un disparate tan solo.

—¿Por qué?

—Porque esa muger puede servirnos para mucho.

—Para mucho?

—Si.

—Pues no veo en que.

—Desatadla.

—Ya está.

—Subámosla al coche y subamos nosotros tras ella, que así que llegemos á nuestro destino os explicaré claramente la idea singular que ha acudido á mi imaginacion y que me ha impulsado á apartar la pistola al tiempo de salir el tiro.

—Os obedezco.

Tal fué el diálogo sostenido por Aroldo y Giácomo.

Una vez terminado me encajonaron en un rincon de la diligencia y ni una palabra mas les volví á oír durante los dos dias que el viaje duró.

Los compañeros de coche habíanse asimismo vuelto tan mudos como los que al parecer eran sus gefes.

Ahora bien: ¿adonde me conducian?

¿Que es'lo que intentaban hacer conmigo?

¿A que gran pensamiento, á que grandioso y trascendental proyecto respondia la rápida inspiracion de Aroldo?

Yo temblaba involuntariamente al hacerme á mi misma tales preguntas.

Un frio mortal recorria mi cuerpo todo.

Seguramente, y como ya he dicho la muerte que se me habia evitado era cien veces preferible al género de vida á que se pensaba destinarme.

II.

Quando por fin alcanzamos el término del largo viage, se me obligó á seguir á Aroldo y su compañero.

Era de noche.

Las calles estaban desiertas.

Yo no conocia la poblacion adonde habíamos llegado.

Entré con mis apresadores en una casa de magnífica apariencia.

Se me dejó en un cuarto que habia junto á la escalera, me aseguraron que no tardarian en llamarme y salieron de allí, dejando herméticamente cerrada la puerta de la habitacion.

Trascurririan escasamente unas tres horas.

Al cabo de ellas oí rechinar la cerradura de la puerta.

Entró Aroldo, apenas abrieron, seguido de su misterioso compañero.

Y lo primero que hizo fué colocar unos grilletes en mis piés, y unas esposas en mis manos.

De los grilletes surgia una gruesa cadena que arrollaron bárbaramente alrededor de mi cintura.

Aroldo parecia conmovido al aprisionarme de este modo.

Su compañero, Genaro, reia cruelmente.

Tal recuerdo me ha quedado de aquel hombre que tan sangrienta parte ha tomado en los sucesos de mi vida, que no puedo prescindir de retratarlo.

III.

Era alto, robusto, de formas atléticas y desproporcionadas.

Su cabeza calva, completamente, brillaba, reflejando la luz en su tersa superficie.

Profundamente antipáticos; más que antipáticos, repulsivos, eran los rasgos de su fisonomía.

Usaba toda la barba, pero una barba encrespada, indómita, rebelde, primitiva:

Cubría sus ojos con unas antiparras de cristal ahumado lo que le permitía fácilmente examinar con detención á las personas con quienes hablaba, sin que estas pudieran leer en él, ni la luz de algun afecto, ni la sombra de un pensamiento villano.

En las prendas del traje que vestía, confundíase lo eclesiástico con lo seglar.

A primera vista se le tomaba por un sacerdote disfrazado.

Luego no podía subsistir esta creencia, examinándole con mayor atención.

Y hasta se entreveían en él rasgos de militar curtido en cien campañas.

Este era Genaro.

Desde el punto que le ví, comprendí que aquel hombre había de ser parte integrante en la desgracia de toda mi vida sino su causa eficiente.

Y por eso mismo, le odié con toda mi alma.

Llegué á acariciar la idea del crimen.

Llegué á desear su muerte.

Calcúlese, pues, si mi odio crecería al verle dirigir una pistola á mi pecho y disparar.

Añádase á esto las cadenas de que me cargaron y que solo invencion suya podía ser, y se comprenderá en todo su desarrollo y fuerza el rencor que alimentaba mi corazón rebelde.

IV.

Seguí á mis tiranos.

El peso de la cadena, casi me privaba andar.

Me quejé á ellos y solo obtuve por respuesta una sonrisa infernal de Genaro y una compasiva mirada de Aroldo.

Llegamos á un corredor sombrío.

Me hicieron esperar.

Genaro abrió una puerta, cuyo chirrido me estremeció involuntariamente y entró en el salon á que daba paso.

Aroldo le siguió en silencio no sin estrecharme apasionadamente mi mano prisionera.

¿Que me habia querido decir con aquel apretón de manos?

Poco tiempo permanecí en el corredor.

Oí pronunciar desde el salon claro y distintamente mi nombre y entré.

¡Que lúgubre aspecto presentaba en su conjunto y en sus detalles!

Lo referiré sucintamente,

Todo él se hallaba colgado de negro.

En el testero, un dosel, tambien de paño negro.

Debajo de él sentado en pesadísimo sillon, Genaro cubierto de una hopalanda negra y en el pecho bordadas de blanco una tea y un puñal cruzados.

Delante de él una mesa.

Sobre ella un Santo Cristo y dos candeleros sosteniendo dos largas velas amarillas.

A ambos lados de la mesa otros dos sugetos vestidos de igual modo que Genaro, pero llevando cubiertos sus rostros con negros antifaces.

Formando semicírculo, veíanse luego como hasta una docena de personajes mudos y terribles.

Todos llevaban bordado en el pecho, el espantoso escudo.

El aspecto de aquella sala, me causó una angustia indecible.

V.

Hubo una ligera pausa despues de mi presentacion.

Despues, el presidente, ó sea Genaro, se levantó y murmuró más bien que dijo unas palabras para mí ininteligibles.

Los congregados le respondieron en el mismo tono y en igual lenguaje.

Yo buscaba á Aroldo entre ellos.

Pero mi antiguo raptor no estaba allí.

Genaro, dirigiéndose á mi, preguntó:

—¿Cómo os llamais?

—Angiolina F*** me llaman.

—¿Quién sois?

—Una muger desdichada.

—¿Qué venis á buscar aquí?

—A vos toca decírmelo.

—Enhorabuena. Angiolina F*** ¿estáis dispuesta á jurar por la salvacion de vuestra alma obedecernos en todo y por todo, escuchar lo que vamos á ordenaros y cumplirlo exactamente, por feroz y criminal que pueda pareceros?

Dudé en contestar.

Pero, de repente, mi mal instinto me sugirió un pensamiento atrevido.

Soñé una venganza y presentí un porvenir halagador.

—Si, juraré lo que gustéis.

—Angiolina F*** jurad, pues, obedeced nuestras órdenes sin oponer pretesto alguno por insignificante que aparezca.

—Juro, dijo estendiendo la mano.

—Jurad morir antes que dejar sin cumplir por miedo á la justicia humana el mas pequeño de nuestros mandatos.

—Juro, repuse.

—Podeis retiraros por donde habeis entrado y esperad nuestras órdenes.

Salí del salón.

Llegué al corredor y aguardé.

No habrían pasado tres minutos, cuando sentí que dos



Juro, dije estendiendo la mano.

hombres se apoderaban de mi, cerraban mi boca con una mordaza, cubrían mis ojos con una venda tupida y me arrastraban con singular ligereza á un sitio húmedo á juzgar

por el olfato, único sentido de que podía entonces disponer.

Me desmayé enseguida por falta de alimento y por sobra de emociones.

VI.

Quando volví en mí, encontré á Aroldo al lado mio.

Pero antes de darme cuenta de todo lo que me habíá sucedido en tan pocas horas, antes de explicarme por qué ra-



Genaro.

zon estaba allí aquel hombre, un dolor vivísimo que sent en un brazo me hizo llevar la mano al sitio donde calculé debía hallarse la herida.

Desnudé mi brazo, pues mis cadenas y grilletes habían desaparecido y ví con espanto impresa en mi carne por el fuego, la misma marca ó señal que distinguía á los encubiertos.

La tea cruzada con el puñal.

Lancé un grito de horror.

—¿Qué significa esto? pregunté á Aroldo.

—No es tiempo aun de revelarte nada.

—¡Oh!

—¿Sufres, Angiolina?

—Cruelmente.

—¡Oh! Si supieras como tu dolor repercute en mi **corazon** enamorado.

—¿Vos? ¿Enamorado?

—¡Con toda mi alma!

—¿De quién?

—¡De tí!

—¡Callad, callad!

—¿Y porqué, dime, condenarme así al silencio?

—Porque....

—Acaba.

—Porque soy muy desgraciada y por lo visto, vos, **queréis** de ese modo aumentar mi infortunio.

—¡No, no penseis así!

—¿Pues cómo he de pensar?

—Yo te robé á la miseria: yo te saqué violentamente de casa de tu nodriza, con ánimo de hacer de ti una gran señora: más que eso todavía.

—¿Una reina tal vez?

—No te burles, que tal vez cierto sea.

—¡Qué oigo!

—Pero tú, burlando mis intenciones y mis esperanzas, y echando por tierra mis cálculos todos, huiste de la casa donde te guardaba...

—¡Fué el amor quien me inspiró la huida!

—Fué más bien un capricho de niña. ¡Si supieras mi desesperacion al saber tu huida! Juré vengarme horriblemente.

—¡Ah! Y por eso cuando me encontrateis en el camino...

—Quise quitarte la vida castigándote como merecias...

—Pero luego el amor...

—Oh, si, el amor me hizo desviar el tiro: y la idea tam-

bien de hacer de ti, lo que en un principio pensé y sigo pensando todavía.

—¿Hacerme reina?

—Repito, Angiolina, que no me burlo.

—¿Y qué significa ese juramento que acabo de prestar?

—No es tiempo aun de que lo sepas.

—¿Y qué órdenes he de cumplir?

—Mas tarde las conocerás.

—¿Y ese Genaro?

—Es el único jefe que reconozco en la tierra.

—¿Y le queréis.

—Le odio tanto como te amo.

El pensamiento que me había asaltado durante el interrogatorio del salón volvió á surgir en mi mente al escuchar esta confesión de Aroldo.

Y dije, en su virtud:

—Y si yo os amase, ¿cómo vos me amais?...

—En ese caso ¿quién mas feliz que yo sobre la tierra?

—Pues bien...

—Di una palabra, una sola palabra y saldrás de aquí, libre, poderosa y pudiendo vengarte de todo y hacer todo el daño que se te antoje.

Hora y media duraría aquella entrevista.

Escuso relatarla detalladamente.

Cuando salí de la cueva pertenecía á Aroldo en cuerpo y alma.

VII.

Cuando comencé á gozar de mi libertad, determiné quitar de delante á Genaro.

Iba en ello interesada mi suerte.

Y la de Aroldo.

Y satisfacción, aunque cometiera un crimen la aspiración de mi inesplicable antipatía.

Siguiendo las instrucciones de mi nuevo amante, aguardé una noche á Genaro al revolver de una esquina, en la calle por donde debía pasar, al retirarse de una sesión celebrada entre aquellas lechuzas que me hicieron prestar solemne juramento.

Habían sonado las doce en todos los relojes.

Y Genaro no venía.

Comenzaba á impacientarme, cuando creí escuchar mi nombre, pronunciado por una voz suave y enamorada.

De donde venía aquella voz esto era lo que yo no podía comprender.

Seguí esperando mi víctima con la ira en el corazón y el puñal en la mano.

VIII.

Por fin, á las doce y media, vi avanzar un hombre por la calle.

Seguramente era mi víctima.

Reconcentré todas mis fuerzas y todo mi valor para asegurar el golpe y no esponerme á un verdadero cataclismo.

Cuando aquel hombre llegó á pasar por el lado mio, me avalancé á él como el tigre se avalanza sobre su presa y alcé el puñal homicida...

Pero una mano de hierro detuvo en el aire mi brazo.

—¡Angiolina! ¡Qué haces! dijo la voz de aquel hombre.

IX.

Sorprendida quedé al reconocerlo.

Era Giácomo.

Era mi primer amante á quien equivocadamente habia tomado por Genaro y el que no sé aun porque razon se hallaba allí ni quien habia podido enterarle del punto de mi residencia.

X.

—Estranas aventuras, Alfonso mio! exclamó D.^a María, volviendo á abandonar la lectura del libro de memorias.

—Sí, pero tan horribles como estrañas.

—Y que haya yo podido confundir á esa impúdica muger con una princesa de sangre real!

—Y Miret, por lo visto conoce su historia?

—Ah sí! Y como comparará esas páginas que humean voluptuosidad y sangre con tu carta, con tus santos consejos.

—Ya debe haberla recibido...

—Sí, y espero con avidez su contestacion.

XI.

Dejando á los infantes que continúen en sus comentarios,

copiemos á renglon seguido la carta que Paula escribió á Don Martin Miret, para que nuestros lectores comparen las páginas horribles que pintan á la taimada Angiolina y escritas por ella misma, con las bellas y consoladoras líneas trazadas por la mano de la verdadera infanta.

Dice así la carta:

«Mi muy estimado amigo Don Martin:»

«Cumpro al escribirle con un deber de conciencia, de amistad y de honradez.»

«Mi esposo y yo, nos hallamos en Francia.»

«Esta nacion entera, todo el mundo civilizado, en fin, examina y juzga con horror manifiesto los hechos vandálicos del partido que en Cataluña ha acaudillado para mengua suya, mi marido el infante.»

«Hoy, por fin, gracias á mis consejos y á mi persuasion, há llegado á comprender el ridículo en que se estaba colocando.»

Más todavia: La marcha sangrienta que sobre el escudo de dos familias augustas, dejaba caer con sus actos todos.

«Y lo que consejos pérfidos y amistades peligrosas, pudieron un tiempo conseguir en detrimento suyo, yo lo he destruido, gracias al Dios misericordioso, y al verdadero amor que he sabido inspirarle.»

«Por lo tanto, ya que Vd. continúa en ese Principado la guerra que con tan buenos auspicios para nuestra causa llegó á inaugurarse:

«Ya que V. domina con su palabra y su accion á millares de voluntarios decididos:»

«Ya que el noble corazon de Vd., que tantas veces he tenido ocasion de apreciar no puede ejecutar ni tolerar siquiera los excesos á que otros guerrilleros, que no nombro, se han entregado:»

«Ya que Vd. finalmente, creará de seguro en mi franqueza y lealtad, en la bondad de mi alma y en mi eterna gratitud:»

«Tome como prenda de ella mis buenos y puros consejos.»

- «Abandone la guerra de esterminio emprendida.»
«Procure convencer mas con la caridad que con las
»armas.»
«Intente desviar del mal camino á las ovejas descarriadas.»
«Y no sea lobo carnicero de ellas.»
«Antes bien pastor cuidadoso y solícito.»
«Si tanto no puede, asi mismo, conseguir de sus compa-
»ñeros, obre Vd. por cuenta propia.»
«Que en esto sobre ganar mucho, muchísimo más en mi
»particular estimacion y ferviente cariño, se portará como
»digno español y tal vez logre ganar más partidarios á la
»cáusa que ardientemente defiende.»
«A Dios que guarde á V. mil años.»

XII.

Quando los infantes terminaron sus largos comentarios, Paula por consejo de su marido D. Alfonso, siguió leyendo las aventuras narradas en el libro de Angiolina:

Una vez que Giácomo me hubo explicado, la manera de que se valió para averiguar mi residencia y demás detalles, yo no pudiendo librarne de él por el momento, y aún calculando que podria interesarle en mis propósitos de venganza y ambicion, le seguí á su misteriosa morada.

Era una cueva abandonada hasta por los animales mas inmundos.

Quando entramos en ella, guiados por la luz de una tea, yo me apoyaba en el brazo de mi primer amante.

Apenas hubimos dado algunos pasos, Giácomo se detuvo. Habia visto á alguien dentro de la cueva. Lo primero que se le ocurrió fué apagar la luz. Quedamos, pues, en completa oscuridad.



El guía de las catacumbas.

Sacó mi amante una pistola y adelantó hacia el último rincón de la cueva donde brillaban unos ojos.

Yo tuve miedo por la primera vez de mi vida.

Habia reconocido en la oscuridad la mirada brillante de Aroldo.

Puntos de venta al por mayor en Barcelona: Pasaje de Montjuich del Obispo, 3, bajos, y Hospital, 19-Tienda.

Los pedidos de Provincias se dirigirán al administrador de esta publicación, Montjuich del Obispo, 3, bajos, Barcelona.

Los números anteriores al presente reparto se hallarán de venta en la calle del Hospital, 19-tienda.



REPARTO 17. LOS LUNES Y JUEVES. 2 CUARTOS.



Oprimia mi puñal con la mano derecha convulsiva y frenéticamente.

CAPITULO XVI.

Continuacion de la lectura interesante.—Otra vez en acecho.
—El crimen.—Horrible ensañamiento.—Solemnidad de una
promesa.—Huida de Italia.—Amistad con Ernestina.—Mas
comentarios.

I.

Sin embargo, continuó leyendo la infanta, aquella vez me habia equivocado.

No era la brillante mirada de Aroldo la que con la mia habíase cruzado en la oscuridad.

Era la de otro terrible personaje que siempre la ocultaba trás los cristales ahumados de unas traidoras antiparras.

Era la colérica mirada del hombre que estuvo á punto de asesinar-me.

Era Genaro, en fin, el que oculto en la madriguera de Giácomo encontramos.

Mi antiguo amante, como mas arriba he dicho, se dirigió hácia él pistola en mano.

Pero una luz surgió entonces de aquel rincon.

La de una linterna sorda que á prevencion llevaba mi enemigo.

Y Giácomo al reconocerlo, cayó, tembloroso y cobarde, de rodillas á sus piés.

Yo quedé estupefacta.

Porque no podía explicarme de ningun modo cual era la alta significacion, el terrible poder de que se hallaba investido aquel hombre ante quien temblaban los mas poderosos y ante cuya centelleante aunque poco prodigada, espantosa mirada se inclinaban las cabezas más altivas y se acobardaban los corazones mas valientes y resueltos.

Aroldo el singular personage, dotado como yo sabia perfectamente de una gran fuerza de voluntad, armado, como nadie ignoraba, de un poder avasallador, temible, universal habia temblado en su presencia y obedecido sus órdenes como un miserable esclavo.

Giácómo, el italiano de sangre de fuego y alma templada, para quien el peligro no existia, y cuyo valor dejó soberbiamente demostrado en mil peligrosas y arriesgadísimas ocasiones, doblaba (¡y en mi presencia!) sus rodillas ante el extraño dominador de poderosos.

Mi estupefaccion, por lo tanto, debe parecer naturalísima.

Genaro murmuró algunas palabras al oido de Giácómo, en igual extraño idioma que el que habia oido en la sesion terrible.

Levantóse luego el que obedecia y sin mirarme siquiera, salió de la cueva.

En vano le tendí mis brazos y mis labios le pidieron auxilio.

Nada me contestó.

Quedé, pues, sola con Genaro.

II.

Lo que pasó durante dos horas en aquella inmunda covacha, no hay pluma que pueda relatarlo.

Cuando salí de ella, precediéndome Genaro, sabia todo cuanto aquel hombre pretendia de mi: veia estenderse para

mi ambicion muy grato, un porvenir deslumbrador; poseia, en una palabra todos los trascendentales proyectos del implacable gefe de gefes, pero la idea de ser su vergonzosa esclava, no compensada por la de hacerme infanta de una nacion célebre en la historia, volvió á encender en mi alma un fuego devorador que al crimen me inducia.

¡Apetito funesto de verter sangre de poderosos!

Calculé pues el sitio y la hora donde deberia encontrarse aquella madrugada y me volví á apostar decidida á cortar su vida con mi puñal acerado, y libre así de los lazos que de su omnipotencia me tendia, entregar todos sus planes, proyectos y decisiones á la ambicion y talento de Ároldo que creia poseer mi corazon y buscar á Giácomo para hacer asimismo de él la sombra protectora de mi existencia aventurera.

Colocada de nuevo en acecho, pude oir, á favor de la oscuridad de la noche un diálogo, que me afirmó más en mi decision, quitándome decididamente todo escrúpulo.

Hablaban dos soldados, austriacos á juzgar por sus enormes gorras de pelo y su uniforme extraño, y aun mas por su acento singular y duro como sus inteligencias.

Segun comprenderá fácilmente el que esto lea, (si algun lector consigo, que lo dudo) aquellos soldados pertenecian á la secta terrible de que se me habia hecho víctima y partidaria forzosa.

Decian los soldados, continuando la conversacion cuyo principio yo no habia podido escuchar:

—Y de de ese modo, la Angiolina...

—Pasará perfectamente por la hija de D. Miguel que á estas horas ya se encuentra encerrada en el mas profundo calabozo de una fortaleza de Metz.

—Pero los que la conozcan.

—En eso no puede haber cuidado alguno.

—Porque razon?

—Por la que menos se te puede ocurrir.

—Y és?

—Porque ambas son de un parecido tan exacto que la

madre de cualquiera de ellas, confundiría fácilmente á su hija.

—¡Casualidad como ella!

—Pero lo que tú aun ignoras es que la suerte destinada á esa muger, una vez conseguido el triunfo de nuestra causa, en armas hoy en España y haciendo guerra sorda y terrible en las demás naciones, será la misma que otras mugeres audaces sufrieron.

—Comprendo.

—El tormento primero...

—Las llamas despues...

—Porque una vez conseguido el triunfo...

—Ya estoy al corriente, es preciso hacer desaparecer los medios...

—Una vez habiendo llegado á la cima...

—Hay que quemar la escalera.

Mi rabia me ahogaba casi al escuchar estas palabras.

El diálogo fué haciendose menos sensible á mis oídos.

Los interlocutores se alejaban.

Yo esperé entonces con mayor cólera á mi malhadado enemigo.

Pero tardaba mas de lo que yo mehabia figurado.

Y era que mi ansiedad por darle muerte retardaba extraordinariamente el tiempo.

De cada minuto hacia una hora.

De cada hora un siglo.

III.

Por fin, oí venir al que esperaba.

Y para no engañarme como la otra vez y asegurar perfectamente mi plan atrevido, le dejé pasar por mi lado, casi rozándome.

No me vió.

Por su manera de andar, característica, por su tos seca, su elevada estatura y otros detalles solo por mí conocidos, comprendí que no había lugar á duda.

Era Genaro.

Le seguí de puntillas, casi sin tocar con mis piés en el suelo, durante algunos segundos.

Mi corazón, aunque ya bastante endurecido, palpitaba sin embargo violentamente.

Oprimia mi puñal con la mano derecha convulsiva y frénéticamente.

Y me preparé á ejecutar el crimen.

Hubo un momento, rápido, eso sí, pero crítico y solemne, en que casi estuve á punto de abandonar mi idea.

Único sentimiento noble de que he disfrutado en mi vida.

Aquel hombre, que tan ageno se hallaba de lo que iba á sucederle, llegó á inspirarme compasion.

Por otra parte tambien, una sensacion de miedo, llegó á acometerme un instante, muy breve asimismo.

Aquel hombre forzado, podia évitár la sorpresa, hacer caer el arma de mis manos y matarme á sus piés como á un perro.

Y una vez cumplido mi delito, ¿qué sería de mí?

La sociedad terrible descargaría sobre mi existencia todo el peso feroz de su enojo.

¡Oh! Pero en cuanto á este último pensamiento no me fué suficiente mucho tiempo para borrarlo instantáneamente de mi imaginacion.

Genaro seguía andando, sin oír el ruido de mis pasos.

Yo, para decidirme de una vez, recordé el último diálogo que había escuchado y enarbolé mi puñal.

Lancémé enseguida á salto de pantera, sobre el jefe de los jefes y mientras que con una de mis rodillas le dí un fuerte golpe sobre sus corvas que se doblaron, hundí el arma acerada en su garganta, de cuya herida brotó un chorro de caliente sangre.

Murió al primer golpe.

Pero yo no satisfecha volví á clavar mi puñal hasta siete veces en su pecho.

Despues me alcé.

La luna me iluminaba por completo.

Tenia las manos tintas en sangre y mi rostro se hallaba tambien salpicado.

IV.

Otra idea feroz acudió entonces á mi mente enloquecida. Poniéndola inmediatamente por obra, volví á inclinarme sobre el cadáver de Genaro y valiéndome del mismo afilado puñal que causó su muerte, logré separarle la cabeza del tronco.

Luego la cogí por los cabellos y escupí en el rostro.

La envolví en mi pañuelo del cuello y al disponerme á abandonar á aquel sitio, tropecé con un hombre.

Con Aroldo que hacia rato me contemplaba en pié y con los brazos cruzados.

—¡Vos aquí!

—¡Horrible asesinato, Angiolina!

—Pero que nos conviene á entrambos.

—Tal vez.

—¿Pensáis denunciarme?

—¡Locura fuera!

—En ese caso....

—Te tomo mas que nunca bajo mi proteccion.

—Pues bien; yo en pago...

—¿Vás á revelarme todos los secretos que hoy te ha comunicado ese hombre?

—Sin dejar uno.

—¡Que me place!

—¡Y á vida y á muerte siempre vuestra!

—¡Siempre mia!

V.

- ¡Sí!!
—¡Ah! ¡Angiolina!
—¡Lo juro!
—¿Por quién?



Hablaban dos soldados....

- ¡Por esta sangre vil que de verter acabo!
—No olvides, pues, Angiolina, que existe un secreto entre ambos: que eres mía por lazos fatalísimos, y que si un día falaz llegase...
—¡Oh! No temas: ese día no llegará nunca.
—¡Quién sabe!
—¿Dudas, Aroldo, de la muger capaz de hacer lo que estás viendo?
—Por eso te adoro con frenesí: pero ¡ay de tí! si un día, olvidando crimen y juramentos, huyeras de mi lado como

en Milan, ó me negaras tu amor para darlo á otro!—Ese cadáver, ese yerto personage sería tu sombra, Angiolina, y la fecha fatal de esta horrible noche saldría siempre de mis labios para recordarte lo que eres, lo que has hecho y lo que has prometido!

—¡Juro que no he de dar motivo para ello!

—¡Te creo!



Un brazo nervudo sostenía una lívida y ensangrentada cabeza

—¡No dudes nunca, Aroldo mio!

—Ayúdame.

—¿Qué pretendes?

—Llevemos este cadáver á sitio seguro.

Como el primer acto de nuestras próximas aventuras.

VII.

Ya en camino para la ciudad de Metz, y habiendo como he dicho, burlado la vigilancia de nuestros encarnizados



Gran pérdida ha tenido el partido ultramontano!

perseguidores, tuve no sé aun si la dicha ó la desgracia de conocer á una jóven aventurera llamada Ernestina.

¶ No tardé mucho tiempo en trabar íntima amistad con ella.

Su carácter emprendedor y decidido tenia bastantes puntos de contacto con el mio, de sobra conocido.

Sin embargo le faltaba muchísimo para ser igual completamente.

Yo no tenía corazón.

El suyo era generoso y blando.

Yo contaba ya crímenes en mis cortos años.

Ella era pura como la blanca azucena del valle.

Yo me había entregado sin amor á varios hombres.

Ella me había amado á ninguno y era tan casta de alma como de cuerpo.

¡Singular criatura!

Pero todo eso no obstó para que nos dedicáramos mútua amistad.

No muy sincera por parte mía.

Tanto que luego, al volver á encontrarla en España, ya casada sacrílegamente con el hermano de D. Carlos, casi la desconocí y fingí desconocerla, aunque á los pocos días volví á fingirla igual cariño que el que me convino exagerarla en las cercanías de Metz.

Ernestina iba sola, sin duda, porque así le convenia.

Nunca traté de inquirirlo.

Porque la verdad es, que me importaba muy poco que digamos.

Me había dicho que era hija de un antiguo guerrillero español y yo la había creído por su palabra, sin meterme en mas honduras.

Una circunstancia me hizo inapreciable por entonces, la amistad sencilla de aquella buena jóven.

Llegó á sus oídos como á los de todos la noticia del asesinato de Genaro.

Hablando yo con ella, acerca de esto, oí con asombro que me decía:

—¡Gran pérdida ha tenido el gran partido ultramontano, con la de ese elevadísimo personage!

—¡Como! vos le conocíais!

—No.

—En ese caso, no comprendo vuestra exclamación.

—Pues es muy fácil de comprender.

—Veamos.

—Yo no le conocía personalmente, pero mi padre que pertenecía a la sociedad de que él era presidente...

—¿Vuestro padre?

—Seguramente.

—Y bien qué?

—Me ha dicho más de una vez el verdadero, histórico nombre del malaventurado presidente Genaro...

—Y Aroldo, que nunca ha querido revelármelo.

—Tendrá sus razones...

—Cierto, pero...

—Y mucho más siendo su sucesor.

—Respeto, pues, la determinación de Aroldo, mas...

—Proseguid.

—Mas la curiosidad me escita demasiado.

—¿Y que pretendéis?

—Que vos me digáis lo que Aroldo me ha callado.

—¡Imposible!

—¿Os negáis?

—Blanca, repito que es imposible.

Yo desde mi aproximación á Metz, había ya adoptado por órden de Aroldo el nombre de la hija de D. Miguel de Braganza, ó sea Doña Maria Blanca de las Nieves.

—Ernestina, entre mugeres, repuse no puede existir secreto alguno, por grave y terrible que sea.

—Razon teneis...

—Ea, pues: abandonad vuestra reserva...

—Juradme que nunca sabrá Aroldo que ha salido de mis labios la revelación de ese secreto.

—Yo os lo juro por lo más sagrado.

—Está bien. Sabed que el conocido por el vulgar nombre de Genaro, era nada menos que.....»

VIII.

La infanta se detuvo.

—¿Por que no prosigues María? ¿Porqué abandonar la lectura en punto tan esencial é interesaute?

—Porque falta la hoja Alfonso mio.

—Que desgracia! Yo que nunca he podido saber que clase de gefe era ese, cuyo asesinato tantas veces oí en boca de Aroldo, dirigiéndose á la infame Angiolina.

—Y esta hoja debe haber sido rota por Ernestina.

—Tal vez sí.

—Sus comentarios, que no leo, por habérselos oido de sobra cuando vivian ambas al tratarse de la que tan vilmente la engañó.....

—Tienes razon. Inútil és leer esos comentarios.

—Pues bien, en ellos ya manifiesta que el verdadero nombre de ese Genaro, no podia andar entre las perdibles hojas de un libro de memorias...

—Tenemos, pues, que quedamos con la curiosidad.

—¿Continúo?

—Es aun muy largo?

—No, ya se acaba.

—Pues despachemos de una vez.

—Escucha.

Doña María continuó de este modo su lectura, tan amodo interrumpida:



Luego la cogi por los cabellos y escupí en el rostro

Puntos de venta al por mayor en Barcelona Pasaje de Montjuich del Obispo, 3, bajos, y Hospital, 19-Tienda.

Los pedidos de Provincias se dirigen a administrador de esta publicación, Montjuich del Obispo, 3, bajos, Barcelona.

Los números anteriores al presente reparto, se hallarán de venta en la calle del Hospital, 19-tienda.

MEMORIA DE D. BLANCA



REPARTO 18. LOS LUNES Y JUEVES. 2 CUARTOS.



Entonces Giacomo, armado de un revolver se abrió paso entre el follaje.—

Página 178.

CAPITULO XVII.

Ernestina y Angiolina.—Aroldo en España.—Entrega de un documento importantísimo.—Giacomo desesperado en busca de su primer amor.—Antipatia inesplicable.—Vuelve Aroldo á Francia.—Primera aparición del Sr. Botijo.—Dos cartas.—Se acerca un desenlace.

I.

Aroldo se habia separado de nosotros hacia dos dias y medio.

Dejándonos en camino para Francia, él se habia dirigido á España.

El carácter de Ernestina agradábame mas cada dia.

—¡Que bella sois, amiga mia!

—Gracias, señora; replicaba ella.

—¡Oh! No os ruboricéis por mi elogio, que es sentido.

—Yo, si no temiera ofender vuestra modestia, tambien os diria...

—No temais, proseguí.

—Que sois encantadora y además...

—Que?

—Que sois una santa!...

—No juzgueis nunca, señora, por las apariencias solamente.

—¿Pretenderías acaso, hacerme creer lo contrario?

—Tal vez de aquí á muy poco los hechos os probarán lo contrario.

—¿Probármelo? ¡Nunca!

—Pues como.

—Porque aunque un dia por la fuerza de algun hecho terrible apareciereis ante mi como una fiera...

—¿Y bien?

—Entonces, señora, juzgara sin apreciar las apariencias.

—Gracias.

—¡Ah, señora!

—Veo que teneis tanto talento como belleza.

—Vuestros elogios me llenan de gozo, tanto mas cuanto que, en verdad, no creo merecerlos!

—¡Oh, sí! Los mereceis en alto grado.

Como se vé por este pequeño diálogo que para muestra he dado, yo habia conseguido ponerme en muy buen lugar con mi amiga y compañera Ernestina.

Fingiendo á todas horas y dominando mi carácter rebelde que de vez en cuando se insubordinaba, poniéndome á punto de ser apreciada por la jóven en lo poco que verdaderamente yo valgo, habia logrado aparecer á sus ojos como la verdadera hija de D. Miguel, cuya reputacion de bondad no era poco conocida en todas partes.

Empezaba, pues, mi papel con un éxito asombroso.

II.

Aroldo, mientras tanto, y segun luego me relató, habia llegado á España, de incógnito, por supuesto, y penetrado en Cataluña, provincia elegida por el infante D. Alfonso, hermano de D. Carlos el pretendiente, para verificar sus correrias, despues de la famosa reunion que en Metz ó mas tarde en los Pirineos debia verificarse y á la que yo me hallaba tan bien citada.

Pero según órdenes superiores, según las órdenes que tantas veces ya he indicado, era necesario que transcurrieran, aun algunos meses, durante los cuales permanecería en el colegio del Sagrado corazón, acabando de instruirme de todo aquello que ignoraba.

Aroldo, se avistó con varios gefes del bárbaro partido carlista.

Tomó alguna que otra grave determinacion en nombre del alto poder de que revestido se hallaba.

Ponderó á todo el que quiso escucharle mis altas cualidades, y profundos conocimientos en todas las cosas.

Hizo de mi un retrato á maravilla.

Y consiguió de tal manera entusiasmar á todos con lo que de mi relataba que casi, casi hubiera podido ya llamarse me la deseada.

Aroldo tenia muchísimo talento.

Por eso era lo que era.

Pero con todo su talento y astucia no pudo impedir un terrible acontecimiento.

Es decir, insignificante por entonces.

Y terrible para el porvenir.

No pudo impedir, pues, que dos soldados carlistas no participasen del general entusiasmo que el anuncio de mi presentacion causó en las filas carlistas.

Parece mentira que cuando generales, gefes y todas las clases en fin, me deseaban como á pan bendito, dos soldados, dos miserables voluntarios, demostrasen contrariedad y enojo.

Pero no lo parecerá tanto cuando se sepa quienes eran ellos.

Ni miserables, ni soldados.

Voluntarios si.

Por la cuenta que les traia.

Eran extranjeros.

Habian entrado en España, tanto por defender una causa que halagaba grandemente sus convicciones, y preparaba sordos movimientos en otras naciones menos atrasadas.

como por espiar todos mis pasos, conocer mis determinaciones todas y cumplir en su día un juramento terrible que sobre lo mas sagrado habian hecho.

Habian jurado una venganza.

Mi esterinio.

Creo que todo el mundo habrá conocido ya de sobra que aquellos carlistas misteriosos eran, italiano el uno y francés el otro.

E individuos de la sociedad terrible.

Y que se llamaban:

Rodolfo, conde de Villasechia.

Y Le marqués du Petit-ville.

III.

Al gefe entonces de las fuerzas catalanas, por decirlo así, y cuyo nombre no supe yo por boca de Aroldo ni de nadie, pues que si á mi oido hubiera llegado tal vez abandonándolo todo, no hubiera entrado en España, ni en Francia siquiera, le entregó mi decidido protector Aroldo un documento importantísimo en el que se citaba dia para el verdadero alzamiento carlista en Cataluña, y lista de las personas influyentes y poderosas que debian secundarlo ya que no con su ayuda personal, con los medios morales, al menos, de que podian fácilmente usar y hasta abusar.

Porque realmente lo que entonces habia en Cataluña, no eran mas que partidas insignificantes, que la mas pequeña banda de ladrones hubiera derrotado con facilidad innegable.

Pero no lo harian sin duda, por aquello de que lobos á lobos no se muerden.

Y capitaneaba en gefe dichas partidas mi antiguo amante D. Francisco Saballs á quien luego encontré en los Pirineos.

¡Si yo lo hubiera sabido, repito!

Preví una catástrofe al encontrármelo ya en España, pero entonces no podía retroceder como con toda el alma deseaba.

Ernestina y yo proseguíamos, como ya he dicho, nuestro camino en dirección á la ciudad de Metz.

Ocurríame algunas veces, también, sospechar de mi compañera de viage.

Porque no podía seguramente comprender en que planes futuros fundaba su abnegación presente y el cariño repentino que por mí había sentido y que procuraba demostrarme exageradamente á todas horas.

Y en vano daba vueltas á mi mente.

Y torturaba mi imaginación.

Pero pronto acabó mi recelo, aunque sin pruebas patentas que lo desvanecieran, según yo habría deseado.

Pensando y más pensando sobre aquella mujer, llegué á deducir que un carácter enérgico contrario al de nuestro sexo la hacía buscar sensaciones y placeres en los incidentes de una vida aventurera y en los ardores, catástrofes y escenas sangrientas de una espantosa guerra civil.

Y que al propio tiempo, y como famoso contraste, la dulzura de su alma, la virginidad de su imaginación y los impulsos de su corazón amante, todavía á hombre alguno no entregado, la hacían desear mi amistad, solicitar sus bellas expansiones y depositar en su seno cariñoso, ilusiones y esperanzas, halagos y desengaños.

IV.

Entretanto yo pensaba, también:

¿Que habrá sido de Giacomo?

Porque como no es difícil comprender, desde la noche en que ambos nos dirigimos á su cueva donde encontramos

escondido á Genaro, escena que ya he trasladado al papel, no habia vuelto á verle en ninguna parte.

¡Y Giacomo sin embargo, me seguia!

Giacomo no me perdió de vista un solo momento, excepto el en que precisamente di la muerte al que le hizo temblar como un azogado y arrodillarse como un pecador arrepen-
tido.

Y en el camino de Metz, justamente en 'el preciso momento en que yo le recordaba, preguntándome con interés cual podría ser su suerte, apareció ante nuestra vista.

Sorprendida quedé, pero no fué menor el asombro de Ernestina al ver aquel hombre que con interés desmesurado me suplicaba concediera una entrevista lejos de los oidos de mi jóven amiga de la que pareció no hacer caso alguno, y de los peatones que nos acompañaban como guías y guardianes.

No tuve inconveniente alguno en concederle lo que tan ansiosamente solicitaba de mi.

Asi pues, nos apartamos á un lado del camino, donde sostuvimos el siguiente rapidísimo diálogo:

—¿Qué deseas?

—¡Angiolina!

—¿Qué deseas? ¡Acaba!

—¡Ten piedad de mí!

—¿Y es eso todo?

—¡Tu ironía me mata!

—¿Es eso todo? Contéstame!

—Tu sarcasmo me asesina!

—Acabemos de una vez.

—¡No por Dios!

—¿Porque te arrodillas ante mí?

—Porque debo implorarte como á mi señora y soberana, como á mi reina, como á mi todo en este mundo despues de Dios!

—¡Palabras inútiles!

—¡No son palabras solamente; que el corazon enamorado las inspira.

—Levántate.

—Ah! ¡que he oído! Podré lograr de tí...

—¿Qué has de lograr?

—¿Una esperanza?

—¡Nunca!

—Pues no me levanto sin conseguirla!

—Prosigue, pues, arrodillado: pero el hombre que me abandonó en manos de mi mayor enemigo, el hombre tímido y cobarde que cual oveja espantada inclinó en mi presencia su cuello al diente feroz del lobo carnicero, no puede seguir siendo mi amante, no puede, no puede, no puede!

—¡Angiolina! ¡¡Angiolina!!

—Me importa tan poco tu furor, como me importaban no hace mucho tus súplicas!

—Yo seré tu esclavo.

—¡No!

—Tu humildísimo y obediente servidor.

—¡¡No!!

—Piensa que si te abandoné en la cueva, que si incliné mi cabeza y doblé mis rodillas, sin atender tu ruego, ni socorrer tu desamparo, fué porque una alta obligación así me lo ordenaba.

—¡Escusas necias para el que siente amor verdadero!

—Pero, en cambio, una vez libre del soberano influjo que sobre mi pesaba, te busqué, te busqué con ardor febril por todas partes.

—Ardor bastante débil por cierto, cuando no supo encontrarme.

—Angiolina! En nombre...

—¡Basta de inútiles juramentos.

—Ya ves como te he encontrado.

—¡Casualidad tan solo!

—¡Y le llama casualidad, Dios mío! ¡Se atreve á llamarlo casualidad!

—¡Por no darle otro nombre peor!

—¡No te atreverías, Angiolina!

- Seguramente si prosigues molestándome.
—¡Ah! Te molesto!
—¿Puedes haber oído otra cosa?
—¡Pobre de mí!
—¡Pobre, si, y muy pobre, si aun te queda ilusion alguna!
—Decididamente.
—Escusemos palabras...
—Pero...



Marca en el brazo de Angiolina.

- Evitemos tambien estúpidas sospechas de los que están aguardándome.
—Pronuncia, pues, mi sentencia.
—Ya lo sabes, Giacomo. Olvida lo pasado...
—¡Ah!
—Y no fundes esperanzas lisonjeras en el porvenir!
—¡Cruel!
—En cuanto al presente...
—¡Acaba!
—¡Adios, Giacomo, adios!
—¡Piénsalo bien, Angiolina!
—¡Adios y hasta nunca!
—¿De tal modo te ciega el orgullo? Recuerda que en Milan...
—Basta he dicho. Retírate.

—¡Nó!

—O llamo a mis guardianes para que te echen á palos.

—¡Ah! Está bien, Angiolina! ¡Adios.

—¡Para siempre!

—¡Hasta muy pronto!

Giacomo se levantó.

Todo habia concluido entre nosotros. Asi yo me lo figuraba.

El pobre mozo se alejó murmurando sin duda, palabras de rencor y de venganza.

Entonces comprendí que ignoraba todavía mi crimen.

Que el asesinato de Genaro no habia llegado á su noticia é que verdadesamente no sabia fuese yo la autora de su muerte.

Pero no debia tardar mucho en saberlo.

No debian trascurrir muchos meses sin que, enterado completamente de todo, se sirviese de ello para conseguir lo que yo habia decidido no alcanzase nunca más.

Una vez sobre otras muchas habia de ser suya.

Y horrible venganza de celos y mortificacion constante y represalia otros habia con el tiempo de ejercer en mi aquel italiano maldito.

Y Ernestina habia de jugar gran papel en todo ello.

Pero no quiero anticipar los sucesos.

Aquel hombre que tantas veces habia caido de rodillas ante mi humilde y servicial, se levantó rebotando en ira su corazon y altiva y sombría la mirada.

¡Cuántos mas, como él, habian de arrodillarse ante mi!

¡Cuantas y cuantas más escenas de amor, parecidas á la que acabo de pintar, habian de constituir la historia nefanda de mi vida horrible.

Pero como ya he dicho, no deseo anticipar los sucesos.

Giacomo me lanzó una última colérica mirada y se perdió entre los árboles que bordaban el camino.

V.

Cuando volví al lado de Ernestina , la encontré profundamente pensativa.

Pregúntele la causa de su abstraccion y no supo que contestarme.

Pero yo casi adiviné lo que habia sucedido.

Mi jóven compañera habia tenido tiempo de ver á Giácomo.

¿Se habria enamorado de él?

No podia creerlo.

¿Le habria reconocido como á un antiguo amigo ?

¿De dónde y como ?

¿Pues porque al verle se habia preocupado de aquella manera ?

¡ Misterios del corazon !

Interrogué con verdadero interés á Ernestina y por fin , aunque á medias y no sin gran asombro mio, supe la causa de aquella singular preocupacion.

Cuando Ernestina vió á Giácomo , no pudo evitar un estremecimiento involuntario.

A la vista de aquel hombre habia sentido , sin poder explicarse la razon una estraña , profunda antipatia.

Comprendió instintivamente que el italiano debia tomar parte muy activa en la historia de su vida.

Y le aborreció desde aquel momento.

Así me lo confesó.

Yo, como es fácil comprender, le callé con prudencia, le que mediaba entre aquel hombre y yo.

VI.

Al cabo de ocho días encontramos á Aroldo, ya de regreso de España, que nos aguardaba en una poblacion inmediata á la que era punto final de nuestro viaje.

Me relató estensamente todo cuanto le habia ocurrido en la patria de los Quijotes.

Yo á mi vez y sin omitir detalle ni circunstancia le narré nuestra escena.

Todos sus puntos y señales parecieron dejar honda huella en el ánimo de mi atrevido protector.

—Pero estás segura, me dijo, que ignora la muerte de Genaro?

—Segurísima.

—Muy pronto lo has dicho.

—¡No comprendes que á saberla y no desconociendo quien fué el autor, ni me hubiera suplicado de aquel modo, ni hubiera dejado de valerse del secreto para decidirme á seguirle?

—Si, cierto es.

—Tranquileémonos, pues, sobre ese punto.

—Razon tienes, Angiolina.

En esto, se acercó á nosotros un reverendo personaje.

Aroldo nos ordenó que prosiguiéramos nuestro camino y que el nos alcanzaria en breve rato.

Obedecemos sin chistar.

VII.

Pero no tan rápidamente que no pudiera yo grabar en mí mente la fisonomía y tipo general del recién llegado.

Diré de él alguna cosa, 'puesto que muy luego habremos de volver á encontrarlo y porque tambien tomó parte muy activa en los sucesos que faltan por narrar para completar dignamente mis memorias.

Era un sacerdote anciano, pero no venerable.

Recordaba por su figura á Sancho Panza.

Era obeso hasta lo inverosímil.

Tal era el Sr. Botijo (1).

¿De donde venia aquel hombre?

¿Cuáles eran sus planes?

¿Y cual el motivo de su conferencia con Aroldo?

No cabia duda alguna de que yo era el objetivo de aquellas idas y venidas, cartas y conferencias.

De toda aquella agitacion, en fin.

A las veinticuatro horas. Aroldo habia logrado reunirse á nosotras y todos juntos proseguimos el camino que ya comenzaba á hacérseme pesado.

(1) Reuerden nuestros lectores el retrato de dicho Señor pero por nosotros en el primer cuaderno de esta obra y se verá que nuestros datos concuerdan perfectamente con los del libro de memorias de Angiolina y que la relacion de esta, que ya acaba se une maravillosamente con el principio general de la obra.

VIII.

Aroldo me enseñó dos cartas.
Una en italiano
Otra en francés.
¿De quienes podían ser sino de mis mayores enemigos?
Lo eran en efecto.
La del conde iba dirigida al marqués.
La del marqués al conde.
Ambos se daban cita en un sitio que nombrar no quiero.
Se descubrían mutuamente los fatales propósitos que
respectivamente abrigaban en contra mía.
Y volvían á jurar una vez mas mi esterminio.
Aroldo habia logrado con maña apoderarse de ambos do-
cumentos.
Documentos que conservo y conservaré cuidadosamente.
Por ser claros justificativos de las perversas intenciones
de mis enemigos peores.
Y por que tal vez en su dia sirvan para mucho.

IV.

Volvió la infanta doña Maria á suspender su lectura en
este punto y mirando fijamente á su marido el infante, ex-
clamó:
— ¡Vergüenza en verdad me causa seguir leyendo ren-
glones semejantes.
— Prosigue poco más , esposa mia !

— ¡Porque, Alfonso.

— El desenlace se acerca á no dudar.

— Pocas páginas ya quedan.

— Revístete, pues, de valor, Blanca de mi corazón, y continúa.

La infanta hizo un mohín de disgusto.

Pero Don Alfonso supo convencerla en breve.

Tales argumentos emplearía que que al cabo de pocos momentos la infanta prosiguió su lectura con ánimo de acabarla hasta el último renglón de la postrera página.

• • • • •
Seguimos caminando días y más días, dijo la infanta, continuando como hemos dicho la lectura de las memorias de Angiolina.

El viaje se me hacia cada hora más pesado.

Ni la buena y encantadora conversacion de Ernestina que procuraba amenizarlo, contándome diferentes episodios de la pasada guerra civil española en que tomó parte tan activa su valiente padre.

Ni los cariñosos cuidados y celo escesivo de Aroldo lograron reanimar mi ánimo abatido y mi cansado cuerpo.

Aquella caminata tan penosa martirizábame en extremo.

Llamada á grandes peligros como á soberbias empresas, la languidez y monotonía de aquellas jornadas me hubiera causado una verdadera enfermedad si más hubiera durado.

Pero por fin ví su término.



Desesperación de Giábómo.

Se hallan de venta los repartos 19 y 20, con que concluye esta obra.

Puntos de venta al por mayor en Barcelona: Pasaje de Montjuich del Obispo, 3, bajos, y Hospital, 19-Tienda.

Los pedidos de Provincias se dirigirán a administrador de esta publicación, Montjuich del Obispo, 3, bajos, Barcelona.

Los números anteriores al presente reparto; se hallarán de venta en la calle del Hospital, 19-tienda.



REPARTO 19. LOS LUNES Y JUEVES. 2 CUARTOS.



Llamamos, nos abrieron y pasamos adelante.

CAPÍTULO XVIII.

Término del viage.—Entrada en Metz.—Ingreso en el colegio.
—Permanencia en él.—Partida de Aroldo.—Angiolina fingiendo su papel.—Regreso de Aroldo.—Llegada de un jóven y un viejo.—Acaban LAS MEMORIAS DE ANGIOLINA.—Últimas reflexiones de los infantes acerca de este asunto.

I.

Vimos en lontananza la ciudad de Metz.
Suspiré por fin como el que acaba de librarse de un gran peso.

Aroldo estrechó significativamente una de mis manos.
Ernestina me dió un beso fraternal.

Apresuramos el paso de nuestros bagajes y uno de los guías nos aseguró que no tardaríamos media hora en hallarnos dentro de la célebre poblacion.

Mi corazon aunqu ya acostumbrado á fuertes emociones latia violentamente, y el caso, en verdad, no era para menos.

La primera etapa de mi vida habia terminado.

Comenzaba la segunda, á no dudar la mas interesante.

II.

Al entrar en la ciudad, quedéme verdaderamente asombrada.

Sus sombríos, austeros edificios, algunos de ellos acribillados á balazos me recordaban la guerra franco-prusiana hacia muy poco terminada.

Recordé al punto al general Bazaine y sonreí involuntariamente.

Por órden de Aroldo, Ernestina se alejó de nosotros.

Luego supe que habia sido enviada á España.

Y efectivamente en Catatuña la encontré mas tarde.

Aroldo me ordenó que á mi entrada en España, que no tardaría muchos meses en efectuarse, la encontraría siguiendo mis pasos y pretendiendo obedecer mis órdenes, pero que hiciera como que no la conocia, pues convenia así á la alta política que debia seguir estrictamente.

Orden que obedecí puntualmente.

Una vez separada de Angiolina, y despedidos los guías que tan buen papel habian hecho durante el interminable viage, Aroldo y yo, despues de habernos arreglado convenientemente, nos dirigimos en busca del convento fundado bajo la advocacion del Sagrado Corazon de Jesús.

No tardamos mucho en encontrarlo.

Y un sombrío y magnífico edificio se presentó á nuestra vista.

Llamamos, nos abrieron y pasamos adelante.

III.

La madre superiora que salió á recibirnos era una señora como de cincuenta á sesenta años, alta y gruesa.

En todos sus movimientos llevaba impreso el sello de la astucia y de la alta diplomacia.

Diriase al verla que mas bien habia nacido para sentarse en un trono que para dirigir un monasterio.

—Esta es la educanda, madre mía, de que tanto os he hablado, le dijo con acento meloso é hipócrita el taimado Aroldo.

—V. A. estará aquí como en el cielo, dijo la piora clavando en mi su astuta mirada y dándome el nobilísimo tratamiento que yo nunca hubiera soñado en alcanzar.

Pocas fueron las palabras que en acto semejante se pronunciaron,

Mi protector y me dejó en manos de aquella señora.

Esta me presentó luego á las demás educandas que inmediatamente simpatizaron conmigo.

Despues me enseñó mi celda,

Y luego me esplicó taimada y minuciosamente el secreto de la puerta embutida en la pared, que daba salida á un corredor sombrío el cual conducia á la habitacion señalada á Aroldo en el convento, durante su permanencia en Metz.

Lo cual me esplicaba suficientemente que aquella señora se hallaba perfectamente enterada de todo.

IV.

Durante mi permanencia en el colegio, que duró largos

meses, ningun incidente que digno de mencion sea, ocurrió para ventura mia.

Yo jugaba con las edncandas, casi todas de menor edad que yo.

Procuraba, por lo mismo, aparecer á los ojos de todo el mundo, con mayor suma de inocencia que la que ellas reunian juntas.

Y lograba engañar á cuantos me veian y trataban.

Durante el dia, no habia otra ni mas santa ni de costumbres mas ejemplares que Angiolina,

Durante la noche abría la puerta secreta.

Salia al corredor oscuro.

Y tocando otro resorte que hacía que un cuadro místico colgado de la pared en otro cuarto me diese franco paso, penetraba en dicha habitacion.

Era la que Aroldo ocupaba.

Ya reunidos, hablábamos estensamente de nuestro comun porvenir.

Formábamos linsongeras ilusiones.

Fabricábamos hermosos castillos.

Y en el aire fundados, como luego verá el que conocer mi vida quiera.

Cuando comenzaba á amanecer, volvía á mi celda por el mismo camino, y nadie sabia, ni podia sospechar en el convento, en donde habia yo pasado la noche.

Pero esto llegó tambien á cansarme.

V.

Y una noche se lo dije á Aroldo.

—Piensas acaso tenerme toda la vida en este convento?

¿Crees tu que yo he nacido para monja?

—Te cansas ya, Angiolina?

- Sí, por cierto.
- Pues ten calma, solo por algunos meses.
- ¿Meses has dicho?
- Si,
- Pues vuélvete atrás de lo dicho.
- ¿Que quieres decir?
- Que yo solo aguanto aquí unos días. La vida del convento me hastía.
- Tienes demasiado vivo el carácter.
- Ya lo sabías.
- Y eso puede perjudicar á nuestra causa.
- No lo creo yo así.
- Porque tú, impetuosa como eres, no ves trascendencia en ninguna accion de la vida.
- Pero ¿porque han de tenerme aquí encerrada?
- Porque has de estarlo, hasta que el hermano de Don Carlos venga aquí á buscarte!
- ¿Creyendo que soy D.^a María Blanca de las Nieves?
- Justamente.
- ¿Y cuando vendrá ese buen señor?
- Eso es lo que no puedo decirte por ahora.
- ¿Hasta cuando?
- Hasta que reciba noticias de España.
- Y de la verdadera infanta, que habeis hecho?
- No me lo preguntés, Angiolina.
- Temor necio!
- Calla!
- ¿La habeis asesinado?
- No.
- ¿La habeis hundido en alguna mazmorra?
- Tampoco.
- Entonces...
- Calla, Angiolina, calla. Repito que es ese un misterio que no puedo revelarte.
- Sea así. No me aguija mucho que digamos la curiosidad.
- Que me place tu conformidad, ¡dolo mio.

—Pero, volviendo á mi cancion favorita: ¿esas noticias esperadas de España, tardarán mucho en venir, ó no vendrán nunca?

—Por tu amor, voy á hacer un sacrificio.

—Di.

—Mañana al amanecer me pongo en camino para la nacion de donde debemos esperarlo todo.

—Así me gusta.

—Dentro de dos dias á lo más, recibirás noticias mias...

—¡Bravo!

—Y dentro de una semana escasamente, estaré de vuelta y sabremos ya á que atenernos.

Al dia siguiente partió otra vez para España.

VI.

Mientras duró su ausencia, mi inquietud no conoció límites.

Diariamente esperaba alguna noticia que cambiase favorablemente el rumbo de mi fortuna.

Por fin, al tiempo por él prometido recibí una carta suya que me llenó de júbilo.

Decía así poco más ó menos, pues me ordenaba que la quemase despues de leida, y no me la pude aprender de memoria.

«Angiolina:

»El asunto marcha viento en popa, y al vapor.

»El infante prepara sus trabajos para ponerse inmediatamente en camino en direccion á esa desde el punto del extranjero en que se halla y los principales gefes de la rebelion carlista, se han dado tambien cita en las cercanias de esa ciudad con objeto de acompañaros á vuestra salida hasta el punto de los Pirineos marcado en nuestras ins-

»trucciones, donde se celebrará la reunion preparatoria que
»tan brillantemente ha de inaugurar la campaña absolutis-
»ta en Cataluña, poniéndote tú, como quien dice al frente,
»y yo al paño, pues el hermano de D. Carlos es tan imbécil
»como no habíamos figurado.»

»Escuso encargarte que mientras dure mi ausencia, que
»como comprenderás, será ya muy corta, hagas mas alardes
»de piedad y mansedumbre tan necesarios para engañar á
»los estúpidos que nos rodean.»

Tuyo, hasta luego

Aroldo.»

Así lo hice efectivamente.

No hubo colegiala que mejor cumpliera sus obligaciones.

Era yo citada como modelo ejemplarísimo.

Y tanto educandas, como maestras, como superiores y dependientes hacíanse lenguas de mi conducta, de mi piedad, de mi virtud.

Pero los dias pasaban, Aroldo no me cumplia su promesa y yo me hallaba en completo estado de desesperacion.

Tentada estuve por echarlo todo á rodar.

Mi carácter audaz é independiente así me lo inspiraba.

Y así verdaderamente hubiera sucedido, si un dia la superiora, llamándome á su celda no me hubiera advertido de la próxima llegada de Aroldo.

Creí volverme loca de contento.

Salté al cuello de la robusta señora y cubrí de besos sus frescas megillas.

Ella entonces solicitó de mi, alguna gracia particular que ennobleciese el convento.

Se la concedí desde luego, sin aprension alguna.

Y en cambio le pedí yo otra.

Un escapulario para cada voluntario.

Concedíomela tambien y tan de buen grado y con gozo tanto que luego los escapularios de aquel convento, tuyie-

ron para adornar el pecho de los partidarios del Pretendiente, hasta en su ejército del Norte (1).

VII.

Por fin, Aroldo regresó.

—Alégrate, me dijo; el infante no tardará mucho tiempo en venir.



El mismo anciano no venerable.

—Y una vez aquí...?

—Serás su esposa!

—¡Horror!

—¡Que! Te contrista?

—¡Al contrario!

(1). Ya dimos en otro cuaderno un grabado que lo representaba.

—Ya me lo parecía así,

—Bueno. ¿Y despues?

—Despues partiremos á los Pirineos.

Ya lo sé. Adelante:

—Desde allí entraremos en España.

—Pero dime.,

—¿Que más quieres saber?

—Y ese casamiento?...

—Será magnífico!

—¡Ah!

—¡Como preparado por mi!

—Te entiendo.

—¿No ves que de otro modo, perjudicaria mi amor, el tuyo que forma la delicia de mi existencia, el encanto de mi vida...

—¡Aroldo mio!

—¡Angiolina mia!

—Prevengámoslo ¡pues todo!

—Nada hay que prevenir. Todo se halla desde hace tiempo dispuesto.

—Es verdad. He sido una imbécil solamente en decirte-lo. Conociendo tu carácter...

—Activo hasta dejármelo de sobra.

Mucho rato duró aquella entrevista, tal vez lo penúltima con Aroldo.

Yo supe pagarle suficientemente su cuidado é interés con lo único de que entonces podia disponer.

Con la espresion de mi cariño.

Cuando la superiora supo la noticia del arribo de tales personájes, comenzó á hacer solemnes preparativos.

Pero se la previno que el augusto personaje guardaria severísimamente el incógnito durante su permanencia en Metz.

Entonces dió contra-órdenes.

Pero la emocion que espermentaba no la dejaba respirar con facilidad.

Y todo se le volvia abrazarme.

Y volverme á abrazar.

Y prodigarme ciegamente locas adulaciones y galantes lisonjas.

Aroldo enseñaba los dientes al escucharla.

Quiero decir que sonreía.

Por fin llegó el día anhelado.

Yo comencé á sentir una emocion más.

Jugaba el todo por el todo en aquella empresa.

Y hasta parecióme que no era ocasion de tomarlo á broma.

Pero no podia ser de otra manera.

Porque el infante no la merecia tampoco.

VIII.

Llegaron misteriosamente al convento un jóven acompañado de un anciano no venerable.

Y escusado es añadir que clase de hombre era este anciano.

Cuando las colegialas fuimos á él presentadas, nos tocó á todas cariñosamente la barba y las megillas.

Nos dió caramelos y rosquillas.

Y al preguntarle algunas, y sobre todo, acerca de algunas dudas que sobre religion aparentaba, satisfizo completamente nuestra curiosidad, pretendiendo lisongear nuestro instinto juvenil.

Yo le reconocí enseguida.

Todas mis compañeras se hicieron lenguas de la belleza y apostura del infante, hermano de D. Carlos.

Callé yo acerca de este punto, porque demasiado sabia que el tal mozo estaba destinado para mi.

Fuí consiguientemente presentada tambien á él, en solemne visita y comprendí que no le habia disgustado mi hermosura, antes bien satisfizole por completo.

Al cabo de algunos días, el infante se llaba profundamente enamorado de mí.

Le enseñé mi celda, donde pasamos muy buenos ratos en amor y compañía.

Pero no por eso dejaba de olvidar los consejos de Aroldo que cada día, se enloquecía más por mí, víctima de una terrible pasión amorosa.

Sin embargo, la fatalidad me ha perseguido siempre.

Una noche, Aroldo me sorprendió en brazos del infante.

Descargué sobre mi protector un revolver que nunca abandonaba y le dejé tendido, cruzado sobre la puerta del cuarto.

El infante se hizo cómplice voluntario de este crimen.

Salimos del convento.

Al siguiente día abandonamos también la ciudad de Metz, y al cabo de pocos más, llegamos al sitio señalado en los Pirineos. para efectuarse la gran reunión.

Allí no con poca sorpresa volví á encontrar al obstinado Giacomo.

Y no con escaso susto á Francisco Saballs, otro de mis antiguos amantes.

En cuanto al primero, finjí de nuevo concederle mi amor y mi privanza, aunque jurando interiormente deshacerme de él en la primera oportuna ocasión que se me presentara.

Y por lo que toca al segundo hice apariencias de no conocerlo, apesar de que comprendí demasiado por su mirada y ademanes, que me había reconocido, y que no dejaría de molestarme en alto grado, dado su carácter rencoroso, vengativo, cruel, infame, terrible y temible cual ninguno.

También Ernestina se nos agregó.

Y mi marido (por decirlo así) el infante. comenzó á mirarla con buenos ojos.

Esto á mí, verdaderamente me tenía sin cuidado.

Pero aparenté sentirlo en el alma.

Después de pasar semana y media en aquellos solitarios montes, hicimos nuestra primera y solemne entrada en España.

IX

Y aquí terminan por ahora *mis memorias*.

Si una bala liberal no corta el hilo de mi fatal existencia, cuando termine la guerra civil española que con mayor furor voy á encender en Cataluña, las continuaré desde el punto en que ahora las deje en suspenso.

Si por el contrario muero en el empeño, prosiga quien quiera estos apuntes, pues considero que tal fama he de dejar en la nación adonde me encamino que mas de uno habrá de apetecer ser el cantor de mis hazanas (1).

*Angiolina P******

Así concluía el decantado libro de memorias, escrito por la falsa Doña Blanca.

Como el lector puede haber observado, la serpiente se ha mordido la cola; ó la que es lo mismo, las aventuras narradas en dicho libro, terminan precisamente donde empiezan las relatadas por nosotros y que forman la parte principal de esta obra, ordenada, completa circunstanciada cual ninguna.

(1) No podemos insertar en esta obra la poesía provenzal que el Gran Mistral autor de *Mireyo*, escribió en loor de Doña Blanca, por no permitirnoslo circunstancias especiales que no es del caso relatar en este sitio.

Quien la desee leer la encontrará en el *Almana provençal* del año 1874.

X.

—¡Y bien! Ya hemos concluido, exclamó la infanta Doña Maria Blanca de las Nieves de Braganza, cerrando el libro de memorias de golpe, y dirigiéndose á su marido el infante Don Alfonso de Borbon y de Este.

—Hora era ya, Blanca mia, porque á fé á fé, que tanto escándalo y crimen tanto, encendiendo iban ya la ira en mi corazon.

—Y la cólera á tu rostro ya asomabal

—¿Y acaso sin razon?

—¡No en modo alguno!

—¡Víctima triste he sido durante mas de un año de las malas artes y asechanzas de esa muger infame.

—Es verdad.

—¡Cuántos papeles ridículos me ha obligado á hacer!

—Tambien es cierto.

—He estado por ella á punto de confundirme con el criminal mas bajo, osado y repugnante.

—¡Ah! Si!

Y por ella tambien he atentado á mi existencia...

¡Que horror!

—Pero la divina Providencia me ha salvado!

—Confía siempre en ella, esposo mio!

—¡Y como me trata la inícuca en ese libro!

—De la peor manera posible. Ya lo has visto.

—Y si únicamente tu, hubieras sido la lectora de esas hojas...

—Pero desgraciadamente no ha sido así.

—Lo leeria Aroldo,

—Cierto. Pero ya no existe.

—Justo. Murió en el incendio.

—¿Y Giacomo tambien se enteraria.

—Pero murió abrasado tambien.

—Otro hay que lo conoce...

—¿Otro? No recuerdo.

—Piénsalo bien.

La infanta meditó durante algunos instantes.

—No atino...

—No, Blanca mia?

—Te juro que no.

—¿A quien escribiste ayer?

—¿Ayer?

—Tampoco lo recuerdas?

—¡Ah sí! á Miret.

—Pues Miret tambien conoce de sobra todas esas aventuras.

—¿Y quien sabe si algun día las descubrirá gozoso á todo el mundo!

—No lo creo. Pero si así fuera...

—¿Qué harias?

—Vengarme de el.

—Eso, Alfonso, es una insensatez.

—¿Pues que me aconsejas?

—Que olvides y perdones.

—Sea como tu quieres.

—Nunca te acudiré mal alguno si así obras siempre.

Los infantes no volvieron á ocuparse mas de asunto semejante.

Y siguieron en Francia, riéndose de la loca temeridad de su augusto hermano que no vacila ¡insensato! en derramar sangre española con tál de satisfacer su necia ambicion y locos caprichos.

Riéndose asimismo de esos valientes capitanes que le rodean y le defienden, ó le aclaman y pelean por su causa, no vacilando con sus descabelladas acciones en colocarse al triste nivel de los asesinos mas famosos y de los ladrones mas desalmados que en todas épocas han recorrido los caminos reales de España.

El libro de memorias fué luego quemado por mano de la infanta.

Pero ya un amigo nuestro habia cuidadosamente sacado copia exacta.

Que es la que fielmente hemos reproducido.

Y han leído nuestros estimadísimos lectores.

A quienes salud deseamos.

Se halla de venta el reparto 20, con el que concluye esta obra.

Puntos de venta al por mayor en Barcelona Pasaje de Montjuich del Obispo, 3, bajos, y Hospital, 19-Tienda.

Los pedidos de Provincias se dirijan a administrador de esta publicación, Montjuich del Obispo, 3, bajos, Barcelona.

Los números anteriores al presente reparto se hallarán de venta en la calle del Hospital, 19-tienda.

CAPITULO XIX Y ÚLTIMO.

Ojeada retrospectiva.—Último monólogo del hombre de los monosílabos.—Conclusion.—Notas importantes.—Fé de erratas.—Índice general.

1.

Terminando con este cuaderno , nuestra interesantísima historia , diremos para acabarla dignamente , y siendo si nuestra memoria no nos es infiel, el único dato que restaba por contar, que cuando el fusilamiento de Angiolina se llevó á cabo por órden superior, dos soldados carlistas, pidieron y obtuvieron del gefe que mandaba la escolta, permiso para ser los únicos verdugos de la fatalísima mujer cuya horrible historia conocemos punto por punto.

¿ Quienes eran estos soldados ?

¿ Porque solicitaban con tanto anhelo y ansiedad tanta la horrible plaza de verdugos ?

¿ Que alto interés les guiaba á ello ?

Esto es lo que al punto mismo van á saber nuestros lectores.

Y con poca aplicacion , estamos seguros de que lo comprenderán enseguida.

Uno de aquellos soldados era italiano.

El otro frances
Llamábase Rodolfo aquel.
Era este marido de una célebre marquesa.
Y por fin eran:
Villasechia el uno,
—Petit-ville el otro.
Ambos mataron á la falsa Doña Blanca.
Cumplieron ambos su juramento.
Cuando la víctima cayó á tierra, herida mortalmente de
dos balazos uno en el corazon y otro en la cabeza, aquellos
hombres se retiraron solemne y silenciosamente del lugar
del suplicio.
Creian haber cumplido con su deber.
Luego desaparecieron del teatro de la guerra.
Despues abandonaron á España.
Y es fama que nadie les ha visto volver á ella.
¡Vayan, pues, al diablo, enhorabuena.
Y nunca más vengan por ¡tierra á cumplir estériles ven-
ganzas.
Pues por aquí nos vá perfectamente sin ellos.

II.

De otro personaje que tambien ha tomado parte muy activa en los acontecimientos relatados en este libro, es de quien vamos ahora, aunque tambien muy someramente á ocuparnos, para no dejar, á lo menos á sabiendas, hilo suelto, ni detalle por contar en esta obra singularísima.

El hombre de los monosílabos, ya recordarán nuestros lectores quien es, no sabia adonde dirigirse ni que rumbo tomar.

Y habiendo decididamente abandonado á los voluntarios que le seguian, perdióse á lo largo de un camino de herra-

dura y entregado por completo á sus usuales monólogos, dijo, como siempre, por supuesto, para su capote :

—La cosa ha ido mal, muy mal, y lo que es peor, horrosamente peor, es que cada dia irá mas cabeza abajo y mas mortalmente precipitada.

Los infantes se hallau ya de regreso en Francia, mi amo y señor, muerto en horrosa catástrofe... Y yo... ¿que haré?

¿ Suicidarme?

Poco á poco. No me conviene determinacion semejante.

¿ Pasarme á las filas liberales?

Todo menos eso.

¿ Irme á Francia?

Y que haré allí?

En estas y otras reflexiones, encontró á su paso, un ventorrillo que en mitad del camino ostentaba un tosco rótulo donde en incorrectas letras se leía:

VINOS Y OTROS COMESTIBLES.

Y el hombre de los monosílabos entró en la venta.

Si bebió mucho ó no probó mas que agua pura, cosa es que la historia tal vez nos la cuente despues de algunos siglos.

III.

Y aquí dió fin esta interesante historia.

Por mas que la guerra civil continúe, y segun vamos viendo con encarnizamiento igual, nuestra mision ha terminado.

Ernestina, Angiolina y D.^a Nicolasa en la eternidad.

Giacomo, Aroldo, El Tossut y otros varios que ni es preciso recordar á la memoria de nuestros lectores, dando

cuenta quizás á Lucifer de sus malas obras y de los perjuicios considerables que con ellas acarrearón.

El de U*** en el Norte de donde no le veremos volver seguramente.

El de Flix en la carretera, como un ladron de caminos.

Miret y D. Francisco prosiguiendo en mal hora la campaña.

Así como Tristany, Moore y demás personajes, incidentalmente citados en el relato de esta obra.

Y los infantes como ya hemos dicho en Francia de donde Dios haga no vuelvan, para bien de la patria.



NOTAS IMPORTANTES.

Primera.

Por circunstancias COMPLETAMENTE ajenas á la voluntad de los editores de esta obra, no podemos ofrecer en su final á los lectores, como prometido lo teníamos, los documentos de interés que en ella se indican, que son:

—Las instrucciones secretas de U*** para hacer una grandiosa contra-revolucion.

—El pliego que el infante no abrió, segun órdenes superiores hasta el 8 de Julio de 1870.

—La carta de Rodolfo de X. .

—La de la marquesa de*** que Aroldo cita á Maria de las Nieves.

—Las encontradas á Aroldo ó sea el hombre de la cicatriz y que D. Martin volvió á poseer, sirviendo para identificar la persona de la verdadera infanta.

—La carta hallada en el morral del carlista muerto, y dirigida por Angiolina al italiano Giácomo.

No obstante y al través de las circunstancias por que últimamente ha atravesado nuestra pátria, hemos procurado dar en el cuerpo de la obra multitud de detalles que en parte vienen á substituir porque tácitamente lo revelan muchos de los sucesos que en los mismos se relatan.

Segunda.

Como habrán estos podido observar, hemos tenido que precipitar algun tanto la narracion de los sucesos que forman esta obra, obediendo á órdenes superiores é incontestables.

Asimismo y como en la nota anterior decimos ya, tambien nos hemos visto obligados á suprimir la publicacion de los prometidos documentos cuya lista acabamos de insertar para recuerdo de nuestros lectores y para que nunca dudar pue-

dan de la exactitud y lealtad que nos guían; lealtad y exactitud que hemos venido probando en todo el curso de la publicación que termina en este reparto.

Aprovechamos, asimismo esta nota, para dar las gracias mas espresivas á nuestros numerosísimos favorecedores.

Tercera.

Las colecciones de esta obra, magníficamente encuadernadas con cubiertas de colores, se venderán al precio de seis reales en Barcelona y ocho en Provincias en los puntos de venta ya conocidos, donde se encontrarán tambien para completar colecciones los números hasta ahora publicados.

FE DE ERRATAS.

Pág.	Lín.	Dice.	Debe decir.
99	29	Desgraciada.	Despeinada.
101	15	Es que habia en la historia de su vida que mediaba en etc.	Es que habia en la historia de su vida, que mediaba en etc.
103	12	La careta de la infancia.	La careta de la infamia.
109	31	creer no fué contestado por los carcundas. Unica vez y escepcional por desgracia.	creer no fué contestado por los carcundas. Aquella noche todo fué cordialidad y expansion entre ambos bandos; todos fueron españoles. Unica vez y escepcional por desgracia.
136	1	Y á quien en lástima.	Y á quien és lástima.
155	31	Quiero jugar al todo por el todo.	Quiero jugar el todo por el todo.
156	1	cuando tropezaren	cuando tropezaron.
158	35	—Ahora dáme un abrazo. —Ahora lee.	—Ahora dáme un abrazo —Toma. —Otro. —Toma. —Ahora lee.
183	8	<i>¿Troppo, tardi?</i>	<i>¿Troppo tzrdi?</i>
»	22	de la indivisa.	de la individua.
187	25	y manera mugeriles.	y maneras mugeriles.
223	4	su llegada ahora la	su llegada, ahora la
224	5	Que contendria aquella carta.	¿Qué contendria aquella carta?

Pág.	Lin.	Dice.	Debe decir.
228	1	vá este libro, prosigue, en tí	vá este libro, porque en tí
231	6	interjecciones obscuras.	interjecciones obscenas.
237	16	en los que tales cosas aprendí.	en los que cosas aprendí
238	25	de todo por un trágico.	de todos, por un trágico.
>	18	Más todavía: La marcha sangrienta.	Más todavía: la mancha sangrienta.
267	37	Metz y el convento del Sa- grado Corazon.	Metz y el convento del Sagrado Corazon, co- mo el primer acto de nuestras próximas aventuras.

ÍNDICE

DE

LOS CAPITULOS QUE CONTIENE ESTA OBRA .

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO.	2
CAPÍTULO I. Reunion misteriosa.—La cueva de la ermita. —El rayo vengador.—Un crimen sin san- gre.—El juramento de los conjurados.—La voz del muerto.—La fuente del ahorcado.— La cita.—Proyectos.—La muerte del javalf. —La venganza del seminarista.	17
CAP. II. La vuelta de Giacomo.—Conferencia.—El pa- so de la frontera.—San Quirico de Besora. —El besamanos.—El reo de muerte.— Miret.—Las rivales.—El conciliábulo.—La ejecucion.. . . .	33
CAP. III. El fusilado.—¡Pobre Ernestina!—El hijo de Barrancot.—Ataque de Ripoll.—La torre de San Eudaldo.—Miret y Giacomo.—Fusila- mientos.—La cartera.	49
CAP. IV. Funerales por el alma de Galcerán.—Miret impaciente.—Conquista de amor.—Un in- sulto y un bofeton.—Tormentas.—Ripoll y Berga.—Los dos enemigos.—El desafío.— ¡Sálvese el que pueda!—Conferencia miste- riosa.—Una eleccion acertada.—El hombre del antifaz.	65
CAP. V. Diálogo importantísimo.—El cura de Flix y el emisario.—Una carta de un desengaña- do.—Giacomo y Ernestina.—Acto genero- so.—Nuevas dudas.—¡Puigcerdá!—Primer ataque.—La primera herida de Saballs.— Viaje de lo infanta.—Llegada al pueblo. . .	81
CAP. VI. La cita.—El lazo.—Libertad de la infanta.—	

	<u>Págs.</u>
	Marchas y contramarchas.—La prisionera.—Una visita.—Plan misterioso.—Miret.—Don Martín y el cura.—La cita.—En Monserrat.—Nueva visita al calabozo.—Hilos sueltos.—Vacilaciones.—En la Cruz de Piedra. 97
CAP. VII.	Noche de verano.—Reflexiones de D. Martín.— Dos caminantes.—Una vision.—Un billete de amor.—Tres citas.—En la taberna del pueblo de***—Despejo de la incógnita y presentacion del incógnito.—¡Alpens y Cabrinetty!—Lucha á brazo partido. 113
CAP. VIII.	Revelaciones importantes.—Ataque de Igualada.— El cabecilla Nasrata.— Entrada triunfal.— Reuniones misteriosas.— Huguet, Miret y Tristany.—Saballs y D. Alfonso.—Las cartas de Giacomo.—Paula.— Los viajeros.. . . . 129
CAP. IX.	Paula y el desconocido.—Asombro de Paula.—El carcelero y la prisionera.—La espia.— Libertad de Paula.—El jesuita burlado.— Una carta comprometedora.—Nueva burla.—Cólera y venganza.—El cura y Doña Nicolasa.—Situacion de otros personajes.—Noticia de sensacion. 145
CAP. X.	Tentativa de suicidio.—Tortellá.—Se empeora la situacion del infante.—Volvamos á Paula.—Encuentro fatal.—Nueva prision.—El duelo pendiente.—Aparicion del terrible personaje.—Catástrofe inesperada.— Venganza.— Espionage.— Sorpresa espantosa.—Monólogo del hombre de los monosílabos.—Sospecha de un crimen.—Desaparicion inconcebible.. . . . 161
CAP. XI.	Curiosidad del hombre monosilábico.—Un nuevo secreto y revelacion de un secreto antiguo.—Monólogo.—Sobresalto.—Nueva aparicion de Aroldo.—Giacomo fugitivo.—Trasformacion.—Encuentro con el de los monosílabos.—Planes de venganza.—Doña

	<u>Págs.</u>
	Nicolasa y Giacomo.—Angiolina y Aroldo. —La familia de D. Francisco.—Un misterio más. 177
CAP. XII.	Rápida ojeada á multitud de acontecimientos.—Sigue la somera reseña.—Termina la parte militar de nuestra obra.—Proyectos de Aroldo.—Citas estrañas.—Reunion terrible.—Catástrofe inesperada.—D. Martin salva á Paula. 194
CAP. XIII.	Don Alfonso toma por fin una determinacion.—La señal encontrada en el brazo derecho de la muger traidora.—Muerte de Angiolina.—Reconocimiento de la verdadera infanta.—Justo regocijo.—Consejos caritativos.—Regreso á Francia. 210
CAP. XIV.	Los infantes en Francia.—Memorias de la fusilada.—Sus primeros años.—Aventura misteriosa.—Precocidad.—Mal corazon.—Primer amor.—Diálogo sorprendido á altas horas de la noche.—Rápto y escándalo.—El teniente de zuavos.—Miseria y libertinage.—La vieja sin dientes.—Descaro y osadfa.—Hallazgo fatal.—Comentarios de los infantes. 226
CAP. XV.	Continuan las MEMORIAS DE ANGIOLINA.—Resultados del encuentro con Aroldo.—El compañero de este.—La sociedad terrible.—Juramento prestado por Angiolina.—Suplicio y pacto.—A la espera.—Crímen frustrado.—Reaparicion de otro amante.—Nuevo paréntesis de los infantes.—La carta que Paula escribió á D. Martin.—Prosigue la lectura del libro de memorias. 242
CAP. XVI.	Continuacion de la lectura interesante.—Otra vez en acecho.—El crímen.—Horrible ensañamiento.—Solemnidad de una promesa.—Huida de Italia.—Amistad con Ernestina.—Mas comentarios. 258
CAP. XVII.	Ernestina y Angiolina.—Aroldo en España.—Entrega de un documento importantísi-

mo.—Giacomo desesperado en busca de su primer amor.—Antipatia inesplicable.—Vuelve Aroldo á Francia.—Primera aparicion del Sr. Botijo.—Dos cartas.—Se acerca un desenlace. 274

CAP. XVIII. Término del viage.—Entrada en Metz.—Ingreso en el colegio.—Permanencia en él.—Partida de Aroldo.—Angiolina fingiendo su papel.—Regreso de Aroldo.—Llegada de un jóven y un viejo.—Acaban LAS MEMORIAS DE ANGIOLINA.—Ultimas reflexiones de los infantes acerca de este asunto. . . 291

CAP. XIX Y ÚLTIMO. Ojeada retrospectiva.—Ultimo monólogo del hombre de los monoslabos.—Conclusion.—Notas importantes.—Fé de erratas.—Indice general. 308

Se halla de venta toda la obra; la cual dentro de algunos dias se espenderá magníficamente encuadernada.

Puntos de venta al por mayor en Barcelona Pasaje de Montjuich del Obispo, 3, bajos, y Hospital, 19-Tienda.

Los pedidos de Provincias se dirigirán a administrador de esta publicacion, Montjuich del Obispo, 3, bajos, Barcelona.

Los números anteriores al presente reparto; se hallarán de venta en la calle del Hospital, 19-tienda.



AS PATRIA RE

Argentina

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

Span 727.35

Memorias de Donna Blanca.

Widener Library

006052337



3 2044 080 135 676



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>